

4^{ta} EDICIÓN

EL
REENCANTAMIENTO
DE LA
VIDA

FUNDACIÓN
FUTURO 

BERNARDINO PIÑERA C.

Edición: Gabriela Meza
Dirección de Arte: Marcela Guarda
Diagramación: Fernando Pizarro
Diseño de Portada: Ximena Ureta

© Editorial Los Andes
Callao 2988 - Teléfono 2463494

1ª edición: enero de 1993
2ª edición: junio de 1993
3ª edición: septiembre de 1993
4ª edición: marzo de 2002

Digitalización realizada por Fundación Futuro: Noviembre de 2022

Inscripción N° 85.082
I.S.B.N. 956-7014-35-3
Derechos reservados para todos los países
Santiago de Chile
Impreso en LOM ediciones

Impreso en Chile/Printed in Chile

SERIE TEMAS DE HOY

EL
REENCANTAMIENTO
DE LA
VIDA

BERNARDINO PIÑERA C.

Presentación del Prof. Héctor Croxatto R.
Premio Nacional de Ciencia

FUNDACIÓN
FUTURO 

Al 2022... ¿estamos reencantados con la vida?

Mucha agua ha pasado bajo el puente desde que, en 1993, monseñor Bernardino Piñera publicara por primera vez este libro. ¡Quizás demasiada! Por de pronto, a los 105 años el autor murió de Covid en plena pandemia mundial que -como tal- afectó seriamente a Chile, al punto que estuvimos “encuarentenados” por angustiosos meses que trajeron consigo la muerte de cerca de 50 mil compatriotas.

En el plano de la Iglesia Católica mundial, en estas casi dos décadas han ocurrido hechos muy significativos: murió el papa Juan Pablo II (2005), le sucedió el cardenal Ratzinger (que abdicó en 2013) para dar paso al papado de Francisco I.

En estos mismos años la Iglesia Católica ha vivido una gran crisis de credibilidad y legitimidad relacionada a los abusos sexuales y de conciencia de sacerdotes *urbi et orbis*.

Estos casi 30 años tuvieron de dulce y de agraz en nuestra *finis terrae*.

Se sucedieron los gobiernos del presidente Aylwin (1990-1994), presidente Frei Ruiz-Tagle (1994-2000), presidente Lagos (2000-2006), la presidenta Bachelet (2006-2010 y 2014-2018) del presidente Piñera (2010-2014 y 2018-2022) y el 2022 asumió el presidente Boric, se puso fin a los 30 años de gobierno de la Concertación de Partidos por la Democracia, se produjo el llamado “Estallido Social del 18/10”.

Luego -tras arduas semanas de descarnada violencia- el 15/11/2019, se convocó a un plebiscito para una nueva Constitución, el mismo que -el 25/10/2020- fue aprobado en su fase de entrada por el 78,2% de la ciudadanía y luego -el 4/9/2022- rechazado, en su fase de salida por el 61,8% de la población.

Así y todo, este certero texto de Monseñor Piñera -que revisa los desafíos de la Iglesia Católica chilena hacia el siglo XXI (previo al destape de los casos de abuso sexual de miembros del clero nacional)- está más vigente y necesario que nunca.

Magdalena Piñera Echenique
Directora
Fundación Futuro

PRESENTACIÓN

«Aquél que camina
una legua sin amor
camina amortajado a
su propio funeral».

Walt Whitman
«Canto a mí mismo»

Lo impensado pero también muy grato se me hizo presente, cuando mi admirado amigo y ex-alumno en la Facultad de Medicina, Excmo. Sr. Bernardino Piñera, benemérito Arzobispo de La Serena, traspasaba el umbral de mi casa con las páginas de su obra. Deseaba charlar y solicitarme, con esa humildad que le es propia, que escribiera algo que sirviera de presentación a su libro. Mi sorpresa fue tan grande como honrosa me resultaba la misión que sobre mí recaía.

No podría parecerme más atrayente el título: *El reencantamiento de la vida*. Como biólogo ocupado en desentrañar procesos en estructuras vivientes, es cotidiano intentar encontrar respuesta a los misterios de la vida y a los insondables arcanos del Ser. Este libro se me ofreció como un regalo inesperado, que me llegaba como una ofrenda cuajada de ideas y reflexiones que podrían vigorizar mi optimista visión del hombre como creatura predilecta de Dios, el que puede llevar dentro de sí el tesoro inefable del amor, que por desgracia está expuesto a extinguirse o pervertirse.

La lectura de sus páginas confirmó mi predicción al proveerme el deleite impagable de apreciar la sabia madurez de su sereno discurrir, expuesto en un lenguaje directo, terso, como agua límpida que deja pasar la luz para encontrar la profundidad de su pensamiento. Aunque Bernardino nunca dejará de ser el bondadoso pastor de almas, su relato no aflora como un mero discurso piadoso, apologético o pastoral; más que nada es una vivisección de almas para descubrir los móviles y rasgos conductuales del hombre de nuestro tiempo; de una sociedad que vive «en un mundo cada vez más culto, pero donde muchos sufren el hastío existencial y buscan afuera lo que no pueden encontrar dentro».

Se ha escrito mucho sobre los cambios culturales de la vida moderna y de

sus males y agreguemos, como dice Bernardino, de su desencantamiento y también de las tentativas renovadoras de su antítesis, la antimodernidad. Pero parecen ser poco escuchadas o fríamente acogidas las proposiciones divulgadas de cómo esos males podrían ser remediados. ¿Cómo entregar a las generaciones nuevas ese «encantamiento auroral», ese equilibrio admirable de belleza, de verdad, de bien que iluminan el alma? ¿Cómo rehabilitar la vida del espíritu? ¿Cómo apagar el tedio vital que aplasta la existencia de la persona? El libro nos muestra el camino.

Al hablar de males de la modernidad se engloban una variedad de cambios que se inician con el nacer de la ciencia moderna creada por Galileo y Newton (siglo XVII). El positivismo racionalista, el materialismo, el reduccionismo, el permisivismo, el hedonismo, etc., a los que se suma un interés centrado en la posesión de las cosas materiales, con olvido del Ser y de Dios, han debilitado la vida del espíritu y de la intimidad religiosa. Por cierto, el hombre moderno vive marcado por la ciencia, rodeado y asediado por el aparato creado por la cada vez más exuberante tecnología. Parece haber llegado un momento en el que «el humanismo se ha quedado sin cristianismo».

Los creadores de la ciencia moderna, que la aceptaron como explicación del mundo, sin otra responsabilidad moral mayor que decir la verdad, nunca imaginaron que la ciencia pudiera con el tiempo alcanzar una responsabilidad social, ni menos que se convirtiera en agente de secularización de los espíritus. Particularmente en los siglos del iluminismo y del positivismo, filósofos y científicos erigieron a la ciencia como un bastión que utilizaron para atacar a la Iglesia y convertirla en un enemigo tradicional de la fe y de la verdad revelada. Los partidarios del neopositivismo lógico se sintieron autorizados para afirmar que la física, es decir, un acabado conocimiento de la materia reemplazaría a la religión. Ésta sería irrelevante e incompatible con la ciencia.

Pero tal posición corresponde a una ideología, la que hoy se califica de «cientificismo», y que proclama que lo único aceptable como verdadero, es aquello que está científicamente demostrado, o es demostrable mediante los métodos de la física, de la matemática, la prueba experimental y poderes de la razón. Fuera de descalificar la fe y la existencia del espíritu, esta visión materialista ha intentado desplazar la religión, convirtiendo a la ciencia en una suerte de religión, vacía metafísicamente y sin sacralidad.

Es necesario, sin embargo, dejar en claro que muchas acusaciones contra la ciencia no pueden ser dirigidas a ella misma. Como disciplina inconfun-

diblemente humana que busca la verdad en el mundo material responde a la noble e irresistible ansia del espíritu de saber, constituye un precioso bien. El mal debemos buscarlo en el ser de hombre, en una conducta que lo induce a utilizar aviesamente su saber.

La opinión que los conocimientos científicos contradicen las afirmaciones religiosas, se ha revelado para siempre un prejuicio. Ciencia y religión no podrían estar en conflicto, porque hablan de cosas enteramente distintas. La ciencia explica los «cómo», en tanto la religión tiene que ver con los «porqué», y el último significado de la realidad. Tampoco la ciencia y los valores éticos pertenecen a los mismos dominios, y los datos que la ciencia entrega carecen de relevancia en las candentes cuestiones del para qué de la existencia humana. El no llegar a Dios no es consecuencia de la ciencia misma. Ésta, que sólo trata del mundo físico, podrá explicarnos como funciona cada partícula de nuestro cuerpo, pero no nos puede dar pruebas de nuestro destino trascendente.

Por lo demás tenemos que admitir que las conclusiones en ciencia son siempre tentativas, provisionarias y pueden caer en la obsolescencia, aunque por un tiempo fueron aceptadas como muy válidas y seguras. No obstante sus limitaciones, es la única actividad del hombre que avanza sin regresiones. Cada día que pasa sabemos más del mundo; mientras más analizamos, más y más fascinantes se nos manifiestan sus creaciones que parecen hechas para alimentar nuestro asombro. Pero que también pueden encandilar, porque suelen acrecentar en tal grado la visión de poder para resolver los misterios del mundo que a las mentes no preparadas les hace aceptar que la ciencia es omnisciente, la única que provee verdad.

Es así que el hablar directamente de los males que la ciencia ha aportado a la humanidad, es entrar en un terreno en el cual se puede caer en un gran equívoco. Todo nuevo saber que ella entrega tiene la potencialidad de ser un bien inapreciable.

El nuevo conocimiento, como otros bienes que surgen de la creatividad humana, puede ser usado y tiene por tanto la posibilidad de servir al bien o al mal. La elección depende de una decisión ética. A este respecto, una sabia sentencia, entre tantas otras, que nos entrega Bernardino en este ensayo, aporta un juicio profundo de claridad meridiana: «La ética que no se apoya en una metafísica no es apoyo para el hombre». Una mentalidad puramente racionalista es capaz de erigir un modelo de un humanismo que podría ser calificado como propio de un perfecto pero frío texto jurídico. Este modelo estaría expuesto a ser privado de cristianismo, porque si bien

el hombre aparecería concreto de carne y hueso y como una entidad inteligente y humanizada, estaría despojado de esos atributos de sacralidad que confiere el Espíritu Santo, de la majestad de ser creatura predilecta de Dios, hecho a su imagen y semejanza. Este Ser con los dones insuperables de amar y disfrutar de la riqueza del bien, de la verdad y de la belleza, tiene la libertad para optar por la moral que deriva del Decálogo y de las Bienaventuranzas de una religión revelada con sus destellos trascendentes y que cumplen con la voluntad del supremo Creador.

La ciencia no basta, la conducta humana no ha mejorado con la ciencia, aunque ésta ha hecho más efectiva la misión del hombre para ayudar a su prójimo y demás como lo expresa Bernardino, «los dones de la Ciencia y del Entendimiento, que son parte de los siete dones, expresión bíblica de los toques misteriosos de la gracia», le van dando al cristiano como un nuevo conocimiento de Dios. Para el creyente la búsqueda de la verdad en el mundo natural, es vivir y compartir el «encantamiento del universo» creado por Dios. «El don de Ciencia partiendo de la naturaleza, ayuda a conocer a Dios con la fe». San Atanasio, Obispo, ya en el siglo IV comentaba que si bien Dios es invisible para el hombre, a éste le está dado un don especial para conocerlo a través del estudio de la portentosa obra de su creación (S. Jaki). Modernamente, el celebrado científico A. Szent Gyorgyi (Premio Nobel, 1937) descubridor de la Vitamina C, escribió: «La ciencia es el estudio de la obra del Creador, una especie de servicio divino». El científico que investiga en cualquier nivel del macro y microcosmos, no puede dejar de experimentar el asombro, por el orden, la inconmensurable armonía y belleza que descubre, frutos nacidos de la infinita sabiduría y amor de su Creador. Es tal la perfección en su complejidad que, cada vez menos, inclina a pensar que habría espacio para el juego del azar, ni tampoco imaginar que en sus raíces el universo fuera un «caos» en vez de un «cosmos».

La ciencia, trabajando con autonomía y con sus propios métodos, en su ámbito adecuado, si bien no puede penetrar en la concepción metafísica del mundo en la naturaleza y en el Ser, son tales los prodigios que descubre cada día, que la mente científica más que al agnosticismo debiera estar hoy día más proclive a encontrar una racionalidad en las verdades que ilumina la fe religiosa. Esto se hace tanto más evidente cuando el biólogo, en su hurgar constante, experimenta el asombro al intentar penetrar en los misterios del proceso que llamamos vida y de la perfección y singular programación de cada etapa, en ese complejísimo microcosmos de una pequeña célula.

Todo parece estar milagrosamente previsto para que la vida se exprese y cumpla su destino. Si bien nuestras células difieren muy poco de los otros seres inferiores, en su conjunto hacen del ser humano una entidad única, con una diferencia abismal con los demás animales. Llevamos además el sello de la singularidad; a pesar de sus similitudes cada individuo es una persona diferente.

Poco se medita cuán prodigioso y digno es el ser humano, una creación sin par. Nuestro cuerpo, asombroso por la unidad en su complejísimo juego de incontables procesos moleculares, ha recibido de Dios, el don insuperable del espíritu. Allí es donde pueden anidarse el amor, la fe, la esperanza, y la caridad, disfrutar del bien, la verdad y la belleza, descubrir la dignidad de la persona, extasiarse en la contemplación de todo lo creado y sentir la alegría que provee el amor, la virtud que más nos acerca al Creador y la que mejor nos apoya para experimentar lo que más debiéramos buscar en nuestro paso terrenal, «el encantamiento de vivir».

El libro entrega una gran visión esperanzadora. Comparto la esperanzada voz del autor: «El mundo sentirá que llega la tan esperada primavera cuando centenares o millares de jóvenes descubran que la paz del corazón y la alegría de vivir, la justicia y la solidaridad no están ni en el dinero, ni en la droga, ni en el sexo sin amor, sino en perforar las nubes con la mirada de la fe y hacer que caiga el rocío del cielo sobre este desierto lleno de semillas listas para florecer».

Prof. HÉCTOR CROXATTO R.
Premio Nacional de Ciencia

PRÓLOGO

Siendo obispo tuve siempre interés en conocer el contexto cultural en el cual desempeñaba mi función de pastor¹. Y ahora, desde mi retiro, he seguido estudiando el mundo que nos rodea, consultando a los historiadores, a los economistas, a los empresarios, a los políticos y también a los poetas, a los científicos, a los filósofos y a los artistas, pensando siempre en los hombres comunes y corrientes, en su anhelo de paz de corazón y de alegría de vivir.

La lectura casual de *El reencantamiento del mundo* de Morris Berman, me abrió un horizonte insospechado hacia la nueva cultura de la anti-modernidad. Y la de *Megatrends 2000* de John Naisbitt me ayudó a percibir el anhelo de espiritualidad que anima a muchos hombres y mujeres de hoy, cansados del materialismo y del racionalismo ambientes. Después de esas lecturas, vinieron muchas otras. Las he registrado en las Notas, en la Bibliografía por orden cronológico y en la Lista de Autores, al final del volumen. Creo que podrá ser útil consultarlas.

La primera parte de este trabajo -Reencantamiento del mundo- está basada en esas y en otras lecturas de autores antiguos o contemporáneos que me han ayudado a entender la situación de la cultura llamada de la modernidad y de la contra-cultura de la «anti-modernidad» que pugna por sustituirla o, al menos, por modificarla.

En la segunda parte -Reencantamiento de la fe- reflexiono, desde mi fe y mi experiencia de pastor, sobre el aporte de la religión para el reencantamiento de este mundo y, más en concreto, del reencantamiento de la Iglesia de Cristo en nuestra patria, que le permitirá contribuir a ese anhelado reencantamiento de Chile.

El pueblo chileno necesita reencontrar el sentido de la vida. Tironeado por intereses o ideologías contradictorias, por una aurora de prosperidad y la persistencia de la miseria, por una tradición cristiana y nuevos enfoques de la religión, de la ética y de la cultura, avanza hacia el tercer

milenio, como quien silba en la noche para disimular su miedo, con una mezcla de esperanza y de aprensión. La huella luminosa de Francisco de Asís, el santo poeta que reencantó su siglo, me ha servido de guía en esta búsqueda del reencantamiento de nuestra pequeña, sufrida, inquieta y esperanzada patria.

Agradezco a mi secretaria, señora Astrid Mundigo de del Río, su estimulante interés y su infinita paciencia.

1ª PARTE

EL REENCANTAMIENTO DEL MUNDO

*Como si el Ángel del Señor pasara
se embellece la tierra silenciosa
y bajo el manto de la noche clara
nace el alba en el seno de la rosa.*

Jorge Guzmán Cruchaga

«Soneto»

*Fuente pura, fuente clara,
más que oída, presentida,
aunque nunca te encontrara
tú has de encantarme la vida.*

Jorge Guzmán Cruchaga

«La fuente escondida»

I. El origen de la cultura moderna

El cristianismo llegó al mundo en el contexto de una cultura semita, la **israelita**. Luego pasó a la cultura **greco-latina**, la del Mediterráneo, la del Imperio Romano. Poco a poco fue tomando contacto con las culturas **celta**, **germánica** y **eslava** del Centro y Norte de Europa. De las influencias mutuas entre todas estas culturas y de su progresiva evangelización surgió la **cristiandad medieval**. San Agustín (354-430) en *La ciudad de Dios* (426) le dio su fundamento intelectual y espiritual. La cristiandad alcanzó su máximo florecimiento en el siglo XIII con San Francisco de Asís (1182-1226), San Luis, rey de Francia (1214-1270), Santo Tomás de Aquino (1225-1274) y el Dante (1265-1321). Luego empieza la decadencia, el «otoño» descrito por Huizinga². Vienen el Renacimiento y el Humanismo, simbolizados en Erasmo (1469-1536). Vienen Lutero (1483-1546), Calvino (1509-1564) y la Reforma protestante, San Ignacio de Loyola (1491-1556) y la Contrarreforma católica. Brillan los genios de Cervantes (1547-1616) y de Shakespeare (1564-1616) y la vieja Europa está lista para un cambio cultural profundo: es la hora de Bacon (1561-1626), de Galileo (1564-1642) y de Descartes (1596-1650). Empieza la cultura **moderna**.

Llamamos, en este trabajo, cultura moderna o **modernidad**, a la cultura que se inicia, en Europa, a comienzos del siglo XVII y que, al terminar el siglo XX, sigue en gran parte vigente. La cultura de lo que los historiadores europeos llaman la «edad moderna».

Es un período de cuatro siglos. Durante tan largo tiempo, la cultura no podía dejar de cambiar y diversificarse; sin embargo, sus rasgos principales se mantienen constantes: a ellos nos vamos a referir principalmente.

En torno a la cultura dominante, **oficial** podríamos decir, ha habido,

por cierto, muchas **subculturas** más especializadas pero funcionales a la cultura dominante: las pasaremos por alto.

También se han gestado, a lo largo de estos cuatro siglos, **muchas manifestaciones culturales de signo diferente**, incluso contrapuestas. Al barroco y al clasicismo sucedió el romanticismo; a éste, el realismo, naturalismo o verismo; y luego el simbolismo. Las viejas corrientes vuelven a aflorar, y se habla, en determinados momentos, de un neoclasicismo o de un neo-romanticismo: no entraremos en esos detalles.

Ha habido, finalmente, otras manifestaciones, más contrarias a la corriente dominante, las que fueron revolucionarias en su tiempo: las veremos, en un capítulo posterior, como **precursoras de la anti-cultura**.

Comprendemos lo que las palabras **moderno** o **nuevo** tienen de equívoco. Por lo general se las usa en relación con lo más reciente, lo contemporáneo. Y cada generación ve su cultura, la actual, como moderna y en oposición a la cultura de la generación anterior. La historia recuerda, ya en el siglo XIV, una *ars nova* y una *devotio moderna* y, más cerca de nosotros, a comienzos de este siglo, un *art nouveau* y, a mediados del siglo, un *nouveau roman*. La «novedad» pasa y el adjetivo queda, por respeto a quienes lo usaron, creyendo tal vez haber dicho para siempre la última palabra. Hasta que aparezca de nuevo la palabra **moderno** o **nuevo**, en otro contexto. La España socialista de hoy, por ejemplo, habla de modernidad en oposición a la España franquista de ayer. No usamos aquí la palabra en ese sentido restringido.

Todos los usos evidentemente son legítimos: es asunto de definición. Nuestro concepto de modernidad, al abarcar cuatro siglos, incluye necesariamente tendencias contradictorias: tradicionalistas y progresistas, conservadoras y revolucionarias, espiritualistas y materialistas. Nosotros nos quedamos con una línea gruesa que llamaremos cultura de la «modernidad» y una línea minoritaria y disidente que llamaremos «anti-modernidad», «post-modernidad» o «contra-cultura». Este uso es discutible pero legítimo.

Considerada así, la cultura **moderna** se opone a la **cultura medieval**. El redescubrimiento de la Edad Media, en su riqueza y su complejidad, ha aportado, por contraste, valiosos elementos a la crítica de la Edad Moderna y su cultura. Recordemos a Régine Pernoud, la acuciosa investigadora de los documentos medievales que subsisten en los archivos de Francia, que nos presenta la Edad Media como la edad de oro del reconocimiento de la dignidad de la mujer, de su cultura y de su influencia³. Recordemos a Etienne Gilson y muchos otros que ven en los siglos XII y XIII un florecimiento cultural que anticipa lo que, más tarde, se

llamará el Renacimiento -siglos XV y XVI. A esa cultura, calificada de «oscurantista» en siglos pasados y hoy rehabilitada y considerada por muchos como luminosa, se opone la cultura moderna. Y la verdadera edad «media», o de transición, se ubicaría en los siglos XIV, XV y XVI - incluidos el Renacimiento y la Reforma- que ven, en parte, el último florecimiento de la llamada Edad Media y, en parte, su decadencia y la transición hacia la Edad Moderna.

Se dan, en este final de siglo XX, muchos signos de cambios, a veces muy profundos y, sobre todo, muy rápidos. La lectura, entre otras, de las obras de Toffler⁴ o de Naisbitt⁵, que analizan los últimos veinte años y anticipan los diez años venideros, dan muchos ejemplos de ellos. No es fácil discernir cuáles de estos cambios son verdaderamente revolucionarios, y forman parte de una contra-cultura en gestación; y cuáles, por espectaculares que sean, se mantienen en la línea de la cultura de la modernidad. No siempre hay acuerdo al respecto. Hay que optar y esas opciones parecerán subjetivas, arbitrarias y discutibles a muchos. La física actual, ¿es un desarrollo lógico de la física clásica o significa una ruptura revolucionaria con ella? El socialismo, ¿ha de considerarse, junto con el liberalismo, como ideología de la modernidad, o como una expresión de anti-modernidad? El uso y abuso de las drogas, ¿es consecuencia del permisivismo moral y del desarrollo tecnológico de nuestra cultura o es un fenómeno propio de la contra-cultura? No es fácil ponerse de acuerdo. Aquí seguiremos nuestro criterio, pero, no pocas veces, con muchas dudas.

II. La cultura moderna

Vamos a esbozar ahora un cuadro esquemático de la cultura moderna. Expondremos después los rasgos principales de la contra-cultura, siguiendo el mismo esquema.

En un capítulo posterior procuraremos discernir los rasgos positivos y los rasgos negativos de ambas culturas. Por ahora trataremos de hacer una exposición objetiva, anticipando sin embargo desde ya algunas de las críticas que desarrollaremos después, confrontándolas con las que hagamos también a la contra-cultura.

1) Filosofía

En los primeros años del siglo XVII aparecen dos obras filosóficas destinadas a tener larga repercusión: el *Novum Organum* de Francis Bacon en 1620 y el *Discours de la Méthode* de René Descartes en 1637. Bacon (1561-1626) es el iniciador de la corriente **empiricista** en filosofía, la que prevalecerá en la filosofía inglesa hasta hoy. A Descartes (1596-1650) se remonta la corriente **racionalista**, característica, desde entonces, de la filosofía europea continental.

Por cierto que la filosofía ha evolucionado a lo largo de estos cuatro últimos siglos y son muchas las corrientes que se pueden describir en ella. Pero la filosofía actual se mantiene en la línea inicial, o la acentúa. Hay, por lo general, poco interés por la metafísica y por todo lo que parece trascender al hombre. Los filósofos estudian más bien problemas de lógica o de ética. Estudian lo referente al conocimiento y a la ciencia: la epistemología; o al lenguaje: la lingüística; o al comportamiento humano: la ética.

Para el racionalista, la verdad se reduce a lo que de ella se puede expresar

en «ideas claras y distintas». Para el empiricista, la realidad se limita a lo que se puede percibir a través de los sentidos, en la **observación** y en el **experimento**. En el primer caso se privilegia la inteligencia; en el segundo, la experiencia sensorial, mediada en muchos casos por instrumentos y técnicas complejas.

2) Ciencia

Esta revolución filosófica hizo posible la revolución científica. Ésta se encarna, a comienzos del siglo XVII, en Galileo (1564-1642) y, a fines de siglo, en Newton (1642-1727). El estudio de Galileo sobre «la ley de la caída de los cuerpos» es de 1602. El de Newton sobre «la ley de la gravitación universal» es de 1687. Entre ellos, o en torno a ellos, se ubica la labor matemática y física de Descartes, de Pascal, de Fermat, de Leibniz.

La ciencia toma entonces un carácter **analítico**. Hay que descomponer el todo en sus partes para estudiarlo.

Y un carácter **cuantitativo**: todo debe ser pesado y medido; todo dato científico, toda ley científica, debe poder expresarse en un lenguaje cercano al de la matemática, la expresión perfecta de las ideas claras y distintas.

El científico pretende la **objetividad**. El «aquí dentro» del científico no interfiere, según él, con el «allá afuera» del objeto estudiado⁶. El científico es un ser abstracto, un sujeto neutro, que observa y raciocina, sin involucrarse en el proceso que estudia.

El sabio, hasta entonces un aficionado, pasa a ser un **especialista**, un profesional de la ciencia. Se crea un mundo científico, que ocupa cátedras, trabaja en laboratorios, se reúne en academias, elabora un lenguaje que, poco a poco, se hace incomprensible al común de la gente, aun culta.

El desarrollo de las ciencias de la **naturaleza** se repite en las ciencias del **hombre**. Antropólogos, sicólogos, sociólogos, educadores, comunicadores hablan un lenguaje cada vez más especializado que el común de la gente aprende a balbucear, en parte por moda, como lo hace con el lenguaje de las ciencias físicas. Pero la ciencia misma se hace cada vez más inaccesible al hombre común y aun al científico fuera de su especialidad.

3) Tecnología

La revolución científica, a su vez, hizo posible la revolución tecnológica. Y ambas se potencian mutuamente. La tecnología brota de la

ciencia, pero, a su vez, la provee de los instrumentos que le permiten seguir desarrollándose.

La ciencia es del orden del **saber**. La técnica es del orden del **poder**. Va poco a poco transformando las condiciones de vida de los hombres. Se puede decir que es a través de la técnica como la mayoría de los hombres llegan a interesarse por la ciencia. La tecnología, como la ciencia, es de difícil y delicado manejo. Sólo los **ingenieros** y los **técnicos** saben utilizar los nuevos instrumentos. Entre ellos y el común de la gente se crea una distancia creciente. Como en el caso de la ciencia, esto vale tanto para las técnicas de orden físico, químico y biológico como para las que derivan de las ciencias humanas. El psicólogo, el sociólogo o el educador saben y pueden más que el hombre común, quien pasa a depender de ellos, aun en aquello que antes resolvía con su criterio y experiencia. La tecnología cambia el estilo de vida, crea una dependencia del que no sabe ante el que sabe, el **experto**.

Hasta hace poco, por ejemplo, los padres educaban a sus hijos, basados en el sentido común, la tradición familiar y su propia experiencia. Hoy día, cada vez más, recurren al orientador, al psicólogo o a los libros. Se gana en ilustración lo que se pierde en instinto.

Se sabe el desconcierto que produjo en innumerables padres que se habían inspirado para la educación de sus hijos en los libros del doctor Spock, su última obra en que se declaraba arrepentido de lo escrito en sus libros anteriores, considerados ahora por él demasiado permisivos. Pero *The common sense book of baby and child care*, su obra principal, llevaba ya 28.000.000 de ejemplares vendidos. En cambio, cuentan los biógrafos de Freud que su esposa, al casarse, le pidió que la dejara a ella educar a sus niños: nadie al parecer se arrepintió de esta decisión⁷.

4) Economía

a. Empresa

La revolución tecnológica ha hecho posible, y ha vuelto necesario, el desarrollo de la empresa y ha creado un nuevo tipo de hombre: después del científico, del ingeniero, del técnico, aparece el **empresario**.

El empresario es un hombre de iniciativa. Es capaz de coordinar ideas, **hombres** y recursos; sabe ofrecer bienes y servicios apetecibles; está **dispuesto** a competir, a asumir riesgos, animado por el deseo de la

ganancia y la ambición de crecer. Crecimiento, desarrollo, maximización y optimización son parte de su vocabulario.

La empresa, porque maneja hombres e ideas, bienes y servicios, suele alcanzar un gran poder, no sólo sobre quienes dependen directamente de ella, sino también ante el poder político y ante las mismas instancias culturales. A menudo la democracia -el poder del pueblo- ha debido enfrentarse con la plutocracia -el poder del dinero- y con la tecnocracia -el poder de la técnica. A veces, se ha dejado dominar por ellas; otras veces las ha aplastado; en otros casos, se ha logrado una colaboración provechosa para todos.

Al empresario, sigue en importancia el ejecutivo. El **ejecutivo** es el hombre informado, el que tiene los contactos, el hombre del *know how* (saber hacer). Es un funcionario, el de más alto nivel, el que ejecuta las intuiciones creativas del empresario.

b. Industria

La tecnología y la empresa han hecho posible la industria a gran escala, el paso del taller a la fábrica, de la artesanía a la producción en masa. El ingeniero y el técnico han abierto paso al **industrial**. La industria ha extendido al mundo entero los avances de la técnica. En los últimos dos siglos, la industria ha alcanzado un desarrollo espectacular. Los industriales han buscado afanosamente nuevas **materias primas**: de la madera, del cuero y de la lana, se ha pasado al fierro, al acero, al plástico y a la fibra sintética. Han buscado nuevas **fuentes de energía**: de la fuerza muscular del hombre y de los animales domésticos, de la energía de la leña, del agua y del viento, se ha pasado al carbón, al petróleo, a la electricidad, al átomo. Y han construido **máquinas**, cada vez más perfeccionadas, primero para transportar o transformar materias primas, fuentes de energía y productos de la industria; y luego para substituir el propio trabajo intelectual del hombre: computadoras.

Se acusa a menudo a la industria de ser agresiva con la naturaleza. Para ponerla al servicio del hombre, se dice, la maltrata, la explota, la poluciona, la agota. Estaría destruyendo el planeta, ya para la actual generación y sobre todo, para las generaciones venideras.

c. Agricultura

La aplicación de los adelantos científicos y tecnológicos a la agricultura y a la ganadería, ha traído consigo cambios revolucionarios: un gran

aumento de la producción mundial de alimentos y una notable disminución del número de trabajadores agrícolas.

Se dan grandes desigualdades en la distribución de los alimentos producidos: escasez y despilfarro coinciden.

Hay quienes ven con temor las manipulaciones genéticas de animales y plantas, las condiciones artificiales de crianza de ciertos animales - gallineros industrializados, por ejemplo- como atentados contra la ecología e incluso contra la ley de Dios. Se suele denunciar el uso abusivo de los fertilizantes sintéticos y de los pesticidas.

El crecimiento de la población mundial, por otra parte, exige un aumento continuo de la producción de alimentos en circunstancias cada vez más difíciles. Algo parecido ocurre con la pesca y la explotación de los productos del mar. Hay quienes temen un pronto agotamiento y la desaparición definitiva de numerosas especies animales y vegetales.

Por otra parte, la reducción del número de trabajadores agrícolas, debido a los adelantos técnicos, produce un éxodo incontenible del campo a la ciudad. Hay que acomodar en las poblaciones periféricas estos millones de familias que difícilmente encuentran vivienda, servicios públicos y trabajos adecuados.

Muchos autores han señalado que el hambre del Tercer Mundo se debería, en gran parte, al *food business* a escala mundial que transforma la materia prima agrícola barata, alimento de los pobres, en productos sofisticados de alto precio que sólo pueden adquirir los ricos⁸.

d. Comercio

Los productos de la industria y de la agricultura deben ser distribuidos. En la mayor parte del mundo se logra esto mediante el **comercio**. Y el comercio se centra en el **mercado**. El mercado se ha vuelto mundial. Por el mercado, el comerciante pone los bienes y servicios al alcance de quienes los necesitan o los desean.

El mercado goza hoy día de gran prestigio, debido, en parte, al fracaso del **socialismo**, al menos en la forma que lo han practicado los países comunistas. Algunos señalan que el mercado puede, en la práctica, ser distorsionado, manipulado por los productores y los comerciantes, en perjuicio de los **consumidores**, que son los más y suelen ser los más desprotegidos.

e. Publicidad

El comercio hace necesaria la **publicidad**: hay que dar a conocer al

eventual comprador el bien o servicio que se le ofrece. Hay que competir con quien ofrece bienes o servicios parecidos. Hay que persuadir al comprador para que adquiera lo que tal vez no le sea necesario o supere sus posibilidades financieras. El ofrecimiento de **crédito** se une a la publicidad para presionar al consumidor potencial.

f. Consumismo

Se ha llegado así, poco a poco, a la sociedad consumista. El supermercado, la agencia de viajes, la venta por catálogo, son como símbolos de la sociedad consumista. Aun los que carecen de recursos para comprar sienten un placer al ver la abundancia, la variedad y la calidad de lo que se les ofrece. Piensan que lo que no pueden adquirir hoy, podrán tal vez tenerlo mañana. Otros, en cambio, se amargan o se rebelan.

El consumismo es criticado en cuanto atendería menos las necesidades reales del consumidor que a los intereses económicos del productor y del comerciante. Privilegiaría el **embeleco**, lo que se compra sin verdadera necesidad o utilidad. Provocaría también el **despilfarro**, la superabundancia de lo superfluo, para algunos, mientras muchos otros carecen de lo necesario; y haría correr el riesgo de que la generación actual agote materias primas y recursos energéticos que harán falta a generaciones venideras. Se decía que los ricos comían el pan de los pobres; hoy se agrega que los padres se están comiendo tal vez el pan de sus hijos.

g. Comunicación

Ferrocarriles, barcos, automóviles, aviones, han hecho posible el comercio a escala mundial. Permiten el **transporte** de las mercaderías y el desplazamiento y el **intercambio** entre los hombres. Un europeo del siglo XIX, salvo contadas excepciones, moría sin haber salido nunca de su país de nacimiento; hoy es raro el que no haya estado, una o muchas veces, en el extranjero. Reuniones y congresos se multiplican a escala nacional y mundial. Las becas de estudio, los intercambios universitarios, tienden a nivelar el desarrollo científico y técnico. Las grandes corrientes migratorias producen un nuevo reparto de la población mundial y barajan razas y pueblos. Después de la Segunda Guerra Mundial, los habitantes de las ex-colonias -negros, hindúes, árabes- invadieron el territorio de sus ex-metrópolis, quienes habían invadido en siglos pasados sus propios países. Centenares de miles de trabajadores portugueses, españoles, italianos, yugoslavos, griegos o turcos, fueron a

trabajar a Alemania o a Canadá; millones de centro y sudamericanos han emigrado a los Estados Unidos, donde la población hispana alcanza a 30 ó 40 millones, haciendo de los Estados Unidos uno de los países del mundo más poblado de hispano parlantes.

Hoy se empieza a percibir un creciente **rechazo** a los inmigrantes. La gente quiere vivir en medio de gente como ella. No es necesariamente racismo; es más bien una incapacidad de adaptarse a quienes son demasiado diferentes, cuando éstos son demasiado numerosos.

El telégrafo, el teléfono, el télex, el fax, el computador, hacen posible el intercambio a distancia **entre las personas**. El equipo de sonido, la televisión en circuito cerrado, la amplificación, facilitan la comunicación a **nivel grupal**. Finalmente, la prensa, la radio, el cine y sobre todo la televisión, crean redes de comunicación **social** que llegan prácticamente a todos los hogares y a todas las personas.

Este desarrollo de las comunicaciones da a quienes las controlan un poder inmenso sobre la cultura, la mentalidad, el estilo de pensar, de sentir, de vivir y de actuar de la gente. Y ese poder es habitualmente colectivo, anónimo. Los que lo controlan eluden fácilmente una responsabilidad personal. Las motivaciones económicas, las ideologías dominantes, la moda del momento ejercen una influencia decisiva, muy superior quizás a la de la escuela, de la universidad, incluso de las iglesias.

h. Dinero

El denominador común del mundo de la empresa, del comercio, de la comunicación, de la ciencia y de la técnica y, en gran parte, de la política, es el **dinero**. Los bancos, las bolsas de comercio, las torres y rascacielos de IBM o de EXXON son los templos del mundo moderno. El dinero es el **ídolo** que en ellos se venera. Es el principio dinámico que sustenta toda la actividad del planeta.

El dinero es el que da a la vida y a la cultura moderna su carácter **materialista**. Todo es bueno si sirve para ganar dinero: el alcohol, la droga, el juego, el erotismo, el tráfico de armas, la delincuencia, el **terrorismo**, el secuestro, el desprecio de la dignidad de la mujer o de la **inocencia** de los niños, la pauperización de las muchedumbres humanas. Y el dinero es todopoderoso, abre todas las puertas, incluso muchas **veces** las de las conciencias. La **corrupción** por el dinero es uno de los **grandes** problemas del mundo de hoy.

5) Ideología

a. Liberalismo

Esta sociedad moderna encontró su ideología, a fines del siglo XVIII, en el **liberalismo**. Se la dio Adam Smith (1723-1790). Su libro célebre sobre *La riqueza de las naciones* es de 1776.

El liberalismo privilegia la **libertad** de las personas en el campo cultural, en el campo económico y en el campo político.

Privilegia el libre examen, el libre pensamiento, la libertad de expresión y la libertad de cultos.

Privilegia la **iniciativa**, la creatividad, el crecimiento, el desarrollo de la producción y del consumo. Privilegia la **competitividad**.

Privilegia también la democracia, con tendencias a veces al elitismo y a la manipulación de los ciudadanos no politizados⁹.

b. Socialismo

El liberalismo suscitó su antídoto: el **socialismo**. Éste privilegia la igualdad sobre la libertad, privilegia la **centralización**, la planificación, la uniformidad. Lleva a menudo a la **burocracia**. Privilegia la distribución antes que la producción y suele llevar a la escasez y al racionamiento. Privilegia la **solidaridad** antes que la competitividad. Cae a menudo en el autoritarismo del partido o del dictador.

El socialismo tiene una larga historia que culminó en el **marxismo**: Carlos Marx (1818-1883). Su *Manifiesto del Partido Comunista* es de 1848. Su obra definitiva, *El Capital*, es de 1867.

En los últimos tiempos, ante el colapso del llamado socialismo real, el que se practicaba en los países con gobierno marxista, el socialismo parece desprenderse de la influencia marxista y volver a sus fuentes pre-marxistas.

Se observa también un acercamiento entre liberalismo y socialismo. Ambos pertenecen a la misma cultura moderna. Ambos se centran en la producción, distribución y consumo de bienes y servicios. Ambos tienen una raíz y un estilo materialistas. Pareciera que, con una mejor distribución de los beneficios de la empresa entre accionistas, administradores y trabajadores, podrían llegar a un acuerdo: esto, al menos, se ha logrado en los países más industrializados y más ricos. Entre «economía social de mercado» y «socialismo renovado» la distancia se acorta día a día.

Sin embargo, el crecimiento de la población mundial y la aspiración general a mejores niveles de vida y a una mayor igualdad, unidos al

previsible agotamiento de las materias primas y de las fuentes de energía y al deterioro del ambiente, pueden, en breve plazo, obligar a los líderes políticos y económicos a reconsiderar una **planificación** a nivel mundial de la producción, de la distribución y del consumo. Se hace sentir la presión del mundo de los pobres, cuyos ojos han sido abiertos por la comunicación al bienestar de que gozan los pueblos y los hombres privilegiados y desean un nivel de vida más cercano al de ellos. Una nueva forma de socialismo, más **pragmático** que ideológico, puede ser una necesaria opción de futuro. Habrá que conciliarla con la necesidad de preservar la iniciativa y la competitividad que caracterizan al empresario liberal. En el secular enfrentamiento de las dos grandes ideologías, la última palabra probablemente no ha sido dicha todavía. No llega aún «el fin de la historia».

Puede, sin embargo, discutirse si acaso el socialismo forma parte de la cultura moderna, de la que denuncia muchos rasgos; o de la contra-cultura, la que, en diversas ocasiones, como en los acontecimientos de 1968 en Francia, lo ha rechazado con violencia. Dada la situación actual, nos ha parecido más simple dejarlo dentro del marco de la cultura moderna¹⁰.

c. ¿Fin de las ideologías?

El mundo parece haber entrado en un período de **pragmatismo**. Se dejan de lado las ideologías, las posiciones intelectuales y teóricas, las palabras y los discursos. Se busca soluciones concretas a los problemas, eficiencia y progreso. La política tiende a volverse más técnica, más especializada. La **tecnocracia** sustituye a las aristocracias y a las plutocracias de ayer y hoy; ella inspiraría y daría eficiencia a la democracia. Los adversarios teóricos de ayer se unen hoy en concertaciones, buscan acuerdos y prefieren dar un paso juntos en la buena dirección que dos pasos cada uno, en sentido contrario.

Queda una preocupación y muy grave: los problemas que aborda la política, ¿pueden resolverse con recetas pragmáticas o con fórmulas técnicas solamente? ¿No serán en el fondo problemas **humanos**, de contenido por lo tanto **espiritual**, que ponen en juego el destino total del hombre?; ¿puede la política **desentenderse** de la religión, de la filosofía, de la cultura, del arte? ¿Puede **sustraerse** al debate de ideas? En cuanto la ideología haya sido una filosofía **dogmática** y simplista, un recetario o un corta-palos para un pensamiento y **una acción** disciplinados, podemos tal vez alegrarnos de su fin, si es que llega **el fin**. Pero la política no puede prescindir de nada de lo que atañe al ser **humano** y a su destino, en todas sus dimensiones y en todas sus direcciones¹¹.

6) Estilo de vida

a. Salud

La salud es una de las grandes preocupaciones del hombre de hoy. Se vive mejor y se vive más tiempo que antes. La gimnasia, el *body-building*, el *jogging*, el deporte, la vida al aire libre, llegan a millones. Al niño, una vez que ha nacido, se le rodea de mil cuidados, se le educa esmeradamente para que logre una madurez perfecta, física y psíquica.

Por otra parte, el alargamiento de la vida unido a la baja de la natalidad, tienden a convertir el mundo en un inmenso hogar de ancianos bien atendidos, pero, a menudo, mortalmente solitarios y aburridos.

La medicina ha alcanzado un tal alto costo, debido a sus grandes progresos técnicos, que se ha convertido en una carga excesiva para los enfermos y sus familias. Hay quienes se quejan que los ahorros de toda una vida se consumen en el último mes de esa vida. Y muy a menudo, al morir el enfermo tras una larga y costosa enfermedad, los parientes se quedan «sin el deudo y con la deuda». (Ver apéndice: El reencantamiento de la Medicina, al final del volumen.)

b. Educación

Los analfabetos desaparecen. Todos tienen acceso a la **enseñanza**, no solamente básica sino media o técnica. Las universidades se multiplican y el número de profesionales crece en forma acelerada. La educación altera y renueva la estructura social. El saber se constituye en riqueza y poder.

Se reprocha, sin embargo, a la educación básica y media su carácter superficial, enciclopédico y pragmático. Los egresados de la enseñanza básica no sabrían leer ni escribir correctamente. Los que han terminado la enseñanza media, se dice, han oído hablar de muchas cosas pero no han estudiado nada a fondo. Muchas aplicaciones y pocos principios. Se descuidaría los valores morales, y más aún los espirituales, que forman la personalidad. Y se orientaría a los adolescentes, más que a la vida, a la universidad que, a veces, los rechaza y los hace sentirse fracasados y, otras veces, los acoge, pero no es capaz de asegurarles un futuro. Son estas críticas que se escuchan con frecuencia.

La **cultura** se desarrolla a la par de la educación. Los museos norteamericanos están recibiendo 500 millones de visitantes al año. En 1979, había en USA 20 conjuntos importantes de música de cámara; en 1989 eran

578. En Japón se han abierto 200 nuevos museos y en Alemania 300. El Centro Pompidou de París recibe anualmente 8 millones de visitantes. Y se prevé que, antes de terminar el siglo, las artes, al menos en USA, estarán recibiendo más ayuda de parte de las grandes corporaciones que los deportes¹².

Uno podrá preguntarse si este **consumo** de arte guarda relación con la calidad y aún con el volumen de la **creatividad** artística. Pero no cabe duda que vivimos en un mundo cada vez más culto, más capacitado, mejor educado en todas las ramas del saber humano.

c. Estilo de vida

La cultura moderna presenta paradójicamente dos aspectos contradictorios: es formal y permisiva. Pero a su manera.

El **formalismo** ha sido estudiado, entre otros, por algunos sociólogos norteamericanos de izquierda¹³. Corresponde a una sociedad tecnificada que tecnifica también las conductas humanas. El corte de pelo, la dieta, la vestimenta, el mobiliario de la casa o de la oficina, el auto, las entretenciones, deben corresponder al *status* de cada cual. Dentro de cada sector social o de cada ámbito cultural se leen los mismos libros y revistas, se ven los mismos programas de televisión, se va a los mismos conciertos y a las mismas exposiciones; se veranea en los mismos lugares. Se habla lo mismo, se dice lo mismo, se piensa lo mismo. El *establishment* tiene sus leyes no escritas, sus órganos de vigilancia, sus mecanismos de defensa.

El **permisivismo** es como una extensión del consumismo. Se compra el placer, incluido el sexo, como se compran los infinitos *gadgets* que ofrece el mercado. Es un permisivismo por abundancia de dinero. La única regla ética vigente parece ser: cada cual hace lo que quiere o lo que puede, con tal de respetar el derecho de los demás de hacer también lo que quieren o lo que pueden. Volveremos sobre este punto más adelante.

III. La actitud religiosa de la cultura moderna

1) Actitud hacia la religión

La nota dominante de la cultura moderna frente a la religión es tal vez una **indiferencia tolerante**. El hombre de la cultura moderna suele ser **agnóstico**: aquello de que la religión habla, para él, está fuera del alcance del conocimiento humano; ¿por qué empeñarse en conocer lo inconocible?

Es frecuente también el **eclecticismo**: todas las religiones, piensa, tienen algo de bueno; por lo demás, se parecen mucho; valen tanto la una como la otra; da lo mismo ser budista, católico o musulmán; ¿para qué empeñarnos en convertirnos los unos a los otros?

A veces se da lo que llaman **sincretismo**: de cualquier religión se toma lo que agrada y se deja lo que no gusta. Se respeta y se sigue, en parte, a Cristo; pero se cree, por ejemplo, en la reencarnación, lo que no tiene ninguna base en la Biblia; o se acepta una especie de vago panteísmo, ajeno a la fe cristiana en un Dios personal, diferente del mundo del hombre. A menudo se llega a posiciones incoherentes, contradictorias las unas con las otras.

Se acepta el **pluralismo religioso**, no tanto como un hecho, alejado del ideal y que se espera provisorio, sino como un ideal: viene a confirmar el agnosticismo, el eclecticismo y el sincretismo ya señalados.

La actitud ante la religión y ante el hombre religioso es **tolerante** y aún **respetuosa**. Siempre que el creyente no pretenda tener la verdad absoluta, que valdría para todos los hombres; y que no trate de imponerla al mundo entero. Se acepta la religión como un valor **relativo**, **discutible**, una **opinión** personal o grupal y siempre que no interfiera con el libre parecer y actuar de los demás.

En un país de raíz cristiana como el nuestro, muchos se refieren a un **humanismo cristiano**, a una **inspiración cristiana** que no implica necesariamente la fe cristiana, aunque derive de ella. A veces es tan sólo «el perfume del frasco vacío» de que hablaba Renán¹⁴.

Esta actitud suele designarse como **secularismo**. La palabra puede tener un sentido positivo: una legítima separación entre las cosas de Dios y las cosas del mundo, entre lo sagrado y lo profano. Mas a menudo implica una desvalorización de lo sagrado, de lo que a Dios se refiere. Para el secularismo, la sociedad humana es esencialmente secular, profana y el fenómeno religioso ocupa dentro de ella tan sólo el lugar, por lo general exiguo, que las autoridades seculares le asignan.

Nos hemos referido ya al **permisivismo moral** que acompaña la llamada sociedad afluyente y consumista. El acento se pone en la libertad: cada cual es libre de pensar y de hacer lo que quiere, ya lo dijimos, con tal de que no impida a los demás pensar y hacer también lo que ellos quieren. Y la ética pasa a ser una opinión personal o grupal, independiente de toda referencia divina; muchas veces un parecer mayoritario que se establece mediante encuestas o votaciones y esencialmente cambiante.

2) Actitud del creyente

El creyente que vive en esta sociedad agnóstica y pluralista y que quiere permanecer fiel a su religión se siente amenazado. Sin el apoyo de un ambiente religioso, sin una legislación en consonancia con sus principios, se siente desorientado y debilitado. «A Dios queremos en nuestras leyes, en las escuelas y en el hogar», cantaban nuestros padres ante la amenaza de las leyes laicas. Y, en 1965, el Cardenal Danielou intitulaba uno de sus libros: *La oración, problema político?* Un título paradójico pero realista: la política puede, indirectamente, favorecer o dificultar la oración.

Amenazados por un ambiente que tiende a asfixiar su vivencia religiosa, los creyentes tienden a formar **comunidades** pequeñas, pero fuertemente estructuradas y disciplinadas, como una **doctrina** clara e indiscutida, un **culto** bien regulado y una **ética** exigente. Esto se vio en los países cristianos de Europa Oriental durante los años que estuvieron sometidos a regímenes políticos persecutorios; temieron abrirse a los cambios propuestos por el Concilio Vaticano II: no eran tiempos para introducir novedades, sino para ser fieles a las tradiciones seculares. Ellos sentían que la fuerza, el prestigio de su Iglesia ante su pueblo y ante las autoridades residía en gran parte en su continuidad, en su fidelidad. Algo parecido ocurre en el mundo moderno secularizado, que no encarcela al creyente pero le quita el oxígeno que necesita para vivir su fe.

Por eso se desarrollan tanto las **sectas**, especialmente las más **funda-**

mentalistas y los **movimientos**, especialmente los más **integristas**. Ocurre entre los católicos, como entre los protestantes, los ortodoxos, los judíos o los musulmanes: mecanismo de defensa, condición de supervivencia, apoyo de la fidelidad.

En el aspecto doctrinario se insiste en la **ortodoxia**. Se busca la estabilidad. Se recela de las novedades teológicas, sin base clara en la tradición. Se recurre a la **autoridad** en materia de fe; el **contenido** de la fe, que es algo objetivo, importa aún más que la intensidad del **acto** de fe, que es un valor subjetivo. Incluso hay en algunos un rechazo porfiado de los desarrollos de la ciencia bíblica, aun de los basados en trabajos serios, aprobados y aceptados por las autoridades de las iglesias. Es el **fundamentalismo**, que rechaza toda crítica bíblica. Es el **integristismo** que desconfía de toda evolución teológica.

En el aspecto cultural o litúrgico se observa algo parecido: el **ritualismo**. Se dice que el cristianismo perseguido en Alemania Oriental pudo sobrevivir por la belleza tradicional de su liturgia, única manifestación pública de la fe que se permitía. En la Unión Soviética, la Iglesia Ortodoxa, también acorralada, se mantuvo fiel a sus largas celebraciones llenas de belleza, de esplendor y de misterio. El pueblo sentía que mientras hubiera iglesias en que se veneraran los íconos, se quemara incienso y se cantaran los hermosos y profundos himnos tradicionales, la fe seguiría viviendo, Dios seguiría presente en medio de una sociedad oficialmente atea.

Lo mismo ocurre con la moral. Para defenderse del permisivismo excesivo, se tiende a un cierto **rigorismo**. Se quiere preceptos claros, indiscutidos, exigentes. Hay poca comprensión y tolerancia para quienes no los cumplen. Por lo general se insiste en la moral familiar, en la conducta sexual, más fáciles de regular que las conductas sociales, económicas y políticas, más complejas y dependientes de circunstancias muy variables. Se insiste también en los «cumplimientos»: la Misa Dominical, la recepción de los sacramentos, el pago de los diezmos.

Estas actitudes, ya lo hemos dicho, suelen ser necesarias. Movimientos y sectas, incluso los más fundamentalistas e integristas, son sin duda los sectores de más vitalidad en el mundo religioso de hoy, mientras decaen las corrientes **liberales** dentro del protestantismo o del judaísmo, del catolicismo o del Islam. Pero tienen sus peligros. Señalemos dos: el **formalismo** -«farisaísmo» lo llama el Evangelio- y el **fanatismo** -recordemos el Ayatollah en Irán- o a ciertas sectas que han terminado en suicidios colectivos. Pero, ¿qué moneda, por valiosa que sea, no tiene su reverso?

IV. Origen y desarrollo de la contra-cultura

Por cierto que el desarrollo de la cultura moderna no ha sido tan lineal y continuo como nuestra exposición podría hacerlo pensar. A lo largo de estos cuatro siglos, especialmente a partir de fines del siglo XIX, han aparecido fenómenos culturales que, en la perspectiva actual, pueden considerarse como signos precursores, o simplemente manifestaciones, de una «contra-cultura». Vamos a señalar aquí algunos de ellos y luego procuraremos, en el capítulo siguiente, exponer en forma sistemática y esquemática, como lo acabamos de hacer con la «modernidad», los rasgos actuales de una «anti-modernidad» que algunos se anticipan a llamar «post-modernidad».

1) Filósofos y pensadores

No cabe duda que pensadores como Pascal y Rousseau fueron vistos, ya en su tiempo, como opositores a una visión solamente intelectualista de la verdad. «El corazón tiene razones que la razón no conoce», decía Pascal; y Descartes sabía a quién iba dirigida esa observación. Uno comprende también la no disimulada antipatía entre Voltaire y Rousseau. Tras ellos Kierkegaard, Bergson, Martín Buber, Teilhard de Chardin; los existencialistas Sartre o Camus, abren caminos nuevos que la contra-cultura no dejará de recorrer.

La contra-cultura americana reconoce a menudo como precursores a sus filósofos «trascendentalistas» del siglo pasado: Emerson, Thoreau.

2) Esotéricos y místicos¹⁵

La contra-cultura invoca con respeto a místicos de los últimos siglos: el maestro Eckart, dominico; Jacobo Böhme; Swedenborg.

Se lee mucho y tienen muchos discípulos los místicos rusos: Gurdjief, Ouspensky. O los árabes, como Khalil Gibran.

Existe más interés aún por las místicas orientales: hinduismo, budismo -especialmente el Budismo Zen-, taoísmo, confucianismo, aparecen como portadores de respuestas antiguas, desconocidas hasta ahora en Occidente fuera de grupos minoritarios, a muchos problemas de hoy. Recordemos el *Siddhartha* de Hermann Hesse, de 1922. Los «gurúes» tienen legiones de discípulos ávidos de ser iniciados en la antigua sabiduría de la India o de la China. Millares se ejercitan en la meditación. Se practica el yoga y otras técnicas psicológicas que ayudan a lograr la concentración.

El interés se extiende a los grupos y los libros esotéricos: masonería, rosa-cruces, kábala, obras del Conde de Saint-Germain. Se estudia la alquimia, la brujería, el ocultismo, las herejías medievales¹⁶. Hay un ansia de misterio y de penetrar en el misterio. Una ola de vago misticismo arrastra a millares. Las obras de Castañeda, de J.J. Benítez están en todas las librerías y son *best-sellers*.

También se explora el mundo de la astrología. Los horóscopos forman parte de la vida y de la conversación diaria. Y también la superstición: hay grandes hoteles que no tienen piezas que lleven el número 13; a veces el treceavo piso del hotel se suprime. El mismo Freud, en sus últimos años, vivía en ese mundo de supersticiones y de tabúes.

3) Escritores y artistas

Los poetas románticos del siglo XIX, entre ellos Shelley; los visionarios que ven la vida con ojos diferentes, Blake, Novalis, Nerval, Baudelaire, Lautréamont, Rimbaud, Apollinaire; T.S. Eliot, R.M. Rilke, Allen Ginsberg; igualmente los surrealistas¹⁷, Breton, Soupault, Desnos, Artaud, Eluard, Aragón y, antes que ellos, Tzara, el fundador del Dada; todos ellos aparecen como portadores de un mensaje nuevo, como precursores de una nueva cultura.

Desde hace un siglo aparecen grandes escritores que inauguran una nueva manera de escribir, pero, sobre todo, de pensar y de sentir. Extrañan, son difíciles de entender, son a veces ridiculizados y final-

mente se imponen, a una minoría selecta primero, y luego a muchos: Virginia Woolf, Proust, Joyce, Huxley, Faulkner, Kafka, Hesse, Kazantzakis, el *nouveau roman*. En el teatro: Beckett, Ionesco, Brecht, Weiss, Osborne, Albee. Con ellos entramos en una nueva cultura; muchos piensan que es la de la anti-modernidad.

Algo parecido ocurre con los artistas que perturban nuestra cultura tradicional: Cézanne, Picasso, Kandinsky, Duchamp, Klee en la pintura; Moore en la escultura; Gropius, Le Corbusier, Alvar Aalto, Mies Van der Rohe en arquitectura; Debussy, Stravinsky, Schoenberg, en la música; más tarde y en otro estilo los Beatles. Todos ellos pueden ser considerados como precursores, más que eso, como agentes, del cambio cultural.

4) Científicos

Un apoyo inesperado, pero de gran peso, viene del mundo de los científicos. Con Planck, con Einstein, la física newtoniana empieza a crujir. Heisenberg introduce el principio de indeterminación. El determinismo, viga maestra del cientismo decimonónico, entra en crisis¹⁸. Capra y otros descubren paralelismos entre el tao chino y la física nuclear¹⁹. Kuhn analiza los cambios de paradigma en la historia de la ciencia²⁰. Pribram²¹, neuro-fisiólogo, y Bohm²², físico, proponen el holograma de Dennis Gabor²³ como modelo adecuado del mundo tal como se le ve hoy. Y ese paradigma «holográfico»²⁴ entra a formar parte de la nueva cultura.

Se suele también integrar a ella el Premio Nobel de Química, Prigogine²⁵, que visitaba recientemente nuestro país.

5) Sicólogos

Sicólogos como Karl Jung, W. Reich o Erich Fromm, discípulos de Freud; o como Perls, de la escuela de la Gestalt; también Frank, creador de la logoterapia; o siquiátras como Laing, aportan su contribución a lo que parece ser un cambio radical de la perspectiva científica.

Es en este campo tal vez donde se dan más novedades que apuntan a una nueva cultura. Los trabajos de los neurofisiólogos, como Carl Pribram, sobre la especialización de los hemisferios cerebrales -siendo el izquierdo el de la inteligencia, de la lógica, de la matemática, de las ideas claras y distintas y de las formulaciones precisas; y el derecho, el de la intuición, de la imaginación, de los sentimientos, emociones y pasiones- han abierto

nuevas perspectivas, haciendo considerar nuestra actual cultura, con predominio del hemisferio izquierdo, como padeciendo una verdadera hemiplejía síquica²⁶. Hay un esfuerzo incesante por cambiar la conciencia, por ensancharla, por enriquecerla: sicología **humanista**, sicología **transpersonal**, sicoterapias, dinámicas sicofísicas, **bioenergética**, análisis **transaccional**, parasicología, se cultivan por todas partes. Se habla mucho de *new age* (nueva era), de *human potential* (potencial humano), de *awareness* (conciencia), de *insight* (intuición), de *change* (cambio), de *growth* (crecimiento), de *meaning* (sentido). Libros de sicología aplicada como *I' am OK, you're OK* de Thomas A. Harris (1969) o *Your Erroneus Zones* de Wayne W. Dyer (1976), se convierten en verdaderos *boom* editoriales. Sin contar los libros dedicados a la acción de los alucinógenos como los del célebre Timothy Leary: *High Priest* (1968) y *The Politics of Ecstasy* (1986), el de Aldous Huxley, *The Doors of Perceptions* (1954) o el de Alan Watts: *The Joyous Cosmology: Adventures in the Chemistry of Consciousness* (1962)²⁷.

Bantam Books publica una serie intitulada Bantam Books-New Age y le pone como subtítulo: *The search for meaning, growth and change* (la búsqueda de sentido, de crecimiento y de cambio). Kairos en Barcelona publica las traducciones al español de muchas de estas obras. Y aquí en Chile, Cuatro Vientos Editorial se dedica extensivamente a las publicación de libros que van por esta misma línea: llevan ya más de cuarenta títulos; han publicado a Perls, a Berman y muchos otros, a más de autores chilenos como Francisco Huneeus, Gastón Soubllette, Héctor Orrego o Virginia Cox.

Bellah²⁸ hace del «terapeuta» -el que practica la sicoterapia o se somete a ella-, uno de los cuatro tipos que permiten definir al norteamericano de hoy.

Cabe preguntarse si el sicólogo no es para el hombre un poco lo que el mecánico es para el auto. El mecánico afina el motor; no enseña a manejar y no indica dónde ir. El sicólogo pone la mente -muchas veces alterada por las características de la vida actual- en mejores condiciones de funcionamiento. Pero no da **sentido** a la vida; tampoco enseña a vivir. La sicología no suple a la ética ni a la metafísica. Es una de las conclusiones que se imponen precisamente al leer a Bellah y sus colaboradores.

Hemos dicho que se hace un gigantesco esfuerzo por explorar y ensanchar los **límites de la conciencia humana**.

En el siglo XVIII, un «filósofo» francés podía estar persuadido que su cultura era la cultura y que el hombre era él y los que se relacionaban directamente con él. Pero, a raíz de los grandes descubrimientos marítimos

y exploraciones terrestres, llegaron al conocimiento del hombre europeo, hombres de razas y culturas diferentes. Se hablaba de **salvajes** y de **primitivos**. Los etnólogos los estudiaron y los dieron a conocer. En todo caso eran diferentes y la idea del hombre se amplió considerablemente. El *bon sauvage* pasó a ser un personaje familiar a la cultura de la Ilustración.

Algo parecido ocurrió con la arqueología. Reaparecieron civilizaciones sepultadas durante siglos bajo la arena de los desiertos: los egipcios, los sumerios, los fenicios y tantos otros. Aparecieron también restos de hombres de la Edad de Piedra, nuestros antepasados. Así es como la idea del hombre se extendió en el espacio y en el tiempo. Y la teoría de la evolución, expuesta por Darwin (1809-1882) -*The origin of species* (1859); *The descent of man* (1871)-, al retrazarnos la evolución del hombre a lo largo de milenios, hacía que el propio antropólogo europeo o norteamericano se sintiera tan sólo como una etapa momentánea en el curso de un proceso de siglos, o como una simple variedad local de la especie del *homo sapiens*.

Los sicólogos y otros especialistas escudriñan hoy día la vida intrauterina del niño, sus primeros días, sus primeros años; y por el otro extremo, los momentos que preceden o siguen a la muerte. Investigan, con Freud, el misterio de los sueños, los actos fallidos, las asociaciones espontáneas, el llamado sub-consciente; estudian la influencia de las drogas que afectan al sistema nervioso, al cerebro, a la mente; los avances de la neuro-fisiología y la neuro-cirugía. Estudian los fenómenos parasicológicos; los estados místicos o parecidos a ellos; las enfermedades mentales, especialmente la esquizofrenia, pero también la ansiedad, la angustia, la depresión. No falta un siquiatra persuadido de que uno de sus pacientes, bajo hipnosis, le ha hablado de sus sucesivas reencarnaciones previas; e incluso de haber oído a los «sabios» que alternan con su paciente en las etapas intermedias entre dos encarnaciones, hablándole a él mismo²⁹. Estudian finalmente la vida síquica de los animales y la relación del hombre con ellos, tan alterada por la proliferación de perritos regalones, con sus alimentos especiales, sus cosméticos, sus veterinarios³⁰.

Es así como sicólogos, poetas y místicos van descubriendo que el hombre es más y puede más que lo que hasta ahora aparece. Y aunque el **esfuerzo** por expresar lo inexpresable y por vivir lo invivible ha llevado a muchos al **stress**, a la depresión, a la locura o al suicidio -diez de los **surrealistas** se suicidaron y tres cayeron en locura o en la droga³¹-, ellos **van** enriqueciendo la experiencia humana, ensanchando el mundo del **hombre**, revelando su complejidad interior, superando esquemas menta-

les, haciéndonos sentir el carácter limitado, parcial e insuficiente, del conocimiento científico analítico, abriendo nuevas posibilidades a la conciencia e invitándonos a la modestia y al asombro.

Se ha despertado un gran interés por explorar el mundo de la heterodoxia; la gnosis; las herejías medievales, como la de los cátaros; la mezcla de magia y ciencia característica del Renacimiento; hasta las ciencias ocultas tras la aventura hitleriana. Se presiente que hubo allí grandes fuerzas vitales y que fueron aplastadas por la mentalidad racionalista, imperante ya en tiempos muy anteriores a Descartes³².

La riqueza, aparentemente insondable, del hombre y del mundo acicatea a quien quiere vivir su destino humano hasta el límite más extremo. Lo estimula a usar todos los recursos cognitivos del ser, no sólo el discurso lógico o la observación precisa y mensurable; a recurrir a la intuición, a la imaginación, a la sensibilidad, a la pasión y a superar el análisis para lograr la comunión.

6) Los años 60: El *flower power*

La contra-cultura tuvo una manifestación espectacular en la década del 60. El recuerdo de los *beatniks*, de los *hippies*; del *flower power*; de Woodstock; la protesta contra la guerra de Vietnam; los graves acontecimientos políticos de Mayo del 68 en Francia (Daniel Cohn-Bendit); la «nueva izquierda»; la agitación en los campos universitarios norteamericanos (los *sit-ins*); la reforma universitaria en muchos países, incluso en Chile; el Greenwich Village, el *underground*, el *off-Broadway*.

James Dean, Joan Baez, Allen Ginsberg, Herbert Marcuse, Norman Braun, Paul Goodman, Alan Watts y Timothy Leary han dejado asociados sus nombres a este episodio juvenil que produjo un profundo impacto en la sociedad norteamericana y en la juventud del mundo entero. Theodore Roszak ha estudiado este movimiento y tratado de encauzarlo en un libro justamente célebre: *The making of a counter culture* (Cómo se hace una contra-cultura, 1968). A él remitimos a nuestros lectores³³.

7) Los años 80: El *new age*

En la década del 80, la contra-cultura se expresa mejor en el fenómeno del *new age*, la nueva era³⁴.

En 1948, en California, se publicaba el libro de Alice Ann Bailey

(1880-1949): *El retorno de Cristo*. Se le considera como el punto de partida de la nueva era. El libro de Marilyn Ferguson, publicado en 1980: *La conspiración del acuario*, con más de 500.000 ejemplares y traducido a 8 idiomas, muestra el camino recorrido en 30 años³⁵; y 10 años después, para Navidad de 1990, el cardenal Daneels, Arzobispo de Bruselas, escribe una Carta Pastoral sobre el new age en la que constata que las sectas y el *new age* progresan a gran velocidad: «inundan todos los continentes, incluso el nuestro»³⁶.

Extraña mezcla de sicología, de religiones orientales, de esoterismo y de astrología, con apoyo de la física moderna, con algo también de ciencia-ficción y hasta un toque de cristianismo, el *new-age* no es una filosofía, no es una religión y no es una organización. Llega sin embargo al 5 a 15% de la población norteamericana, está extendido por todo el mundo, con millones de adeptos: tiene una red de grupos diversos más o menos interconectados -hay una lista de 11, tan sólo en Barcelona-; cuenta con centenares de revistas -19, tan sólo en francés-; y justifica, como hemos visto, una Carta Pastoral de Navidad del Cardenal Arzobispo de una capital europea tradicionalmente católica.

El *new-age* es un estado de ánimo. Refleja el cansancio de un mundo racionalista y materialista, ávido de experimentar y de sentir; la tristeza de un mundo escéptico, ansioso de ser optimista, de volver a ser feliz; la angustia de un mundo lleno de peligros, que anhela seguridad, paz y comunión. Revela también el debilitamiento de la fe y de la vida de fe en los adeptos de las grandes religiones basadas en la Biblia: judíos, cristianos, incluidos los católicos. Se busca fuera lo que ya no se sabe encontrar dentro.

Cristo deja de ser una persona concreta, un hombre que es la encarnación de Dios. Pasa a ser una idea, un espíritu; un espíritu que se ha manifestado en el Buda, en Zaratustra, en Jesús. No hay revelación, ni encarnación, ni redención. El gran ausente es el Dios personal de la tradición judeo-cristiana, el Dios diferente del hombre y del mundo, anterior, exterior y superior al mundo, el Dios creador del mundo y del hombre, el Dios salvador del hombre, el Dios a quien el hombre busca en la oración y hacia quien se dirige, a lo largo de la peregrinación de esta vida, hasta llegar a la plena comunión con Él.

El *new-age* es una espiritualidad: invita a sus adeptos a la meditación. Pero esa meditación no se separa de la sicología, es un esfuerzo de la mente, de la siquis humana. Es una introspección. Y en el trasfondo de su conciencia, el hombre solo se encuentra consigo mismo. Se le dice que al

encontrarse consigo mismo se encontrará con el mundo y se encontrará con Dios. Pero ese Dios no es el Dios de la Biblia, el Dios de la Iglesia, el Dios de la fe, «el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob» que anhelaba Pascal.

Millones de hombres, ya lo hemos visto, hablan hoy día con entusiasmo un nuevo lenguaje: el potencial humano, el potencial ilimitado de la conciencia; la unidad de la creación; la transformación del mundo por la transformación del hombre; la visión holística de la vida; el seguimiento del propio guía interior; la búsqueda espiritual; la meditación trascendente. Cambian hábitos alimenticios, adquieren conciencia del proceso nutritivo, compran sus alimentos biológicos en almacenes especiales. Practican ejercicios de yoga u otros y se ensayan en la práctica de los diversos tipos de meditación. Desarrollan su cuerpo. Buscan la sanación por medios diferentes de los de la medicina oficial. Incluso cambian hábitos y perspectivas como empresarios. Naisbitt nos dice que las corporaciones están invirtiendo 4.000 millones de dólares al año en consultantes del new-age que aplican a su personal técnicas de «levantamiento de conciencia».

Esta es la forma actual de la contra-cultura, especialmente en sectores cultos y acomodados; pero no lo olvidemos: la mayoría del primer mundo es hoy culta y acomodada. ¿Qué vendrá después?

V. La contra-cultura

Expondremos ahora la cultura de la anti-modernidad, tal como se da hoy, al finalizar el siglo XX. Seguiremos el mismo esquema que usamos para la cultura de la modernidad, para poner así en relieve la oposición fundamental entre ambas culturas.

Nuestra exposición será tan esquemática como la que hicimos de la cultura moderna. Y, por ser un esquema, no logrará transmitir la riqueza humana, la vitalidad, la creatividad, la pasión, muchas veces dolorosa, la angustia, la esperanza y la desesperación que la animan. Tampoco logrará expresar la gran variedad de matices que se da en ella, ni la sucesión de etapas muy diversas en su desarrollo. Algo de eso hemos procurado narrar en el capítulo anterior. Las páginas que siguen servirán como de una sistematización ordenada y resumida de lo que es, en realidad, una explosión de malestar, de rechazo y de protesta y un anhelo confuso de una meta maravillosa, tal vez ilusoria, tal vez inalcanzable para muchos, pero que bien puede ser el ansia eterna del inquieto corazón humano.

1) Filosofía

La anti-cultura rechaza, o por lo menos critica fuertemente, tanto el **empiricismo** como el racionalismo. Su crítica al empiricismo la dejaremos **para** el párrafo siguiente dedicado a la crítica de la ciencia.

La anti-cultura no rechaza de plano el racionalismo ni el uso de la **inteligencia**. Pero protesta contra el monopolio ejercido por ellos y **reivindica** la vigencia de factores que están por debajo, por fuera y por **encima** de la inteligencia y sin los cuales es imposible llegar a la verdad **total**. El uso combinado de todos estos factores es lo que hace posible el

conocimiento **holístico**, llamado a substituir el simple conocimiento **analítico** tan propio de la filosofía y de la ciencia de hoy.

a. Por **debajo**: el conocimiento, se dice, viene en gran parte por el cuerpo y no sólo por la vista y el oído, sino por todos los sentidos y por el organismo en su conjunto. El subconsciente de Freud sería, piensan algunos, el conocimiento adquirido durante la gestación, en el útero materno y durante los primeros meses de la vida en el íntimo contacto del niño con su madre.

b. Por **fuera**: frente a la inteligencia, se reivindican los derechos de la intuición, de la imaginación, de la afectividad, de la pasión. Se redescubre el valor de la imagen, del signo, del mito. Se valorizan la poesía y el arte.

c. Por **encima**: finalmente se percibe la existencia del misterio, de lo «numinoso», de lo que trasciende la inteligencia y sólo es alcanzable por la «mística». Se busca una verdad inaccesible a la inteligencia, por medio de la magia, la brujería, el espiritismo, la astrología, el tarot, los ritos iniciáticos, los cultos esotéricos, las filosofías y las místicas orientales; a veces, incluso por medio de las técnicas sicodélicas.

2) Ciencia

Aquí el ataque se dirige al conocimiento analítico, al que se acusa de destruir la realidad para estudiarla. Se reivindica, como ya dijimos, el conocimiento **holístico** que es la aplicación a la realidad de los medios de conocer brevemente señalados en el párrafo anterior. Sólo así se puede captar la naturaleza y el hombre en forma **sintética**, en su organicidad, en sus interrelaciones.

Se critica también la pretensión científica a la **objetividad**. El experimentador, se dice, es parte del experimento. El **sujeto** que observa modifica el **objeto** observado. Y se acude a la física moderna para apoyar esta afirmación. El conocimiento es **participativo**: no se conoce desde fuera sino desde dentro.

La preocupación por lo **cuantitativo**, lo medible, hace que se escape la riqueza de la realidad que reside en la **cualidad**, la que no es apreciable por medición sino por una intuición, por una participación de todos los elementos no racionales del ser³⁷.

El gran neuro-fisiólogo chileno Joaquín Luco, Premio Nacional de

Ciencias, lo expresa muy bien: «Las verdades científicas son de validez limitada y el conocimiento dependería de factores que residen en el sujeto cognoscente». Y agrega: «se está entendiendo al mundo ya en términos de comprensión total»³⁸.

Ya en 1935, Alexis Carrel, Premio Nobel de Medicina, escribía: «El error de que hoy sufrimos consiste en una mala interpretación de una idea genial de Galileo. Galileo distinguió, como se sabe, las cualidades primarias de las cosas, dimensión y peso, que son mensurables, de sus cualidades secundarias, forma, color, olor, que no lo son. Separó lo cuantitativo de lo cualitativo. Lo cuantitativo, expresado en lenguaje matemático, nos dio la ciencia. Lo cualitativo fue descuidado. La abstracción de las cualidades primarias de los objetos era legítima. El olvido de las cualidades secundarias no lo era. Ha tenido para nosotros graves consecuencias. Porque, para el hombre, lo que no se mide importa más que lo que se mida»³⁹.

3) Tecnología

La crítica va dirigida a la relación de la técnica con la naturaleza. En ella se basa la preocupación ecológica. La tecnología, se dice, agrede a la naturaleza. No la respeta; la explota, la poluciona, la altera, la agota.

Un indio wintu de California decía, quejándose:

«Los blancos nunca tuvieron cuidado de la tierra, ni del ciervo ni del oso. Cuando nosotros los indios matamos un animal de carne, la comemos toda.

«Cuando cavamos raíces, hacemos pocos agujeros. Sacudimos el árbol para coger la bellota y la nuez. No cortamos los árboles. Sólo usamos madera muerta. Pero los blancos aran el suelo, arrancan los árboles, matan todo. El árbol dice: ‘No lo hagas. Soy delicado’. No me hagas daño. Pero lo echan abajo y lo cortan.

«El espíritu de la tierra los odia. Los indios nunca hacen daño a nadie, pero los blancos lo destruyen todo.

«Revientan las rocas y las esparcen por el sueño. Las rocas dicen: ‘No lo hagáis. Me hacéis daño’. Pero los blancos no hacen caso.

«¿Cómo va a querer el espíritu de la tierra al hombre blanco? Todo lo que el hombre blanco ha tocado está enfermo».

La contra-cultura ama la naturaleza y la defiende. Busca entrar en comunión con ella. Pide que se la respete y que se la goce.

Ante la tecnología avasalladora, supersofisticada y de gran consumo de energía, lucha por el retorno de la artesanía y el uso de tecnologías

más simples; más cercanas al hombre, más económicas: las tecnologías **alternativas** o **apropiadas**⁴⁰, adecuadas a culturas más primitivas en que los recursos son pocos y la mano de obra, en cambio, abundante y disponible. El campesino, su esposa y sus hijos no pasan a depender del técnico. Pueden seguir siendo libres y creativos, pero con una ayuda valiosa y que pueden manejar ellos mismos.

4) Economía

a. Empresa

La contra-cultura tiene serias reservas frente a la gran empresa, a veces transnacional, de inmenso poder económico y político que, según ella, sacrifica a sus intereses financieros no sólo la naturaleza sino también al hombre. Su poder es tanto o más temible, dice, cuanto suele ser corporativo, anónimo, escurridizo, defendido hábilmente por expertos en derecho. La gran empresa, cuando puede hacerlo, arrasa con todo. Es la queja de los indios del Amazonas. Es el lamento de las antiguas colonias cuya agricultura ha sido convertida en proveedora de materias primas para la industria europea, en detrimento del sustento de la población indígena⁴¹.

La contra-cultura privilegia la **acogida** y la **admiración** de la naturaleza antes que la iniciativa frente a ella. Privilegia la **solidaridad** antes que la competitividad, el **trabajo** antes que el capital y la persona del **trabajador** antes que los bienes que él maneja o produzca. El **cooperativismo** le parece una mejor forma de empresa que la sociedad anónima, porque está basado en las personas más que en los bienes y porque es una empresa comunitaria, educativa y participativa.

A la contra-cultura pertenecen, sin duda, los empresarios **informales** analizados por Hernando de Soto⁴², que construyen viviendas, urbanizan poblaciones, establecen negocios y aseguran el transporte, al margen de una reglamentación y aun de un derecho, inaccesibles para ellos, que les impiden actuar con los medios de que disponen y que encarecen indebidamente los servicios que prestan. El comercio ambulante sería entre nosotros una expresión de esa economía **informal**.

b. Industria

Ya indicamos las críticas que se dirigen en particular a la industria. Se refieren a la naturaleza y al hombre. La industria, se dice, ya lo vimos, agrade a la naturaleza, no la ama ni la respeta. La explota, no la cuida. La

polucionada y la agota sin pensar en los que vendrán después de nosotros.

La industria, por otra parte, no da al trabajo y al trabajador, el papel que les corresponde. El capital, o sea el dinero, pesa más que el trabajo, o sea que el hombre. Algunos se preguntan si habrá cabida en el mundo súper industrializado o **post-industrial**⁴³ para el trabajador que sólo aporta la fuerza de sus brazos. ¿No se estará construyendo una civilización de la eficiencia en la que sobran los considerados ineficientes, los reemplazables por máquinas o por robots? Y se preguntan también, ¿qué se está haciendo para reciclar a estos trabajadores, para capacitarlos, para integrarlos en la sociedad post-industrial?

c. Agricultura

Hemos señalado aquí también de paso las angustias relacionadas con la agricultura de alta tecnología: la desaparición del campesinado, como forma de vida y de cultura; la desaparición de una agricultura orientada en primer lugar al consumo de quien trabaja la tierra y vive en ella con su familia; el poco respeto de las leyes de la naturaleza; y el abuso y mal uso de los abonos, de los pesticidas, del monocultivo. Los grandes cambios tecnológicos pueden ser necesarios, inevitables. Pero al implantarlos se olvida muchas veces al campesino y a su cultura; los intereses de las grandes transnacionales del alimento aplastan los de las poblaciones indígenas, las privan de sus recursos tradicionales, sin preocuparse de integrarlas en el nuevo mundo económico que se está gestando, sin consultarlos ni darles participación en él⁴⁴.

d. Comercio

La economía de mercado, justa y eficiente a primera vista, se ve distorsionada por el poder desproporcionado que logran quienes disponen del capital, de la información y el *know how*, en desmedro del consumidor que tiene el derecho, pero no la posibilidad, de elegir. Poder que se acrecienta cuando los productores y los comerciantes se ponen de acuerdo en vez de competir.

e. Publicidad

La publicidad, que, por lo general, distorsiona la verdad, disimula los defectos, exagera las ventajas del producto ofrecido, promete más de lo que cumple e incita al gasto innecesario, es otro motivo de queja. Algunos le reprochan también el usar de recursos indebidos, como el erotismo, para atraer a los clientes.

f. Consumismo

La actitud de la contra-cultura respecto al consumismo es ambigua. El afán de gozar de los bienes y placeres que ofrece el mercado existe, como en todos, y es explotado por la empresa **moderna** que tiende a comercializar y a convertir en **moda** los elementos originales de la contra-cultura. El auge del Carnaby Street en Londres, con sus tiendas de vestimentas y accesorios estrafalarios y de mil negocios parecidos, lo demuestra.

Hay, sin embargo, en la contra-cultura, elementos anticonsumistas de sobriedad y de frugalidad, que veremos más adelante al hablar del estilo de vida.

g. Comunicación

El exponente de la contra-cultura ama el **viaje**, pero no se le ve mucho en auto propio o en avión. Le gusta viajar «a dedo», con sus amigos o con su pareja, con su mochila, en contacto con la naturaleza y sin apuro. Gusta de reunirse con otros que sean como él. Woodstock quedará como la expresión más típica de ese espíritu comunitario. Otro ejemplo serían las comunas hippies de los años 60.

La comunicación interpersonal o grupal le interesa más que las grandes redes nacionales o mundiales de comunicación. Le agradan los espectáculos en que participa, especialmente con el aplauso, el baile, el griterío. Le gusta sentirse parte de una muchedumbre unida por un mismo ritmo externo y una misma índole interna.

h. Dinero

El dinero no es para él una **meta**. A lo más un **medio** necesario para adquirir lo que a él le gusta. Siente, sin duda, la necesidad de dinero para satisfacer sus deseos: vestimentas estrafalarias, motos vistosas, a veces la droga. Y por ahí lo pesca la sociedad capitalista y consumista, dispuesta a proveerlo de lo que desee; y a transformar en moda y a extender a toda la juventud, a toda la población y a hacer aceptable, apetecible, *in*, lo que en un comienzo fue una protesta de un pequeño grupo contra la inmensa mayoría. Así es como, muchas veces, la cultura moderna asimila la anti-cultura, la comercializa, la vulgariza y termina por neutralizarla y vaciarla de sentido. Muchas veces también la contra-cultura de los hijos es financiada por la «modernidad» de sus padres, quienes mantienen así un cierto control sobre ella.

5) Ideología

La contra-cultura rechaza las ideologías en nombre de la libertad, de la espontaneidad, de la creatividad. Esto fue, en los años 60, causa de enfrentamiento entre la «nueva izquierda», proclive al anarquismo, y la «izquierda tradicional», marxista especialmente, esencialmente ideologizada y disciplinada. Y el antagonismo dura todavía, entre un socialismo «renovado», ilustrado y responsable, y una actitud revolucionaria y combativa, pero sin proyecto conocido.

En sectores más cultos o más profundos se produce el enfrentamiento entre el **personalismo** y el **comunitarismo**, más afines a la contra-cultura, y el **individualismo** y el **colectivismo**, más propios de la cultura moderna, liberal o socialista, retomando así un viejo debate de los sociólogos de fines del siglo pasado⁴⁵.

La crisis de las ideologías, anunciada desde hace varios decenios y que parece acentuarse hoy día, se debe en gran parte a la contra-cultura.

6) Estilo de vida

Es por su estilo de vida como la contra-cultura más se ha dado a conocer. Los *beatniks*, los *hippies* y sus comunas, la nueva izquierda (*new left*) de 1968, el rock, Woodstock, el consumo de las drogas alucinógenas, el blue jeans, la polera, las zapatillas, la mochila, el viaje a dedo, la relación de pareja, son algunos de los aspectos más llamativos de la contra-cultura y muchas veces los más criticados y los más imitados.

Al formalismo de la cultura oficial opone el adepto a la contra-cultura la **espontaneidad**, la libertad. En la manera de vestirse, por ejemplo: ya nos hemos referido a sus *paraphernalia*, a sus colgajos que hicieron la celebridad y la prosperidad de *Carnaby Street* en pleno centro de Londres; también en la manera de peinarse: los increíbles peinados que lucen los *beatniks*, por ejemplo, en Covent Garden de Londres, con el pelo teñido de diversos colores y formando sobre los cráneos, parcialmente rasurados, increíbles arquitecturas. Otro símbolo es la motocicleta, enorme, poderosa, reluciente, temible cuando se juntan en manadas. Otro aspecto más grato: el amor a las flores, a la naturaleza, a la paz, a la vida comunitaria.

Hay otros rasgos, tal vez más profundos, y que llevan al **permisivismo moral** como en la cultura moderna, pero no tanto por abundancia de dinero como por exceso de libertad: el culto al amor y a la vida que se

expresa en la libertad sexual y en la procreación de niños, con desconocimiento de la estabilidad y de la responsabilidad que el amor y la vida requieren.

La contra-cultura gusta de los ritmos musicales violentos, contorsionantes; de las músicas estruendosas, la guitarra eléctrica y los amplificadores; de las luces multicolores que se encienden y se apagan. De los ambientes sicodélicos, a tono muchas veces con el consumo de la droga.

Pero gusta también de la sencillez, la sobriedad, la frugalidad incluso. Ama la naturaleza, la defiende, procura entrar en comunión con ella. Busca los bienes **gratuitos**, las fuentes inagotables de verdadero gozo que se encuentran en la naturaleza, pero también en la amistad, en el amor, en el arte, la poesía, en la meditación, en la emoción religiosa. James Dean, el actor de cine; Cohn-Bendit, el revolucionario; Timothy Leary, el profeta de la droga; Allen Ginsberg, el poeta; Joan Baez, la cantante, fueron en su tiempo símbolos de esa nueva manera de sentir y de vivir. Algunos se quemaron en su propia llama. Pero, «¿acaso no es necesario arder para iluminar»?., dirán ellos.

VI. La actitud religiosa de la contra-cultura

1) Actitud hacia la religión

La contra-cultura tiene un fuerte contenido espiritual; es desde luego antimaterialista y antirracionalista, abierta al alma y al misterio. Pero su espiritualidad suele ser vaga, confusa, ambigua.

Recorre mucho a la **sicología**, incluso a la neurofisiología, a la siquiatria, a la parasicología. Parece más centrada en el hombre que en Dios. Confía más en el «potencial humano», que el sicólogo le ayuda a acrecentar, que en una relación con Dios que la elevaría por sobre su capacidad meramente humana. Es más inmanente que trascendente: la **conciencia** es el guía interior.

Muchos, sin embargo, confían más en el *gurú* que en el guía interior de la propia conciencia. Quieren maestros que les enseñen a crecer, a profundizar, a interiorizar. Los van a buscar al Oriente o éstos vienen a Occidente a comunicarles su milenaria sabiduría. Recordemos la fugaz experiencia orientalista de Los Beatles. Porque no siempre la perseverancia prolonga estos ensayos. Pero hay un deseo, casi una necesidad, de encontrar un **maestro**, de ser discípulo. Un maestro, vivo o muerto. En Estados Unidos, un millar de *channels*, el equivalente de los *mediums* de los espiritistas, aseguran a sus seguidores que algún maestro espiritual del tiempo pasado habla por intermedio de ellos: «Boyaed», que nació en la India en 324 a.C., o «Lazaris», el amigo consumado, o «Ramtha», una mujer de 35.000 años de edad⁴⁶.

En general interesa, atrae, fascina todo lo que viene del **Oriente**, de la India y de la China especialmente: hinduismo, budismo, taoísmo encuentran miles de estudiosos, de adeptos. Aquí mismo en Chile, en 1990, Cuatro Vientos publica el *Tao Te King* de Lao Tse, en una versión castellana y con comentarios de Gastón Soublette⁴⁷. Y ya dijimos que un físico de Berkeley ha escrito un libro *El Tao de la Física* con este subtítulo: «Una exploración de los paralelos entre la física moderna y el misticismo oriental». Traducido

astellano y otros idiomas, lleva ya 250.000 ejemplares publicados⁴⁸.

Recordemos también las relaciones de Erich Fromm, sicólogo y sociólogo alemán con el Budismo Zen.

La religiosidad anti-moderna se aleja de las iglesias establecidas y va preferentemente a las sectas que, en el mundo entero, no sólo en Chile, alcanzan un desarrollo inesperado. Ofrecen una doctrina, precisa en unos puntos, pero incompleta; una ética, concentrada en algunos valores, pero que deja de lado muchos otros; un culto, más espontáneo y más simple; pero sobre todo un ambiente cálido de acogida y de apoyo y una esperanza más concreta de salvación. Pero su origen es meramente humano, aunque se apoyen también, muchas de ellas, en la Biblia.

Algunos va más lejos. Buscan religiones esotéricas, reservadas a unos pocos privilegiados, para quienes son los secretos de una sabiduría recóndita. Se someten a ritos iniciáticos, de carácter misterioso, que dan acceso a fuentes arcanas, en que se encuentra la verdad, patrimonio de unos pocos.

Desde tiempos remotos resurgen las sociedades secretas, franc-masones y rosa-cruces; las profecías de Nostradamus, la Kábala o los escritos del Conde de Saint-Germain; astrólogos, quirománticos y cartománticos; el tarot; la magia, el espiritismo, la brujería; a veces el satanismo. Recordemos los místicos del Valle del Elqui, entrevistados por Malú Sierra⁴⁹. O, simplemente, veamos en diarios y revistas los horóscopos de cada día y la importancia que tantos atribuyen al signo zodiacal bajo el cual nacieron.

Ya nos hemos referido al *new-age* como una mezcla de espiritualismo, de orientalismo, de sicología, de astrología, con algo de cristianismo también, con física nuclear y hasta ciencia-ficción.

El hombre de la contra-cultura quiere evadirse de este mundo mecanicista y reduccionista que empobrece al hombre y lo mutila. Quiere crecer en el espíritu, ahondar en su conciencia. Muchos buscan a Dios pero no suelen dejarse guiar por Él en su búsqueda. No perciben su revelación en la Biblia. No siguen la tradición judeo-cristiana. No entienden y no acogen las enseñanzas de las iglesias cristianas. No confían en la Iglesia Católica. Buscan a Dios en su interior y cuando creen haberlo encontrado, cuando se han convencido que Dios está en el hombre, que el cosmos está en él, que Dios, el cosmos y él son una misma cosa, la realidad última, a veces se dan cuenta que sólo han encontrado la nada. El Dios vivo y verdadero no se deja atrapar en las redes del panteísmo, del inmanentismo, del sicologismo y sigue esperando a su creatura, hecha «a imagen y semejanza» de Él, pero no sólo adentro; también afuera, arriba, «en el cielo».

2) Actitud del creyente

Y ¿qué pasa con el hombre de la cultura post-moderna que quiere seguir fiel a su fe, que cree en la revelación de Dios y la acepta? ¿El que se siente interpretado por esta contra-cultura antimoderna y quiere seguir siendo católico, protestante, judío o musulmán? Vamos a mirar más de cerca un nuevo tipo de católico que vemos surgir en el seno de nuestra Iglesia Católica, que aparece desde fuera tan monolítica y tradicional y que, gracias a Dios, sigue siendo viva, joven y dócil al Espíritu.

El creyente de la contra-cultura quiere ser y sentirse **libre**. El contenido de la fe le interesa menos que el **acto** de fe. A la **ortodoxia** doctrinal, dada entera de una vez, antepone la búsqueda progresiva de la verdad, con su ritmo propio y con cierto criterio selectivo. Paulo VI decía poco antes de morir: «Los jóvenes de hoy no quieren **maestros**; quieren **testigos**». Es cierto: un testigo a quien se pueda seguir, como los apóstoles a Jesús; no un maestro, un profesor, a quien sólo se puede escuchar. Pensemos en los festivales centrados en el tema: «Una canción para Jesús»; había mucha ternura aunque poca precisión dogmática.

En el **culto** busca la espontaneidad, la creatividad, la participación; con todo el ser, con el cuerpo y con el alma, con los sentidos, con el corazón, con la vida. Se busca un clima fraternal, distendido, que permita la intimidad en la relación con Dios. Se adopta para la oración actitudes insólitas: en cuclillas, tendido de boca en el suelo.

Muy propio de la contra-cultura es el fenómeno **carismático** que invade las iglesias. En USA, calcula Naisbitt, habría 10.000.000 de católicos carismáticos, 1 de cada 5. Tomando en cuenta todos los credos en el mundo entero, los carismáticos llegarían a muchos millones⁵⁰.

El movimiento carismático responde muy bien a la mentalidad anti-moderna: espontaneidad, participación, afectividad, alegría; cantos, gestos, actitudes, testimonios; presencia sensible, palpable del Espíritu; o sea, experiencia directa de Dios, centrada en el misterio.

Más que los preceptos **morales** interesa la revelación del **misterio**, la experiencia de Dios, la espiritualidad, la mística. La moral es incompleta: se pregonan el amor, la vida, la libertad, la justicia, la paz, la solidaridad, la comunión, la alegría; faltan a menudo la responsabilidad, la constancia; faltan la globalidad, la totalidad, la coherencia: «Hay que servir a los pobres» decía a un grupo de jóvenes Sor Teresa de Calcuta. «Pero, para servir a los pobres, hay que amar a los pobres. Y, para amar

a los pobres, hay que tener un corazón capaz de amar. Ustedes, les preguntaba, ¿tienen un corazón capaz de amar?». Y les invitaba a revisar su vida, en sus hogares, con sus padres, sus hermanos, en la amistad, en el amor, en el estudio, en el trabajo. Más de algún joven quedó pensativo. La Madre había puesto el dedo en la llaga.

Los cristianos de la contra-cultura, más aún que los de la cultura moderna, buscan la **comunidad**: la grande, en que el alma se dilata, en que se canta, se ríe, se baila; y la pequeña, en que hay calor humano, amistad, comprensión; en que uno puede abrirse y en que uno se siente libre ante el mundo del *establishment*, de la Iglesia oficial de los adultos esclerosados, o vistos como tales.

VII. ¿Un cambio de paradigma?

Hemos hablado hasta ahora de culturas: cultura de la «modernidad» y cultura, o contra-cultura, de la «antimodernidad». Esto nos ha traído algunas dificultades, algunos titubeos. La palabra «cultura» parece ser un marco excesivamente estrecho para abarcar manifestaciones tan diversas y a veces tan contradictorias como las que hemos incluido bajo los títulos de modernidad o anti-modernidad. Un nuevo concepto viene a nuestra ayuda: el de «paradigma». Esta palabra, y el sentido que encierra, se popularizó con la obra célebre de T.S. Kuhn, intitulada *La estructura de las revoluciones científicas*, publicada en su idioma original en 1962^{50a}. Y aun cuando Kuhn se limita a estudiar los paradigmas científicos, su pensamiento puede extenderse a los paradigmas culturales y sociales.

1) El paradigma

Cecilia Dockendorf ⁵¹ define así la palabra paradigma y la contrapone a otros términos cercanos.

Así como el pez, nos dice, no sabe que vive en el agua porque nunca ha estado fuera de ella y no la ve siquiera, así también nosotros vivimos inmersos en un conjunto de ideas, supuestos, esquemas y modelos que tomamos por la realidad, no siendo más que un paradigma.

Pero mientras el pez no genera el agua en la que vive, el hombre genera, mejor dicho secreta, sus propios paradigmas.

Paradigma es «un conjunto de supuestos sobre la realidad, con que operamos habitualmente, sin tener conciencia de que lo tenemos».

Podemos tener distintos paradigmas que se ocultan tras nuestras diversas actividades específicas. Aquí nos ocupamos más bien del paradigma general

y básico, en el que se sustenta toda nuestra concepción del mundo.

Una **filosofía** es «una actividad deliberada, conscientemente creada por un ser humano». No así el paradigma: no es consciente.

Una **cultura** es «el conjunto de formas visibles, y también invisibles, que adopta el modo de vivir de una población». No así el paradigma: es invisible.

Una **ideología** «tiene como objetivo específico dirigir la acción del hombre». No así el paradigma: no dirige, influye, sin pretenderlo y sin que nos demos cuenta de ello.

Tampoco es un paradigma equivalente a un **modelo de desarrollo**, a una **creencia religiosa**, a una **teoría científica**. Todas estas cosas las vemos; el paradigma se infiere, se descubre más allá de todas ellas.

Tampoco es el paradigma una **cosmo-visión**, aunque esta también se infiere y se devela, no se crea ni se percibe. Pero el paradigma es menos integrado, no necesariamente totalizador; puede ser una simple suma de supuestos sobre la realidad y estar referido tan sólo a aspectos específicos de ésta.

Hasta aquí el penetrante análisis de Cecilia Dockendorf.

2) ¿Un cambio de paradigma?

El problema ahora está en saber si los cambios culturales que hemos descrito pueden considerarse como un cambio de paradigma, como si se estuviera gestando un modelo diferente para mirar, sentir y entender el mundo en que vivimos.

Copérnico, Lavoisier, Einstein no fueron simplemente científicos que hicieron progresar sus respectivas ciencias. Después de ellos, los sabios vieron el cielo, la materia, la energía con ojos diferentes. Cambiaron el paradigma **científico** de su tiempo.

¿Se está gestando un cambio de paradigma **cultural**? Marilyn Ferguson⁵² nos dice que «la mayoría de los problemas no pueden resolverse al nivel en que vienen planteados». O sea, «no podemos buscarle soluciones económicas a los problemas económicos, ni políticas a los problemas políticos, ni sociales a los problemas sociales». La estrategia actual es sintomática, se le escapan las causas profundas, y opera en base a una dinámica de confrontación: al capitalismo le oponemos el comunismo; al machismo, le oponemos el feminismo. Parecemos desconocer que existe una vía diferente para solucionar los problemas, que comienza identificando las polaridades en oposición y en lugar de quedarse en el 0, las integra en un y, elevándolas a un nivel superior en que,

integradas entre sí, pasan a constituir una situación nueva.

Por otra parte, se pretende superar la fragmentación artificial que hacemos de la realidad, y se ve la necesidad de soluciones integradas, de una perspectiva «holística» para enfrentar los problemas. Todo esto produce un cambio radical en el modo de concebir la realidad. Surge una nueva visión del mundo, que hace posible un estilo de vida radicalmente diferente: un nuevo paradigma.

He dejado hablar a Cecilia Dockendorf. Yo no estoy preparado para pronunciarme sobre un tema tan ajeno a mi capacidad. Trato de acercarme a ambos paradigmas con igual apertura y con igual respeto. Como dice Kuhn: «La transferencia de la aceptación de un paradigma a otro es una experiencia de conversión que no se puede forzar»⁵³. Pero quisiera ser lúcido y honesto al exponer el problema: cada cual tomará sus decisiones. Y la historia dirá lo que viene: ¿**cambio radical** de paradigma que abrirá una era nueva?; ¿**proceso dialéctico** en que la tesis de la modernidad, modificada por la antítesis de la antimodernidad, dará lugar a una síntesis nueva?

Tampoco escribo estas páginas desde la perspectiva de un **intelectual** que sólo quiere entender el mundo, o de un **político** que quiere cambiar la historia. Soy un **pastor**, y lo que me interesa es la salvación del hombre. Y si el mundo de hoy se divide entre una cultura y una contracultura, yo quisiera ayudar a que se salven los que adhieren a uno y a otro paradigma.

VIII. Exorcismos y encantamientos

Pretender que el mundo de la modernidad es un mundo **desencantado** y que el **reencantamiento** viene al mundo por la anti-modernidad sería simplismo; más que eso: inexactitud y empobrecimiento. Nos proponemos en este capítulo señalar, en una y otra cultura, en uno y otro paradigma, los valores negativos que deben ser **exorcisados**, porque pertenecen al reino de las tinieblas y los que, asumidos, proclamados, difundidos, contribuirán al **reencantamiento** del mundo. Algo hemos adelantado de esta crítica cuando expusimos sistemáticamente una y otra cultura.

1) La cultura moderna

No cabe duda que el racionalismo y el empiricismo de la cultura moderna han hecho posible el desarrollo de la ciencia y de la técnica y de todo lo que ella deriva, sin lo cual los 6.000 millones de hombres y mujeres y niños que viven en nuestro planeta, moriríamos de hambre. Y ha dado, a gran parte de esos hombres, un nivel de bienestar y de cultura que era hasta entonces privilegio de muy pocos.

Pero, dicho esto, hay que pensar en los costos y éstos han sido enormes. El clima racionalista, positivista, cuantitativo, reduccionista en que se ha desenvuelto la vida intelectual de los últimos siglos; el secularismo, el rechazo del misterio y de la intimidad religiosos, han traído consigo un empobrecimiento de nuestra cultura y, a decir verdad, un **desencantamiento** que muchos advierten. Desde Bergson, quien, a comienzos del siglo, pedía para el cuerpo enfermo del mundo «un suplemento de alma», hasta Raúl Zurita, el poeta chileno, que lamenta que «tanto la ciencia como el arte, la filosofía y las diversas concepciones de la historia nos informan de

una vida cuya consistencia pareciera haberse perdido...»; el mismo conocimiento se ha transformado en un hecho plano, sin dimensiones⁵⁴.

El consumismo -o el productivismo que es la otra cara del mismo fenómeno- la cultura y la comunicación masivas -«huachacas», diría Pablo Huneus- la publicidad que, más que un servicio, pasa a ser una presión y una deformación, y el uso del dinero como denominador común de toda la vida humana tienden a dar a la cultura moderna un carácter **materialista**, centrado en las cosas más que en los hombres, en el dinero más que en el trabajo, a restarle valor a los bienes que no se transan en el mercado, como son la amistad, el amor, la alegría, la fe, la belleza; todo esto constituye un factor de **desencantamiento**.

La competitividad, el afán de ser rico, el prestigio social que da la fortuna, cualquiera sea el modo como haya sido adquirida, la ostentación de la riqueza constituyen otro factor negativo. Anulan la solidaridad entre los hombres, la búsqueda de cierta igualdad que reduzca las tensiones sociales, la sobriedad y la austeridad que configuran la pobreza evangélica. Tienden a crear un mundo egoísta, desigual, violento y materialista, ciertamente desencantado.

El secularismo, la aceptación del pluralismo frente a la verdad, no como una situación de hecho sino como un bien en sí, la indiferencia religiosa y metafísica restan valor e importancia al esfuerzo por encontrar la verdad, por acogerla, por difundirla, por proclamarla a todos. Anulan todo espíritu apostólico o misionero. Reducen la vida humana a su etapa visible y pasajera, eliminan artificialmente la preocupación por la muerte y la trascendencia, empobrecen al hombre y **desencantan** la vida.

Y, sin embargo, la utopía modernista tiene rasgos **positivos** que deben ser preservados y ponderados: la posibilidad para todos de una verdadera libertad interior en la búsqueda de la verdad, de la belleza y del bien; la exaltación de la creatividad humana, de la iniciativa, del esfuerzo, de la responsabilidad; el sueño en un mundo en que, gracias a la tecnología, pueda haber bienestar y gozo para todos los hombres: son valores que deben ser preservados ante el triple peligro de la masificación niveladora, del autoritarismo aplastante, o del fanatismo violentista.

2) La contra-cultura

La antimodernidad atrae por su carácter enriquecedor de la cultura. Al rehabilitar dimensiones de hombre marginadas o menospreciadas por la cultura moderna, abre horizontes nuevos a la creatividad humana. No podemos, sin embargo, desconocer sus peligros y sus deficiencias. Siendo

uno de ellos el desconocimiento o el abandono práctico de lo que hemos considerado como insustituible en la modernidad.

El peligro más grande que trae consigo la antimodernidad es la **incoherencia**. Una colección de críticas acertadas y de intuiciones justas no constituye necesariamente un proyecto orgánico y coherente. Hay una tendencia a la ineficiencia, a la improvisación, al anarquismo que podrían, en un mundo superpoblado, tener graves consecuencias.

La búsqueda de una mayor comprensión del pensamiento oriental; el espiritualismo, con su anhelo de la experiencia de Dios y de la entrada en el misterio, son rasgos muy **positivos**. Pero faltan, por lo general, claridad, precisión y certeza. Pareciera que **buscar** valiera más que **encontrar**. Que el **sentir** sustituye al **pensar**. Que se rechaza o se minimiza la revelación de **Dios** y se sigue con entusiasmo cualquier inspiración meramente **humana**. Y que, a la religión verdadera, se prefiere, *a priori*, cualquier ciencia oculta, cualquier mística insegura, cualquier superstición sin fundamento.

Recordemos los versos de San Bernardo: «¡Qué dulce eres Señor para los que te buscan!, ¡qué serás para los que te encuentran!»

O, si se quiere, la reflexión de De Gaulle cuando visitaba un centro de investigación científica: «Veo muchos *chercheurs* (buscadores), ¡ojalá haya también *trouveurs*! (hombres que encuentren la verdad buscada)».

Existe también la tendencia a la evasión: en la ociosidad, en la irresponsabilidad, en el alcohol o en la droga.

En cambio, la rehabilitación del inconsciente, de la experiencia de los sentidos, de los instintos y de las pasiones; de la intuición, de la imaginación; el sentido del misterio, de lo que sobrepasa al hombre; la búsqueda de sinceridad y de sencillez; el amor y el respeto a la naturaleza; una visión menos materialista y menos consumista, menos metalizada de la vida; el deseo de intimidad, de profundidad, son elementos insustituibles para un **reencantamiento** del mundo.

3) Un mundo reencantado

Un delegado africano, en las Naciones Unidas, se quejaba de los países desarrollados que mantenían, según él, a su pueblo en una situación desmedrada. El delegado de uno de estos países lo interrumpió. Y, con la documentación debida, le recordó los millones de dólares que su país había recibido de los del primer mundo. «Nosotros no queremos **dinero**, replicó el africano, queremos **felicidad**».

«El dinero no da la dicha, dicen los franceses; pero mucho contribuye a ella». Es cierto. Pero ya es mucho que no se confundan. Y que se busque la felicidad, también al márgen o más allá de la riqueza.

En un libro reciente, *Le désenchantement du monde*, el sociólogo francés Marcel Gauchet⁵⁵ retoma una vieja tesis de la historia de las religiones. Las religiones primitivas, anteriores a las grandes religiones históricas del primer milenio antes de Cristo, mantenían el mundo en estado de **encantamiento**. Dios estaba en el origen, en el comienzo de todo, estático, inmóvil. Y los hombres avanzaban, de espalda al futuro, la mirada fija en el pasado, en el origen, como quien, al alejarse retrocediendo de la chimenea, sigue mirando el fuego que ilumina, calienta y acompaña. Era un mundo **encantado**.

Pero aparecen los grandes fundadores de religiones: Moisés, Budha, Lao Tsé, Zoroastro. Ellos conciben a Dios, no tan sólo como **origen** sino como fin, no **estático** sino **dinámico**, no en el **pasado** solamente sino también en el **presente** y en el **futuro**. El hombre no camina ya mirando **hacia atrás**, al Dios de su origen. Aprende a caminar mirando **hacia adelante**, hacia el Dios, que es su fin a la vez que su comienzo; más aún, **acompañado** por su Dios, que es el Dios del presente, el Dios de la historia, el Dios del acontecimiento y de la vida.

Si Dios interviene en la historia humana, observa Gauchet, debe hacerlo por intermedio de hombres que lo representen, de **sacerdotes**. Y los sacerdotes se ven necesariamente involucrados en la contingencia, en lo discutible, incluso en el poder. La religión pierde la fuerza de encantamiento que le venía de su inmutabilidad, de su intangibilidad.

Se le puede reprochar a Gauchet el no apreciar la fuerza de encantamiento propia de la religión judeo-cristiana a la que no puede escapar el lector atento del Antiguo Testamento. El encantamiento de tantos episodios bíblicos, de hombres y mujeres como Abraham, José, Ruth, David, o Daniel; la belleza de tantos salmos y plegarias, «el chorro ardiente de poesía» que una gran lectora de la Biblia, Gabriela Mistral, evocaba con tanta emoción y fuerza⁵⁶.

Más aún, él parece ignorar el encantamiento del Nuevo Testamento, de los Evangelios sobre todo. Era más sensible Renán, cuando decía que el Evangelio de San Lucas era probablemente el libro más hermoso jamás escrito y que, en particular, el relato del anuncio del Ángel a María era una página inimitable.

Pero tiene razón Gauchet cuando señala que, en su compromiso con el mundo y con la historia, las religiones corren el riesgo de perder algo de

su **encanto**: se politizan, se alían con o se enfrentan al poder, se vuelven contingentes y discutibles.

A comienzos de este siglo, el gran sociólogo alemán Max Weber había hablado ya de *Entzauberung der Welt* (**desencantamiento del mundo**). Pero se refería a la influencia de cierta forma de calvinismo que, según él, estaba muy unida al capitalismo y habría contribuido a desencantar al mundo de la fe y de la religión por una actitud ética más cercana a la economía que a la mística⁵⁷. El tema ha sido retomado por Tawney en el contexto de la Inglaterra de los siglos XVI y XVII⁵⁸. No me pronuncio sobre esta tesis; tan sólo retengo que la religión, en su compromiso con el mundo, para bien o para mal, puede perder, al menos para quienes discrepan, su capacidad de **encantamiento**.

¿Cómo preservar el encantamiento de lo divino, del misterio escondido, del amor inicial, en medio de las vicisitudes de la historia y de la vida? ¿Cómo entregar, año tras año, a las generaciones nuevas, antes de que la vida los maltreche, ese encantamiento auroral, ese equilibrio admirable de belleza, de verdad y de bien que iluminó tantas generaciones? ¿Cómo conservar intacta, como una reserva inagotable, en la fe, en la vida, en el culto, en la mística, en la presencia al mundo, ese elemento de encantamiento que es esencial a toda religión, que es expresión vital de la relación entre Dios y el hombre, que es la herencia que transmite la Iglesia de Cristo?

La única respuesta a tan angustiosas preguntas, es la santidad. Es la gracia, es la fe, es la esperanza, es el amor. Cómo abrirles paso en nuestro mundo, cómo apartar obstáculos, cómo aportar algo al reencantamiento de Chile, de América, del mundo: esto será el tema de nuestra segunda parte.

2ª PARTE

EL REENCANTAMIENTO DE LA FE

*Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura
y yéndolos mirando,
con sola su figura,
vestidos los dejó de su hermosura.*

San Juan de la Cruz
«Cántico Espiritual», 5.

*No quieras despreciarme,
que si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme
después que me miraste,
que gracia y hermosura en mí dejaste.*

San Juan de la Cruz
«Cántico Espiritual», 33.

IX. Religión, fe y ateísmo

1) Religión

Los teólogos protestantes han establecido una distinción entre religión y revelación que puede sernos útil, aunque no convenga llevarla más allá de ciertos límites y, menos, convertirla en una oposición.

La **religión** sería el esfuerzo del hombre por encontrar una respuesta a interrogantes y angustias universales, persistentes y profundas:

¿Quién hizo y quién gobierna al mundo?

¿De dónde vienen el trueno y el relámpago, la lluvia y la sequía, la vida y la muerte?

¿Por qué la victoria o la derrota, las alegrías o las penas, el gozo o el dolor?

¿Qué hay después de la muerte? ¿De dónde vienen el bien y el mal? ¿Qué sentido tiene la voz de la conciencia? ¿Habrá premio para el bueno y castigo para el malo?

Si se busca las respuestas mediante la observación, la experiencia o el raciocinio, se llega a la ciencia o a la filosofía. Si se las busca en forma espontánea y directa, con la inteligencia, pero también con la imaginación, con el corazón, con el instinto, con todo el ser, se está en la religión.

La respuesta casi unánime se expresa en una palabra: **Dios**. Dios existe. Dios interviene en el destino del hombre. A Dios hay que **adorarlo** y **pedirle perdón**; hay que **suplicarlo** y **agradecerle**.

¿Cómo se **imagina** el hombre a Dios? Como puede, o sea, de mil maneras diferentes: único, dual o múltiple; bondadoso o temible; familiar, tribal o universal; parecido al hombre o, por el contrario, inimaginable, inefable. «Dios creó al hombre a su imagen y semejanza -decía Voltaire con ironía-, pero el hombre le ha devuelto la mano». El hombre proyecta sobre Dios lo que sabe de sí mismo: es el **antropomorfismo**.

De allí la **gran diversidad** de religiones. A la luz de nuestra fe revelada,

los cristianos apreciamos unas religiones más que otras, por una idea más pura de Dios o por una sabiduría moral más cercana a nuestro decálogo o a nuestras bienaventuranzas. Pero, en todas ellas, reconocemos al hombre que **busca** a Dios, al *homo religiosus* de que hablan los antropólogos. Y creemos que es Dios quien **inspira** esa búsqueda.

A lo largo de los siglos han surgido genios religiosos; algunos de ellos fueron fundadores de grandes religiones: Zaratustra, en Persia; Lao-Tsé y Confucio en China; el Budha, en la India; Mahoma, en Arabia; muchos otros, en diversas partes, y hasta hoy día. Algunos ignoraron la revelación bíblica. Otros la conocieron de lejos, o prescindieron de ella; otros la respetaron, o la incorporaron parcialmente en sus sistemas religiosos. Suelen valorar algunos aspectos de la religión, ignorando otros y atraen muchedumbres de fieles por sus valores positivos, y a veces también por sus aspectos negativos. Son, en parte, expresión de la cultura a que pertenecen y, en parte, influyen poderosamente en esa cultura.

Las religiones forman parte importante de la herencia de la humanidad. En los últimos siglos muchos estudiosos quisieron reducirlas a simples hechos históricos, psicológicos, sociológicos o culturales. Hoy, investigadores como Mircea Eliade⁵⁹ y otros tienden a considerar el fenómeno religioso en sí, con su carácter propio, su universalidad, su diversidad, su densidad y su fecundidad.

Toda religión tiene un **contenido doctrinal**, más o menos claro o difuso, el que, a menudo, se expresa a través de **mitos**. Toda religión tiene un **culto**, individual, familiar o social, culto que se expresa a través de **ritos** y que llega, a veces, a una experiencia personal e íntima de Dios, a la **mística**. Toda religión tiene una moral; más exterior que se expresa en leyes o **cumplimientos**; o más interior, que puede llegar a la **santidad**.

Como el arte, como la cultura, la religión es una **expresión del hombre** y de su dignidad. Para los creyentes es también un **don de Dios** al hombre, un don inicial, incompleto, provisorio; una preparación histórica a la acogida de la plena **revelación de Dios y al don de la fe**.

2) Revelación y fe

Otra cosa es la fe, tal como la entendemos los cristianos. La fe descansa, en primer lugar, en un **hecho histórico**: no legendario, no mítico, no simbólico, sino real: el hecho de la **revelación**. Dios se revela a Abraham. Dios habla a un hombre, lo interpela, **se da a conocer, se**

manifiesta, entra en la historia. Primero, en los límites estrechos de **una familia**, de una raza, de un pueblo: la familia de Abraham, **el pueblo judío**. Y luego, Dios se hace hombre, entra ahora personalmente en la historia, en forma sensible, en tal lugar, en tal día, hablando tal idioma, compartiendo tal cultura. Y su intervención personal hace estallar las fronteras estrechas de su pueblo judío: su revelación es **para todos**. Un nuevo pueblo, **el pueblo de Dios**, la Iglesia de Cristo, asume la herencia del pueblo judío y la extiende al universo entero. **El contenido de la fe** se precisa y se completa. **El culto** se perfecciona, se purifica. La **moral** se vuelve más íntima, más profunda, más delicada, más exigente.

Y sin embargo la fe no es la simple **adhesión del hombre** a una revelación, a la revelación de Dios en la historia. La fe es un **don de Dios**. Requiere, por parte del hombre, la disposición a aceptar la verdad, la sinceridad en su búsqueda, la humildad en la oración, en el recurso al Dios aún desconocido. Pero la plena adhesión a la verdad revelada supone una iluminación que viene de Dios, que es gratuita, que es sobre-natural en su origen. Al hombre le corresponde buscar y pedir la fe, estudiarla, enriquecerla, conservarla, protegerla y, sobre todo, vivirla. Pero, como un don gratuito de Dios y no como una conquista meramente humana.

En torno a la revelación de Dios se constituyen, primero la religión judía y luego la religión cristiana que la continúa y la perfecciona. Ambas forman la tradición **judeo-cristiana** que se expresa en la Biblia. A lo largo de los siglos, entra en contacto con otras religiones, otras tradiciones, otras culturas. En Europa, con las culturas griega y romana, céltica, germánica y eslava. En otros continentes, con las religiones y sabidurías del Oriente: hinduismo, budismo, taoísmo, confucianismo, zoroastrismo; y las diversas formas de animismo o chamanismo. Con mil otras religiones, de América, de África o de Oceanía.

Por otra parte, la misma Iglesia de Cristo, como toda empresa humana, tiene sus **problemas**: «cismas» y «herejías», para usar el lenguaje de los teólogos y además la indiferencia y el abandono de sus propios fieles, las «apostasías». Esto dificulta el trato con las otras religiones. Éstas, por lo demás, también conocen altos y bajos, períodos de expansión misionera y períodos de decadencia.

A lo largo de esta historia surgen nuevos líderes inspirados y carismáticos que fundan nuevas religiones: Mahoma, los fundadores de las llamadas «sectas» nacidas en el *revival* del siglo pasado en los EE.UU.⁶⁰, tal vez el *new-age*.

La Iglesia Católica vive en medio de este panorama complejo y confuso. Para tratar con los **cristianos no católicos**, ha constituido un secretariado para el diálogo con los cristianos. Para tratar con los **judíos**, hay un secretariado especial. Y hay también un secretariado para el diálogo con los **creyentes no cristianos**. Hay por fin un secretariado para la cultura que promueve el diálogo, entre otros, con los **no creyentes**.

Todos estos diálogos son difíciles. Hay ignorancia, incompreensión y desconfianza mutuas. Hay rivalidades. Quedan cicatrices de luchas del pasado. Por lo demás, el hombre de fe no se contenta con dialogar. **Dialoga** con interés, con respeto, con espíritu fraternal. Pero, más que dialogar, **proclama**, anuncia, convoca, porque, con humildad, cree en la verdad revelada por Dios.

Cada religión o denominación **evoluciona** diversamente. A ratos se acercan y a ratos se alejan. En una misma religión, suelen haber enfoques diferentes que facilitan o dificultan el diálogo con tal o cual tendencia dentro del grupo con el cual se quiere dialogar. La Iglesia Católica, a ratos se ve poderosa, incluso «triumfalista». A ratos se le ve decaída, sobrepasada por otras religiones o, más a menudo por corrientes a-religiosas o anti-religiosas del mundo. Puede estar bien aquí y mal allá. Es un proceso que se desarrolla en la historia, que es parte de la historia y no sabemos cuánto va a durar. Tiene páginas hermosas de santidad, de expansión misionera, de fecundidad espiritual e intelectual y, a menudo, de ejercicio admirable de la caridad y del servicio. Hay otras páginas que uno quisiera poder arrancar. Pero ¿quién puede juzgar los actos o errores ajenos, fuera de su contexto histórico-cultural? Muchos de los errores y de los pecados que se atribuyen a la Iglesia, en tal o cual época o en tal o cual país, eran de los tiempos más que de la Iglesia; eran pecados o errores del hombre más que del cristiano. La Iglesia se siente animada por el Espíritu y no pierde nunca la confianza en su destino. Pero no es impecable, se sabe pecadora y está siempre dispuesta a pedir perdón por sus faltas. No siempre hay «quién le tire la primera piedra»⁶¹. Tampoco ella puede tirarla. Creemos en la gracia, pero seguimos siendo hombres.

3) Ateísmo

Un hecho nuevo ha aparecido en los últimos siglos: el ateísmo, la a-religión. No se trata solamente de criticar la fe revelada, o tal o cual religión: eso ha existido siempre, incluso entre personas religiosas. Es más

bien desinterés de toda religión, indiferencia; desprecio o fastidio frente a lo religioso, a todo lo que supera -o se cree que supera- al hombre, a lo sobrenatural, a la trascendencia, al misterio. A veces el ateísmo ataca a la religión y la persigue. A veces se limita a despreciarla o a ignorarla.

Ésta es una actitud nueva. Hasta hace dos o tres siglos, los ateos eran excepciones: unos pocos intelectuales, filósofos o sabios. El ateísmo era **elitista**. Los **pueblos** eran religiosos. Hoy día el ateísmo, teórico o práctico, persecutorio o tolerante, ha entrado fuertemente tanto en el mundo occidental como en el mundo oriental. Es una nueva realidad con la cual la Iglesia y todas las religiones deben contar, que deben asumir.

Conviene, sin embargo, advertir que no siempre es fácil discernir el ateísmo. El rechazo de una determinada religión, o de algo de esa religión, no es necesariamente el rechazo de toda religión o de toda la religión. Suele ser la expresión de un malestar frente a los aspectos humanos de esa religión, tales como se les ve, a veces equivocadamente, o como se les juzga, a veces con excesiva severidad -que incluso puede provenir de una sensibilidad religiosa excesiva. Se tiene de la religión una idea tan alta que se considera a todas las religiones en concreto como infieles al ideal. Pero no se rechaza el ideal: se le añora, tal vez sin saber cuán difícil es alcanzarlo.

En otros casos, el supuesto ateo adhiere con toda su alma a una cultura, por ejemplo a la cultura moderna, y piensa que los esfuerzos hechos por la religión por inspirar esa cultura la perjudican, la maltratan; que la religión no entiende o no aprecia la cultura y que, al tratar de convertirla, la destruye. En todo caso, existe un problema pastoral serio. Pero ya no es el ateísmo radical y definitivo.

La Iglesia cristiana portadora de la revelación de Dios, continuadora del misterio de la Encarnación y animada por el Espíritu, debe vivir y dar testimonio de su fe en un mundo religiosamente muy complejo y en que también el ateísmo o la crítica de la religión son complejos. Y ese mundo es el que ella debe evangelizar.

X. Fe y cultura

1) Desculturizar e inculturizar la fe

A la Iglesia no le basta **convivir** con el mundo. Quiere **evangelizarlo**. Y ésta es su primera dificultad. El mundo está dispuesto a convivir con ella. ¿Por qué no? Pero ¡que lo deje tranquilo! Y eso es lo que ella no puede hacer. Tiene que evangelizar: es su razón de ser. La Iglesia toma en serio la verdad y la caridad; por caridad, tiene que comunicar la verdad.

Pero la verdad, para nosotros la verdad revelada por Dios, siempre viene envuelta en un ropaje humano, en una cultura, en un idioma que puede despertar resistencia. De allí el anhelo de **desculturizar** la verdad revelada, de entregar el Evangelio químicamente puro. Pero esto no es posible. Y si lo fuera, sería inútil. Los hombres no responden a las verdades abstractas, a las espiritualidades desencarnadas.

Busquemos una comparación: para fabricar **yogurt** en forma casera se mezcla un frasco de yogurt con un litro de leche tibia; y al cabo de algunas horas la leche se ha convertido en yogurt. Pero el yogurt que se usó no era el fermento químicamente puro. Era fermento, pero incluido en una leche ya fermentada por él. Así también en la evangelización. El evangelizador no entrega Evangelio puro: entrega el Evangelio mezclado con su propia cultura, ya evangelizada. Y puede ocurrir que la cultura del que se quiere evangelizar rechace, no el **Evangelio**, sino **la cultura del evangelizador**. Todo el proceso de evangelización de las culturas, y de los hombres tomados en el marco de sus propias culturas, consiste en desencarnar y en reencarnar, o sea, **desculturizar e inculturizar**, el Evangelio a medida que las culturas cambian o que el evangelizador se pone en contacto con culturas nuevas.

La primera **desculturización** que se impone es la del propio Evangelio. El Señor nos entregó la buena nueva, la verdad revelada, en el marco de la cultura de su tiempo y lugar y en su lenguaje que ya no son los nuestros.

Luego tiene el cristianismo que **inculturizar** la buena nueva en su propia cultura y ese proceso dura lo que dura la vida: el mundo en que nacimos no es el mundo en que moriremos y a cada vuelta que da la cultura a lo largo de nuestra vida debe corresponder un esfuerzo por inculturizar el Evangelio en esa novedad cultural. Los que hemos vivido la experiencia del Concilio Vaticano II sabemos lo difícil que ha sido hacer presente a Cristo en una imagen cambiante del sacerdote. Y los que han vivido el surgir y el declinar de los fascismos y del marxismo-leninismo y las grandes mutaciones culturales de nuestro siglo, saben que no es fácil seguir viviendo la misma fe de siempre en contextos tan diversos.

Y finalmente debe el evangelizador **inculturizar** el Evangelio en la cultura de aquéllos a quienes quiere evangelizar. Y como estas culturas son diversas y cambiantes, debe haber evangelizadores para las diversas culturas y cada evangelizador debe ir cambiando a medida que van cambiando las culturas. Esto exige por parte del evangelizador un esfuerzo difícil por **desculturizar** el Evangelio de su propia cultura para **inculturizarlo** en la cultura que él evangeliza.

Las culturas tienen cualidades y defectos, al menos cuando se las mira desde el punto de vista del evangelizador. Pero el evangelizador no es juez de las culturas; es servidor de ellas. Viene a enriquecerlas con la palabra revelada por Dios. Sabrá aprovechar los rasgos positivos y sabrá neutralizar, exorcisar tal vez, los rasgos negativos. Pero su actitud frente a la cultura no es la del juez, es la del educador, o tal vez la del médico. Toma la cultura tal como se da y se esfuerza en mejorarla: hacerla crecer si no ha alcanzado su pleno desarrollo; sanarla si está enferma.

2) Evangelizar las culturas

Vimos en la primera parte de este trabajo cuál es la actitud religiosa de la modernidad y cuál es la de la anti-modernidad. Ni la una ni la otra son en sí culturas religiosas o anti-religiosas. En una y otra cultura, la fe revelada tiene posibilidades de inculturación; pero de distintas maneras.

Vimos también cómo se las arregla el creyente, en uno y otro caso, para seguir siendo fiel a su religión.

Vamos ahora a sugerir algunas pistas para la evangelización de ambas culturas.

Dos opiniones se ofrecen de partida. La **primera** parte de la situación actual de los eventuales evangelizadores, quienes, por un lado, conocen y

aprecian la cultura que desean evangelizar y, por otro, tienen su propia fe inculturizada parcialmente en una cultura desfasada con respecto a las formas más características de la cultura, moderna o anti-moderna. El mismo hecho de ser cristianos les ha impedido entrar plenamente en las expresiones más extremas o más puras, de una u otra cultura. Hay en ellos, si se quiere, un resabio de cristiandad. ¿Pueden ellos evangelizar su respectiva cultura desde una postura que no es plenamente, o solamente, moderna o antimoderna?

Recordemos el ejemplo ya dado de la preparación casera del yogurt. Estos evangelizadores de la cultura o de la anti-cultura quieren partir de sus propias comunidades, las que hemos descrito ya⁶², en las que viven su fe, en medio de la cultura que los rodea, pero entre ellos, tratando de ser fieles a su fe, su doctrina, su culto y su ética, acogiendo y defendiéndose del ambiente que los rodea y fieles también al ambiente que quieren evangelizar. Su situación es la del yogurt del día anterior, o sea, fermento láctico incluido en una leche del día anterior ya fermentada por él, que ellos quieren mezclar con la leche del día de hoy, o sea, la modernidad o la anti-modernidad al estado puro. Se corre el riesgo de que esta leche fresca rechace, no el fermento láctico que se le agrega, pero sí la leche de la víspera. Y se puede esperar también que esto no ocurra: porque la leche de hoy está ya parcialmente convertida en yogurt por las huellas dejadas por la evangelización anterior y no es radicalmente diferente de la leche de ayer. Algo de cristianismo y algo de cristiandad hay en los evangelizandos, y no sólo en los evangelizadores.

La *otra opción* parece más clara, más pura, más simple, pero teórica. Quienes abogan por esta opción frente a la **cultura moderna** prefieren cortar toda referencia al pasado, que motejan de tradicionalismo. Miran la cultura moderna con ojos nuevos, con simpatía y admiración; tratan de comprender su actitud religiosa y moral y de aceptarla. Ven el contraste entre ella y el clima de cristiandad en que aún viven muchos cristianos. Pero optan por la modernidad. Descubren en ella valores religiosos y éticos nuevos, diferentes. Aprecian, por ejemplo, la secularización como una distinción y una separación necesarias entre lo que es «del César» y lo que es «de Dios». Aprecian la ética de los derechos humanos, de la justicia social y de la democracia y sostienen que no deriva tan claramente del cristianismo como algunos pretenden, sino que, a veces, se ha constituido al margen del cristianismo y hasta contra él. No aceptan que se interpreten los horrores del siglo XX, las guerras mundiales, los totalitarismos, los genocidios como consecuencia necesaria del debilitamiento de la cristiandad. Ven en esas atrocidades, como en las que se cometieron otrora en clima

de cristiandad, la miseria humana contra la cual lucha la nueva ética, como también luchó la cristiandad en otro tiempo, contra otras violencias. Piensan incluso que debe repensarse la moral sexual, tomando en cuenta los cambios culturales profundos que afectan a la familia en nuestro tiempo.

Es este mundo moderno el que la Iglesia debe evangelizar, dicen ellos, pero con un Evangelio químicamente puro; con fermento láctico, no con yogurt del día anterior, prescindiendo de las sobrevivencias tenaces de restos de antigua cristiandad.

¿Es esto posible? ¿Puede prescindirse de dos milenios de evangelización y de las huellas profundas que han dejado en nuestra cultura, en la de los evangelizadores y en la de los evangelizados? Y, al ser posible, ¿sería conveniente hacerlo?

En una obra colectiva: *El sueño de Compostela*⁶³, un grupo de estudiosos franceses analiza lo que presentan como «el proyecto de Juan Pablo II para una nueva evangelización de Europa»; y lo critican desde el punto de vista del planteamiento que aquí hemos resumido. Uno queda con la impresión de lucidez en el análisis, pero de falta de fuerza, de anemia apostólica en la proposición o implantación de medidas evangelizadoras capaces de cristianizar la cultura moderna, sin apelar a la tradición cristiana escondida, pero presente en esa cultura y en la conciencia del hombre de hoy. No existen esos evangelizadores químicamente puros, o mejor dicho, culturalmente neutros. Ni la cultura moderna que se quiere evangelizar, ni el eventual evangelizador de esa cultura son totalmente ajenos a la llamada cultura de la cristiandad.

Podemos imaginarnos una situación parecida frente a la anti-cultura. El evangelizador que renunciara a todo vestigio de su cultura de cristiandad, o sea, a su fe en cuanto inculturizada ya en una cultura pasada, no exclusivamente anti-moderna, para entrar plenamente en la cultura anti-moderna, simpatizando con todos sus valores positivos, aun los de origen no cristiano pero cristianizables, los métodos de meditación orientales por ejemplo, la percepción del misterio, la atracción de la mística, la espontaneidad, la sinceridad, la libertad de espíritu, o el manejo de la psicología, correría el riesgo de sentir debilitarse su propia fe por falta de su soporte cultural tradicional y de prescindir de los elementos cristianos que subsisten en la cultura anti-moderna y que facilitarían la tarea evangelizadora.

Pareciera, en definitiva, que la evangelización de una y otra cultura requiere el uso, a veces simultáneo y otras veces alternativo, de ambas

opciones. Una, la de formar comunidades en que los cristianos puedan vivir intensamente su fe entre ellos, con los matices que hemos señalado y que difieren de ambos paradigmas. Y la otra, de abrirse con simpatía, con interés, con ánimo de comprender y de aceptar todo lo que sea rescatable en una u otra cultura, sin dejar de apoyarse en los restos de cristiandad que subsisten en ellas. En ambos casos el evangelizador presentará la fe de tal manera que, sin perder nada de su autenticidad e integridad, se haga más comprensible y más aceptable a la cultura por evangelizar.

En el próximo capítulo trataremos de sugerir algunas medidas susceptibles de facilitar a los evangelizadores su tarea de **reencantar** con la gracia del Evangelio los dos paradigmas entre los que se reparten los hombres de este fin de milenio.

XI. El reencantamiento de la Iglesia: doce principios

La Iglesia debe adaptarse a culturas y a situaciones **diferentes**. Pero debe tener líneas **comunes** en las cuales todos puedan inspirarse, que los acerquen los unos a los otros. En estas líneas comunes se ha de tomar en cuenta elementos diversos: nadie debe verse privado de la riqueza propia de otras culturas o de otros enfoques. La cultura moderna y la cultura anti-moderna se necesitan mutuamente. El Espíritu que anima a la Iglesia es como el viento que sopla sobre cultivos de flores, llevando el aroma de la lavanda a un campo de claveles y mezclando el perfume del nardo con el del alhelí. El **reencantamiento** de la Iglesia requiere que los valores positivos de la anti-modernidad **fecunden** lo que la modernidad ha desecado y que lo que la modernidad tiene de claro y coherente **ordene** la fuerza vital, pero a veces caótica de la anti-modernidad.

1) Corporeidad

Un anhelo del hombre de hoy, influenciado por la contra-cultura, es que no se separe tanto el alma del cuerpo, la materia del espíritu. Cuando los físicos ven disolverse la diferencia, antes radical, entre materia y energía, parece haber llegado la hora de liberarnos un poco del dualismo, más griego que bíblico, del cuerpo y del alma y hablarle al **hombre**, cuerpo y alma, y hablarle **como hombre**, con el cuerpo y con el alma. Reintegrar la corporeidad en la evangelización.

Hace ya más de medio siglo, el Premio Nobel de Medicina Alexis Carrel escribía: «El hombre piensa, ama, sufre, admira y ora a la vez con su cerebro y con todos sus órganos»⁶⁴. «El que **canta** ora dos veces», decía San Agustín. El amor a Dios, al expresarse por la vibración de las cuerdas

vocales se intensifica. Y yo agregaba, hablando de los bailes religiosos de Andacollo: «¡Y el que **baila**, ora tres veces!». Reflexión que hizo sonreír al Santo Padre en Peñuelas.

El Señor vivía entre los enfermos. Para sanarlos, tocaba con sus dedos sus ojos apagados, sus oídos silenciosos. Hacía barro con tierra y saliva para ungir los párpados caídos. La liturgia usa agua, aceite, pan, vino, cenizas, incienso, luces y flores. Apela a nuestra vista y a nuestro oído, pero también a nuestro gusto y a nuestro olfato. Nos hace caminar en procesiones y peregrinaciones. Nos hace pararnos, arrodillarnos y sentarnos. Sabe que el cuerpo expresa el alma y también la motiva.

La unción de los enfermos se hacía, antes del Concilio, no tan sólo en la frente y en las manos, sino en los párpados, en la nariz, en los labios y en los pies y el ministro invocaba, al hacerla, los pecados cometidos por los ojos, la boca, etc. El moribundo sentía que la misericordia de Dios iba sanando, una tras otra, todas sus miserias. Al hacer el rito más sobrio ha perdido algo de su expresividad.

2) Afectividad

La expresión de la fe pasa por los **sentidos**, pero pasa también y más aún por el **corazón**. El saludo de la paz durante la celebración de la Eucaristía; los aplausos que expresan adhesión y cariño; las convivencias que, a menudo, siguen las celebraciones; la alegría con que suelen los fieles recibir la visita del pastor o del misionero en sus casas; el deseo de tener un sacerdote amigo que celebre los bautizos, los matrimonios y los funerales de la familia; son signos inequívocos de la necesidad de dar y recibir afecto que siente el pueblo de Dios en sus mismas vivencias religiosas.

«El corazón tiene razones que la razón no conoce», decía Pascal. Es cierto y tiene también caminos de acceso a la conciencia del otro que la razón no es capaz de recorrer. Cuando Paulo VI, próximo a morir pero más lúcido que nunca, decía «la juventud no quiere **maestros** sino **testigos**» expresaba lo mismo. El joven no quiere que le diserten acerca del amor, quiere que lo amen. Quiere sentirse amado. «El testimonio de la caridad, decía otro gran Papa, Pío XI, ha convertido más hombres a Cristo que la enseñanza de la verdad». Es que la mejor manera de enseñar el amor es amando y enseñando a amar, no a hablar sobre el amor. Todos los grandes apóstoles han sido hombres de corazón, afectivos, apasionados incluso. Muchos recuerdan la cordialidad alegre de Alberto Hurtado, la acogida

afectuosa de Ramón Munita o la sencillez fraternal de Enrique Alvear. El pueblo chileno, como todos los pueblos de nuestro continente, tal vez por su origen indígena, es sensible, más que otros, al cariño. Y, por el afecto, la alegría, la simpatía, la confianza entra todo lo demás.

3) Participación

Un tercer parámetro es la participación activa en las celebraciones del culto y en toda la vida de la Iglesia local. De allí el interés por la comunidad pequeña, en la cual todos se conocen y son amigos. De allí el afán de muchos de participar en el culto como acólitos, lectores o guías, cantando o tocando la guitarra. ¡Cuántos miles de catequistas, de monitores, de animadores, de misioneros que se sienten felices de estar **haciendo** algo y no solamente **escuchando** algo! Cuando se necesita una capilla en una población suele ocurrir que los hombres de la misma población cooperan con entusiasmo en construirla. Y, una vez la capilla terminada y entregada al culto, ya no se les ve más en la capilla. ¿Por qué? Ellos eran capaces de expresar su amor a Dios acarreando sacos de cemento, o haciendo una instalación eléctrica. Pero sentarse en una banca, a ver y oír solamente, no es para ellos.

De allí que el pastor deba aprender el arte de hacer trabajar más que de trabajar él; el arte de descubrir, de formar y de apoyar a colaboradores activos de la Iglesia, sin absorberlos o anularlos. El ministro debe ser un educador, un formador, un animador. No el que lo hace todo él, ni el que se limita a dar órdenes, asumiendo él solo toda la responsabilidad y toda la creatividad. Más valen cien que dan un paso cada uno que uno que dé diez.

4) Naturaleza

Con el éxodo de la población rural y las grandes aglomeraciones urbanas hemos perdido el equilibrio entre el hombre y la naturaleza. Y esto afecta también a la religión. La Iglesia tiene una tradición de amor, respeto y comunión con la naturaleza que parte del Evangelio -«los lirios del campo y los pajaritos del cielo»⁶⁵- y llega hasta nosotros por los padres del desierto, los monjes de la alta Edad Media, San Francisco y sus frailes menores, hasta San Juan de la Cruz que veía la naturaleza reencantada por la mirada del Señor, quien «con sola su figura» dejaba los sotos «vestidos de su hermosura». La naturaleza siempre ayudó al

hombre a encontrar a Dios. Ha sido siempre el refugio de los hombres ansiosos de paz, de silencio y de oración. Tenemos que volver a dar a la naturaleza un lugar privilegiado en la vida cristiana.

Hay un don del Espíritu Santo, el don de «ciencia», que nos ayuda a descubrir y a conocer a Dios a través de la naturaleza. El don de «inteligencia», que lo complementa, nos hace conocer a Dios que se revela en la historia humana, que nos habla por los patriarcas, los profetas, los sabios y los apóstoles, que nos habla en Jesucristo. Es el don de los que leen la Biblia. Pero el don de ciencia es el don de todos. No requiere el conocimiento de la revelación. O, mejor dicho, nos abre a esa revelación primera que es la **creación**. Y si San Francisco reencantó su siglo con su gracia y poesía fue por el tono en que hablaba del hermano Sol y de la hermana Luna, de la hermana Tierra y de la hermana Agua, de sus hermanas las Estrellas y hasta de su hermana la Muerte. La comunión con la naturaleza prepara a la comunión con Dios. No con un Dios difuso que se confundiría con la naturaleza o formaría parte de ella, sino con un Dios personal que es el creador de la naturaleza, de la naturaleza que es el reflejo de su rostro y bendice su nombre: «Sol y Luna ¡benedicid al Señor!; estrellas del cielo ¡benedicid a Señor!; lluvia y rocío ¡benedicid al Señor!; fríos y heladas ¡benedicid al Señor!; luz y tinieblas, montes y cumbres, aves del cielo ¡benedicid al Señor!; santos y humildes de corazón ¡benedicid al Señor!»⁶⁶ O como lo canta el salmista: «El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos: el día al día le pasa el mensaje, la noche a la noche se lo rememora»⁶⁷.

La juventud, y en general la contra-cultura, va redescubriendo la naturaleza. Siente que le hace falta; la ve maltratada y la defiende. El **ecologismo** es uno de los grandes signos positivos de nuestro fin de siglo. El respeto a la naturaleza traerá consigo el respeto al hombre en cuanto es parte de la naturaleza. El que defiende los bosques, aún vírgenes, del Amazonas, o el agua, aún clara, de los lagos del sur, defiende también el cuerpo humano agredido por las drogas, el cuerpo femenino agredido por la píldora y cuanto artificio ha ideado el hombre para alterar su funcionamiento natural. Respetar a la naturaleza es respetar a su creador. Y no estaban tan errados los que oían la voz del Señor en las tempestades y veían el fulgor de su mirada en el relámpago. Ni Elías que advertía su paso «en el murmullo de una leve brisa»⁶⁸.

5) Belleza

Una quinta preocupación es la de la belleza. Nosotros creemos en la **verdad** y en el **bien**; creemos menos en la **belleza**. Dostoievski, sin embargo, decía: «La belleza salvará al mundo». ¿Por qué la belleza? Lo explica Solshenitzin: «El mundo moderno puede pisotear la verdad y burlarse del bien; pero respeta aún la belleza; y, por la belleza, volverán al mundo la verdad y el bien». La Iglesia siempre anduvo de la mano con la belleza. La arquitectura, la pintura, la escultura, el canto y la música religiosos constituyen una parte considerable del tesoro artístico de la familia humana. El pueblo aprecia la belleza: pensemos en los bailes religiosos del norte del país, con su complejidad y magnificencia: son la obra de los pirquineros, de los mineros de la pampa, casi sin ayuda del clero. El pueblo también es sensible al canto gregoriano, a la polifonía. Dicen que la sobria belleza de la liturgia en las Iglesias luteranas y católicas de Alemania Oriental fue el gran soporte de la fe de los cristianos de ese país, acosados por un régimen ateo.

Después de Vaticano II no parece haberse producido la explosión de creatividad artística que siguió, por ejemplo, al Concilio de Trento. Más bien se diría que la preocupación por el hombre, por su bienestar físico, prevaleció sobre la búsqueda de la belleza y que se habló de justicia más que de gratuidad. La liturgia se ha empobrecido, la música y el canto se han trivializado. No utilizamos el tesoro de belleza acumulado a lo largo de los siglos y la creatividad artística ha disminuido. La verdad y el bien han perdido el apoyo de la belleza y Dios, que es también la belleza, se ha vuelto aún más inaccesible. El **reencantamiento** de la Iglesia pasará por el redescubrimiento de la belleza, por su reintegración en el culto divino, por el embellecimiento de toda la vida del cristianismo.

6) Misterio

Luego viene el misterio. Y junto con él la **mística**. Recordemos a Rudolf Otto, teólogo de comienzos de siglo⁶⁹, quien sostiene que lo característico, lo medular de la religión, es el «numen», el misterio y que la insistencia excesiva o exclusiva en la moral, ya se refiera a lo personal, lo familiar, lo sexual; ya se dirija a lo social, lo económico o lo político, termina secando la fe. El hombre religioso busca, necesita, anhela lo **numinoso**. Ve en el **misterio** la clave de su vida y de su destino y también la fuente de su conducta moral. Por lo mismo quiere explorar los caminos de la oración, de la meditación, de la contemplación.

Los clérigos solemos ser más teólogos que místicos; el pueblo de Dios es más místico que teólogo. Decía Etienne Borne que la refutación y la superación del ateísmo no pasan por los **teólogos** sino por los **místicos**. Bueno es hablar de **Dios**: mejor es hablar **con Dios**; o hablar **de Él** tan sólo después de haber hablado mucho **con Él**.

El interés por las místicas orientales y toda esa búsqueda de meditación, de experiencia directa de Dios que hemos señalado en la primera parte de este estudio⁷⁰; el entusiasmo de los pentecostales; el florecimiento en nuestra propia Iglesia Católica de los grupos de oración; la respuesta que suscitan en la juventud, y en muchos que ya no son tan jóvenes, el testimonio o la acción de un Roger Schutz, de un Carlo Carretto, de un Ignacio Larrañaga, nos están diciendo que existe en el mundo la **sed de Dios**. «Como busca la cierva las corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?»⁷¹ Muchos hoy, en la Iglesia y fuera de ella, sienten ese anhelo del salmista.

Corporeidad, afectividad y participación activa; la movilización del hombre entero, cuerpo y alma, pensamiento, corazón y acción, al encuentro del Dios vivo que se nos manifestó en Jesucristo, en la carne, en el corazón y en la vida: es una exigencia de la cultura anti-moderna que, al ser atendida, contribuirá a **reencantar** la vida de fe también de quienes permanecen fieles a la cultura moderna. Los unirá en un mismo culto que dilata, alegra y apacigua, en una misma vida comunitaria que hace vivir el amor de Dios y el amor fraterno.

Naturaleza, belleza y mística; anhelos más secretos, más difíciles de articular, pero aún más profundos, más expresivos de lo más íntimo de la conciencia religiosa.

Hay sin embargo otros tres factores sin los cuales el reencantamiento de la vida corre peligro y que es necesario incluir en el quehacer de la Iglesia y sobre todo en la vida y la conciencia de cada cristiano. Proviene de la cultura moderna más que de la contra-cultura, al menos los dos primeros. Pero serán útiles a unos y a otros.

7) Certeza

Hemos dicho que hay quienes privilegian la **búsqueda** antes que la **posesión** de la verdad y el **acto de fe** antes que el **contenido de la fe**. O, como decían los teólogos del tiempo de la Reforma: *Fides qua creditur* sobre *Fides quae creditur*, la fe por la cual se cree sobre lo que se cree.

Pero, ¿quién será capaz de descubrir por sí mismo y de organizar en su mente toda la verdad? Ni el más grande teólogo, a lo largo de toda una vida de estudio, podría hacerlo, de no ser un Santo Tomás de Aquino. Y no podemos vivir de verdades parciales, desconectadas unas de otras. Ninguna verdad parcial, por fuertemente que se adhiera a ella, puede expresarse y vivirse en forma perfecta, fuera del conjunto de la verdad total. Tenemos que creer todo lo que Dios nos ha revelado, todo lo que la Iglesia nos transmite en el lenguaje de nuestro tiempo y cultura. No es necesario, ni es posible, descubrir por nosotros mismos cada verdad parcial o la verdad total. Hay que aceptar la verdad en la confianza de la fe; hay que acogerla en la obediencia a una autoridad que no sólo es legítima, sino que es asistida por el Espíritu. La dulzura de la **búsqueda** y del descubrimiento, a que aludía San Bernardo, es superada por la del **encuentro** y de la aceptación en la confianza de la fe. La *fides* se realiza plenamente en la *fiducia*; la fe en Dios, en la confianza en Dios.

Quizás en los últimos años la certeza de la fe se ha visto perjudicada por dos factores que no sería difícil remediar. El uno es el desuso en que se ha puesto la **memoria**, especialmente en el niño. Lo que el niño aprendió de memoria no lo olvida más. Puede que no haya entendido bien lo que memorizó, pero allí está en la memoria. Pasarán los años, vendrán nuevos desafíos y la memoria estará lista para recordar eso que el niño no acabó de entender entonces, pero que iluminará ahora el camino de adulto: ¡ahora sí entiende! y puede aprovechar lo aprendido de niño. ¿Quién de nosotros no lo ha experimentado? Esa frase que nos repetían nuestro padre o nuestra madre, que, cuando éramos niños, nos parecía tal vez majadería, ¿cuánto nos ha servido después en la vida? y, a lo mejor, ahora se la repetimos a nuestros hijos. Así se han transmitido, a lo largo de los siglos, los tesoros de la fe y de la moral cristianas.

El otro factor tiene que ver con el **vocabulario**. La fe que se expresa en un lenguaje sencillo, con pocas y repetidas palabras, siempre las mismas, se memoriza mejor y se aprovecha mejor. La riqueza y novedad del lenguaje puede servir para expresar ideas nuevas, originales. Pero lo esencial de la fe debe decirse con un vocabulario fijo, tradicional que transmita mejor la certeza de la fe. Esto vale para nuestros catecismos como para nuestros libros litúrgicos, los «leccionarios» especialmente.

8) Coherencia

Junto con la certeza, la coherencia. En la fe todo se equilibra. Y la vida debe ser coherente con la fe. Decíamos que hay quienes tienen grandes valores morales, pero carecen de las pequeñas virtudes sin las cuales estos valores se pierden. El amor, la vida, la justicia, la libertad, la autenticidad, la solidaridad son grandes valores a los cuales muchos jóvenes suscriben. Son como piedras preciosas, perlas o diamantes. Pero ¿de qué sirve un puñado de perlas o diamantes? Se caerán de las manos, rodarán por el suelo; en todo caso no se lucirán, que es uno de sus objetivos. La piedra preciosa ha de convertirse en **joya**. El diamante debe ser engastado en un anillo, las perlas ensartadas en un collar, las piedras preciosas fijadas en un broche o una placa para que sirvan. El engaste vale menos que el diamante, pero sólo es joya el anillo, el collar o el broche.

De la misma manera, el amor del hombre y de la mujer es un diamante de alto precio. Y puede producir la vida que es otra piedra preciosa. Pero pueden perderse en el sexo irresponsable, la infidelidad conyugal, la limitación artificial de la natalidad, el divorcio o el aborto. Necesitan ser engastados en el respeto, la estabilidad, la responsabilidad. El amor y la vida son los diamantes. Pero la joya es el matrimonio, es la familia. Sólo en ellos se vive la coherencia de la conducta humana.

El «hambre y sed de justicia»⁷² es una bienaventuranza evangélica. Pero ¿en qué queda la justicia si no hay iniciativa, trabajo, capacitación, honradez, ahorro, disciplina, dignidad, responsabilidad en todos los actores del mundo económico-social? Nuevamente: la justicia es la perla; pero la joya, el collar, es la sociedad justa, ordenada y próspera que requiere el montaje de esas otras virtudes, más humildes pero indispensables.

Recordábamos la conversación de Sor Teresa de Calcuta con un grupo de jóvenes chilenos. El amor y el servicio de los pobres: esos eran para ella las perlas preciosas. Pero necesitan el engaste: el respeto y el cariño en la vida diaria, en el trato con los padres, los amigos, la polola; la aplicación al estudio; la sinceridad, la humildad, la responsabilidad. Son el engaste necesario para convertir las perlas en joyas. Ese era el mensaje que les entregaba esa religiosa anciana, curvada por las fatigas de un largo servicio, cuyos ojos brillaban con un extraño fuego interior.

Puede existir la *ética* al margen de toda fe. Todos los hombres se rigen por una moral. Pero esas morales individuales, antropocéntricas, ¿son siempre coherentes? Rara vez. La ética, para ser coherente, debe ser la

aplicación a la conducta de una visión integral de la vida y del mundo. Esa visión, la buscan los filósofos. Pero la experiencia de la historia enseña que la filosofía que llega verdaderamente al hombre, la que lo convence y lo motiva, es la religión. «La inspiración religiosa -decía Carrel- ha dejado en la humanidad una huella más profunda que el pensamiento filosófico»⁷³. Y si una religión es revelada por el mismo Dios, como creemos los cristianos que es la nuestra, la moral que de ella deriva, la moral del Decálogo y de las Bienaventuranzas, será la más coherente con la verdad del destino humano, la que tenga más fuerza persuasiva para hacer crecer al hombre, para perfeccionarlo, para conducir su vida.

No debemos, sin embargo, ilusionarnos. El hombre se habitúa a vivir en la incoherencia. Una cosa es lo que se piensa y otra lo que se dice; y otra más lo que se hace. Somos íntegros y rígidos para proclamar las virtudes que no nos cuestan y relajados frente al bien que nos resulta difícil.

La verdadera coherencia exige por lo general una **conversión**. Ser discípulo de Cristo exige una conversión. «Se ha cumplido el tiempo, decía el Señor al iniciar su ministerio apostólico, el reino de Dios se acerca; conviértanse y crean al Evangelio»⁷². Sin conversión, no hay coherencia.

9) Confianza

La confianza a la que nos referimos es la confianza en Dios. «Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», dice el Evangelio. Podemos agregar: «**Del César lo que es del César y de Dios lo que es de Dios**». A Dios hemos de darle lo que le pertenece. Pero **de Dios** recibimos lo que necesitamos. Tenemos que tener confianza de que Dios puede y quiere darnos lo que necesitamos. Está bien confiar en la inteligencia y en las capacidades humanas. Está bien apoyarnos en los sicólogos y los sociólogos, en los economistas y los políticos y seguir a los poetas y los artistas. Ellos nos dan lo que tienen. Pero, mucho más que ellos, nos da Dios. Él nos ha creado, nos conoce, nos quiere, nos ayuda, quiere ayudarnos, sabe ayudarnos, puede ayudarnos. En Él hemos de poner nuestra confianza.

La ansiedad, la angustia, la depresión que afligen a tantos hombres de hoy; la necesidad insaciable de tabaco, de alcohol, de drogas, de sexo sin amor y sin responsabilidad; la demanda, al parecer ilimitada, de siquiátras, de sicólogos y de sicoterapeutas, que es una característica de nuestro siglo, son interpretadas por muchos como la consecuencia de fallas de nuestra cultura. Revelarían también la sensación de soledad, de desorientación,

de miedo, que aflige al hombre de hoy, la pérdida de la confianza, la pérdida del sentido filial que acompaña necesariamente la pérdida del sentido del Padre, tan esencial en nuestra fe. El niño duerme tranquilo sintiéndose protegido por la presencia y el cariño de sus padres; confía en ellos. El mundo volverá a dormir y a vivir en paz cuando aprenda nuevamente a decir el Padrenuestro, cuando recupere la confianza.

En la misma tarde de su elección como Vicario de Cristo en la tierra, Juan Pablo II nos dijo a todos: «¡No tengan miedo!» Él no tiene miedo. El cristianismo no conoce el miedo; o, si lo conoce, lo vence; o trata de vencerlo. No tiene miedo porque sabe que Dios todo lo ve, todo lo sabe, todo lo conduce de acuerdo a un plan que muchas veces no entendemos, pero que es un plan de verdad y de amor.

El gran aporte del cristianismo al reencantamiento del mundo es vencer el miedo. Es la confianza.

Vamos a presentar las tres líneas orientadoras que nos faltan a manera de alternativas o, mejor dicho, de **equilibrios** que debemos encontrar entre elementos, necesarios ambos, pero desigualmente importantes.

10) Ciencias humanas y Espíritu Santo

Hay que recibir **de Dios** lo que Dios puede y quiere darnos. Hay que recibir también **del César** lo que el César puede dar. Las **ciencias humanas**, el análisis, el estudio, las encuestas, las estadísticas tienen mucho que aportar, incluso a la evangelización. A los intelectuales corresponde, por ejemplo, estudiar las culturas, escrutarlas, descubrir sus cualidades y sus defectos, sus peligros y sus potencialidades. Les corresponde dar a conocer a los pastores las culturas o subculturas nuevas que el pastor tal vez ignora o subvalora y sugerirle maneras de evangelizarlas.

Pero el esfuerzo de la Iglesia no puede volcarse entero de acuerdo a un informe psicológico o sociológico. Éste podrá ser muy útil y habrá que saber leerlo y tomarlo muy en cuenta. Pero hay que recibir también y sobre todo lo que viene de Dios, lo que sólo Dios nos puede dar. La Iglesia es animada y conducida por el **Espíritu**.

La docilidad al Espíritu, el abandono en poder del Espíritu, que es Dios en cuanto **santificador**, será siempre la opción fundamental. En la Iglesia los pastores podrán tomar el volante, apretar el acelerador o presionar el freno y hacerlo asesorados por los técnicos; pero el motor es el Espíritu

Santo. Las luces son también el Espíritu Santo. Él es el que muestra el camino, Él es la fuerza que hace caminar por él.

El **reencantamiento** de la Iglesia pasa para los cristianos por el redescubrimiento del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y en su vida personal.

El Sacramento de la **Confirmación** que complementa el Bautismo es el agente fundamental del reencantamiento de la fe y de la vida para el cristiano. Los siete «dones» son la expresión bíblica de los toques misteriosos de la gracia por los cuales el cristiano dócil al Espíritu va pareciéndose más y más a Cristo. Los dones de **ciencia** y de **entendimiento** le van dando como un nuevo conocimiento de Dios. Los dones de **temor** y de **piedad** lo llevan a unirse con Él en la oración, en el respeto y la confianza. Los dones de **consejo** y **fortaleza** le ayudan a cumplir fielmente la voluntad de Dios. Y el don de **sabiduría** termina el reencantamiento del discípulo fiel; lo hace ver el mundo como Dios lo ve, querer lo que Dios quiere, amar lo que Dios ama, ser, en medio de los hombres, testigo del misterio insondable, testigo del amor sin límites.

11) Pluralismo y comunión

El mundo no es monolítico. No hay una cultura, hay muchas. Y no permanecen siempre iguales: evolucionan. Y se subdividen en subculturas que coexisten. La Iglesia será siempre **plural** en su apostolado misionero y en su atención a los fieles, porque éstos son diferentes los unos de los otros y viven situaciones diversas. Los pastores son ellos también diferentes y deben complementarse. Deben vivir en **comunión**. Los científicos sociales podrán dividirse en escuelas opuestas, incompatibles. No así los evangelizadores. Ellos pertenecen a diversas culturas y trabajan con diversas culturas. Lo que no hace uno, lo hace otro. Pero todos son dóciles al mismo Espíritu, todos han hecho la misma opción fundamental por el hombre, que es la clave del documento de Puebla, todos están en comunión entre sí y con el magisterio de la Iglesia de Cristo, aprendiendo los unos de los otros y enseñándose los unos a los otros.

La célebre fórmula de San Agustín sigue valedera: «En lo necesario, unidad; en lo contingente, libertad; y en todo, caridad». La unidad de la Iglesia no es uniformidad, no es rigidez: es comunión. La comunión no se opone a la diversidad; por el contrario, la diversidad la enriquece

y ella, a su vez, evita los posibles excesos de la diversidad en la necesaria unidad y la siempre presente caridad.

12) Acción y contemplación

La cultura moderna separa contemplación y acción y se queda con la acción. Pero no siempre fue así. Los viejos monjes pasaban el día talando bosques, arando la tierra, sembrando y cosechando, dando bienestar y prosperidad a comarcas enteras. Pasaban horas también estudiando, copiando y traduciendo viejos manuscritos, preservando y transmitiendo la cultura a las generaciones venideras. Pero pasaban muchas horas también cantando el «oficio divino» en sus iglesias abaciales. Y cuando se necesitaba de un obispo enérgico y eficiente, los Papas recurrían a los monasterios, porque sabían que el que **ora bien trabaja bien**.

Tenemos que volver a esa visión primitiva. Todos hemos de ser contemplativos, más contemplativos. Todos debemos llenarnos de la fuerza de Dios. Todos debemos acumular silencio, hacer reservas de paz y de fortaleza, redescubrir la oración, la contemplación, el estudio también y la meditación. De allí brotará una fuerza invencible en la acción, una capacidad ilimitada de trabajo, el coraje para afrontar todo obstáculo y la paciencia para soportar toda adversidad.

Péguy decía: «Me gusta trabajar. Me gusta trabajar bien. Me gusta trabajar mucho. Me gusta trabajar rápido». Trabajar **bien, mucho, rápido** y con **gusto** es el privilegio de los que oran bien, mucho, con gusto y sin apuro.

Non multa sed multum, decían los antiguos: **mucho**, pero no necesariamente **muchas cosas**. A Marta, la dueña de casa activa y celosa, el Señor no la reprende por trabajar, sino porque «se **agita** y se **afana en muchas cosas**»⁷⁵. Trabajar sin agitarse, sin tensión, sin dispersarse: ese es el fruto de la contemplación. Gabriela Mistral escribió un hermoso poema sobre este episodio evangélico. María ha muerto y Marta sigue siendo la misma dueña de casa afanosa. Pero, más y más cada día, viene a sentarse allí donde estuvo María escuchando las palabras del Señor cuando Él visitó su casa. Y, a medida que se acerca la hora de la muerte, se hacen más largas las horas que, siguiendo el ejemplo de su hermana, ella dedica a estar con el Señor. Y la muerte sorprende a Marta en el lugar de María.

«Sin pausa, pero sin prisa», dice siempre el Santo Padre Juan Pablo II. ¿Por qué puede él cumplir jornadas de 16 horas diarias y se le ve siempre dispuesto y concentrado en lo que hace? Porque, antes de despuntar la aurora, está orando en su capilla como si no tuviera nada que hacer en todo el día. El ora mucho, porque tiene mucho que hacer en cada día, y por eso lo hace bien.

XII. El reencantamiento del discípulo

Así como la palabra **civil** nos suena **militar** -el civil es, para el militar, el que **no es militar**-, así también la palabra laico nos suena **clerical** -el laico es, para el clérigo, el que **no es clérigo**.

Pero nadie se define a sí mismo como no militar o como no clérigo. Por eso la Exhortación Apostólica dada por el Santo Padre a raíz del Sínodo sobre «los laicos en la Iglesia» usa para hablar de los laicos una expresión mucho más rica: *christifideles*, o sea, fieles de Cristo, fieles a Cristo, discípulos de Cristo, cristianos y sólo agrega la palabra *laici* como un adjetivo.

El clero desempeña en la Iglesia un papel parecido al del núcleo en la célula. En el núcleo está contenida la información genética, aquello que hace que la célula sea lo que es, lo que le corresponde ser; el fundamento de su identidad, de su autenticidad. El núcleo de la célula hepática, hace que esa célula sea una célula hepática y no otra cosa. Pero es la célula hepática, no el núcleo, la que produce la bilis.

¿Cómo **reencantar** la vida de cada una de estas células de la Iglesia que son los discípulos de Cristo en el mundo? Es el tema de este capítulo. Y lo vamos a considerar primero en la fe y la **doctrina**, o sea, el conocimiento de Dios. Y luego en el **culto** y en la vida interior, o sea, la comunicación con Dios. Y finalmente en la **moral**, en la conducta personal, familiar y social, o sea, en el cumplimiento de la voluntad de Dios.

1) En la fe

La revelación de Dios está contenida básicamente en la Biblia, tesoro de verdad y de poesía, de sabiduría y de belleza, que no sólo ha resistido los embates del tiempo, de la ciencia y de la historia, sino que emerge de

la acción aparentemente destructora de la crítica bíblica con más autoridad y más prestigio que nunca.

El cristiano es el hombre de la Biblia, del Antiguo y del Nuevo Testamento y, en primer lugar, del Evangelio, de los Evangelios. Y el primer libro del niño cristiano debe ser la Biblia, o uno de esos libros que ponen lo más importante de la Biblia al alcance del cristiano según su edad: Biblia del Niño, Biblia del Joven. Y los padres deben preocuparse de que las imágenes y los signos que rodean al niño desde sus primeros años de vida sean tomadas preferentemente de la Biblia: el Pesebre, la Cruz, la Sagrada Familia, cualquiera escena tomada del Evangelio o de cualquier otro de los libros sagrados.

Más tarde el joven pasará fácilmente de la Historia Sagrada de su infancia a la Biblia de su madurez; de los Evangelios a los Escritos Apostólicos y al Antiguo Testamento.

Hoy día la Biblia se encuentra en los hogares de todos o casi todos los cristianos comprometidos con su Iglesia. Pero hace falta una mejor iniciación y capacitación para su lectura, para su uso como alimento de la vida espiritual. Hace falta relacionar mejor la Biblia, como libro, con los muchos extractos de ella que se integran en la liturgia, celebración eucarística o sacramentos. Hace falta también relacionar más directamente nuestra fe y su expresión en la doctrina, con los textos bíblicos que la sustentan. Y quizás más aún enriquecer la imaginación del niño desde pequeño con las parábolas y las imágenes en que la palabra de Dios se expresa y hacerle sentir su profunda verdad y su inefable poesía.

Así como los **teólogos**, a lo largo de los siglos, se han esforzado por sistematizar y actualizar el contenido de la Biblia, desculturizándolo de su contexto histórico para inculturarlo en la vida de su tiempo, así también el **catequista**, que es en cierta manera el teólogo del pueblo de Dios, se esfuerza por entregar al cristiano en su período de formación -que debe y puede durar toda la vida-, el contenido de la Biblia, explicado, ordenado, jerarquizado y actualizado a las edades de la vida y a los tiempos de la historia.

Esta catequesis es progresiva y concéntrica.

a. La primera etapa corresponde a la **familia**, al período pre-escolar de la vida del niño, cuando el chico está aún muy unido con sus padres, cuando la gracia de su bautismo se mantiene intacta y el pecado aún no ha marchitado su inocencia. Será una catequesis muy elemental, pero ya tendrá los caracteres propios de toda catequesis: será **sencilla**, pero

completa; progresiva, pero orgánica; adaptada, pero auténtica. ¿Qué quiero decir con esto? Que aún siendo adaptada a la mente infantil entregará la palabra de Dios con su carácter absoluto, trascendente y coherente. No se trata de enseñar al niño una religión **para niños**, al nivel del cascabel o de la muñeca. Hay que dar ya al niño «el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de Jesucristo», el Dios de la fe y de la vida.

Que esa catequesis entra muy hondo y marca para siempre, lo muestra la siguiente anécdota. Se moría un viejo sacerdote, gran escriturista, autor de muchos libros de crítica bíblica y profesor prestigioso del Colegio de Francia. Llevado por sus estudios y sus reflexiones, él había abandonado, primero su sacerdocio, y luego la Iglesia, y se había inculturizado en un mundo racionalista ajeno a la fe. Llegó hasta su lecho de enfermo uno de sus compañeros de seminario; éste había permanecido fiel a su sacerdocio y fiel también a su amigo; y lo exhortaba a que, antes de morir, se reconciliara con Dios y su Iglesia. El moribundo le contestó que ya era tarde para revisar sus enseñanzas y sus escritos. «Es una gran confusión la que tengo en mi mente», le dijo. «Pero, agregó, lo que me enseñó mi madre cuando, siendo yo niño, me sentaba sobre sus rodillas y me hablaba de Dios, eso lo tengo muy claro. Con la fe de mi madre voy a morir y con la fe de mi madre espero salvarme».

«La fe de mi madre» debe expresarse en verdades claras e indiscutidas que traigan con ellas toda la fuerza de Dios y de su gracia, que se graben en la memoria, que dirijan la vida y dejen abierta para siempre la puerta del alma hacia el misterio de Dios.

b. Llegará muy luego para el niño la edad de su «primera comunión», de su participación en el misterio de la **Eucaristía**. Ésta será la oportunidad de una catequesis más completa que deberá desarrollar los temas de la catequesis familiar, apoyándose en ella, profundizando los contenidos, pero manteniendo la continuidad del lenguaje. Los padres del niño son invitados a participar en esa preparación y son capacitados para seguir siendo los catequistas de sus propios hijos. Por muy general y completa que sea esta catequesis deberá centrarse y culminar en el conocimiento de **Cristo**, en los misterios de la **Encarnación** y de la **Redención** y, muy especialmente, en el misterio de la **Eucaristía**, que es la cumbre de nuestra vida cristiana, de tal manera que así como el deseo del sacramento hace pedir o aceptar la catequesis, la catequesis lleve al sacramento y encuentre en él su plenitud.

c. Algún tiempo después, el adolescente o joven se preparará para el sacramento de la **Confirmación**. La catequesis, nuevamente general, completa y adecuada para la edad, se centrará ahora en el misterio de la

Santísima Trinidad, especialmente en el **Espíritu Santo** que es Dios santificador. Él, con sus siete dones, hará del joven un adulto en la fe y en la vida conforme a la fe.

Sería muy oportuno que el **movimiento carismático** fuera invitado a participar en la catequesis de la Confirmación y que los que se preparan a recibir el Sacramento fueran invitados a participar en dicho movimiento. Y que se presentara los dones del Espíritu Santo como un programa de **santificación** interior en el conocimiento de Dios, la comunicación con Él y el seguimiento de sus mandatos y no sólo como un impulso o un compromiso apostólico o misionero que no siempre conduce a la santidad y a la vida interior, sino más bien deriva de ellas.

d. El **Matrimonio** será la ocasión de una nueva catequesis centrada esta vez en el **amor**, tal como lo concibe y lo vive la fe cristiana y en sus expresiones prácticas: la lealtad, la fidelidad, la generosidad, que aseguran su exclusividad, su indisolubilidad y su fecundidad; y sobre el sacramento del Matrimonio.

Y el **Bautismo de los niños** dará lugar a otra catequesis, centrada en el sacramento del Bautismo, en la vida divina, en la **gracia** y será una invitación a los padres a asumir la responsabilidad de educar a sus hijos en la fe, y emprender la tarea de esa catequesis de la familia a la que nos hemos referido en un párrafo anterior.

La misma **celebración** del Matrimonio y del Bautismo, a menudo muy concurridas, y por quienes no siempre participan en otras celebraciones, debe ser una catequesis del amor y de la familia, en el primer caso; de la gracia, de la vida divina y de la educación en la fe, en el segundo caso. Como la homilía dominical, como la celebración de las Exequias, el Bautismo y el Matrimonio son instancias catequísticas breves, pero repetidas y privilegiadas, porque llegan a muchos alejados de la vida de la Iglesia y en circunstancias muy favorables para que los participantes las apliquen a sus propias vidas y a sus propios problemas.

e. La **enfermedad** y la **muerte** darán lugar a una catequesis sobre el **sufrimiento** humano y sobre nuestro **destino eterno**; sobre el arrepentimiento y la misericordia, sobre las «postrimerías», la «resurrección de la carne» y la «vida eterna». Esta catequesis se dará con ocasión de la **Unción de los Enfermos** y, más a menudo, en la celebración de las **Exequias**, uno de los actos litúrgicos, como ya lo dijimos, más concurrido, y por mucha gente que no suele participar en otras celebraciones.

f. La catequesis de la **moral**, los mandamientos y las bienaventuranzas, el pecado y la reconciliación, la conciencia y la ley, se da a lo largo de todo el

proceso y en forma más completa y detallada cuando el niño se prepara para el sacramento de la **Penitencia**, antes de ser admitido a la Eucaristía. Se puede dar también en las **Celebraciones Penitenciales** previstas en la liturgia.

Los padres, los educadores, los pastores deben adquirir el hábito de discutir públicamente, en voz alta, en el seno del hogar, en la clase, en el púlpito, en el trato habitual, los hechos y los acontecimientos que se dan en la vida diaria, de que informa la prensa, o que se ven en la pantalla para ir formando poco a poco el **criterio moral**. ¿Qué opinas tú de eso? ¿Qué habrías hecho tú en tal caso? ¿Qué crees tú que habría hecho Cristo? Son preguntas que deberíamos interiorizar para aplicarlas a todas las circunstancias de la vida.

Hay otra catequesis permanente, que abarca todo el contenido de la fe y se adapta a todas las circunstancias de la vida: es la **homilía** que acompaña la celebración de la Eucaristía -y también de otros sacramentos-, que sigue fielmente y comenta el desarrollo del ciclo litúrgico o de la vida humana, y que llega, no tan sólo a los que participan directamente en la celebración, sino, a través de la radio y de la televisión, a innumerables personas.

Algunos cristianos buscarán en la pertenencia a un «movimiento» o en una dirección espiritual personal, un acompañamiento más cercano que les ayude a crecer en el camino de la perfección.

Nos hemos referido a la fidelidad al **contenido de la fe** y a la sinceridad e intensidad del **acto de fe** como a dos polos que caracterizarían a los cristianos de la modernidad y de la anti-modernidad. Ambas actitudes son necesarias a la plena vivencia de la fe. La fe **subjetiva** y la fe **objetiva** se complementan. La revelación es una sola y hemos de acogerla entera y adherir a ella con todo nuestro ser. Si nos ponemos a elegir arbitrariamente en el contenido de la fe lo que nos convence o nos agrada más, y a descartar lo demás, nuestra fe **subjetiva** en un contenido **objetivo** deformado o mutilado se debilitará necesariamente y perderá su sentido. Pero no hemos de olvidar que la revelación de Dios no es para ser aceptada con una adhesión intelectual solamente; es para ser acogida con todo nuestro ser y para ser vivida; diré más, para vivir en ella y, si fuera necesario, para morir por ella. El acto de fe debe estar a la altura del contenido de la fe.

También hemos contrastado al que **busca** la fe, al que se empeña en descubrir la verdad con su propio esfuerzo y sólo llega a verdades parciales, a posiciones a veces contradictorias. Y al que, con más sencillez, **recibe**, sin discutirla, la verdad revelada tal como le es transmitida por el magisterio de la Iglesia. Cabe recordar aquí la frase de San Bernardo sobre la felicidad del que busca y la felicidad mayor aún, del que encuentra. Buscar

para encontrar y encontrar para seguir buscando: es un proceso dinámico que encierra todo el mecanismo del crecimiento en la fe. Sin olvidar que por sí solo «el ser humano no puede descubrir todas las obras de Dios» y que la fe es un don, un don gratuito de Dios.

El cristiano **reencantado** en su fe vive en la **certeza** de la verdad. Ve la verdad como **coherente**. Y se abre a la **confianza** en Dios. Ha comprendido su destino. Ha aprendido a vivir, y también a morir. Atrás quedan las ansiedades, las angustias, los temores y las depresiones. Ha descubierto el sentido de la vida, ha encontrado la paz del corazón y la alegría de vivir.

2) En el culto

La fe lleva a la **certeza**, a la **coherencia** y a la **confianza**. El culto se expresa en la **corporeidad**, la **afectividad** y la **participación** activa y lleva el sentido de la **naturaleza**, de la **belleza** y del **misterio**. Esto último ocurre también con la vida interior. Después del **conocimiento** de Dios, y basado en él, viene la **comunicación** con Dios en la oración personal y en la liturgia comunitaria.

El creyente de hoy, especialmente el de la contra-cultura, quiere **espontaneidad** más que formalismo; pero busca también **comuni3n** y no individualismo. ¿Cómo conciliar en el culto y en la oración estas exigencias en parte contradictorias?

Los hombres somos diferentes en nuestras actitudes ante Dios y éstas varían según las circunstancias. Hay un elemento **personal**, íntimo, y hay también una actitud **social**, pública y colectiva.

Que el pueblo de Dios, o una gran parte de él al menos, siente deseo de oración y, por lo tanto, de soledad y de silencio, es evidente. Los miles de jóvenes que peregrinan a Taizé, a estar con Roger Schutz o que iban a Spello a visitar a Carlo Carretto son prueba de ello. Pero la oración -salvo cuando responde a un fuerte estímulo exterior: el miedo, el dolor, el entusiasmo- se nutre de una vivencia espiritual permanente, habitual. El mundo con sus mil sollicitaciones distrae de Dios. Para sentirnos atraídos hacia Él, para buscarlo, para estar un rato largo con Él, tiene que establecerse en nuestra alma una **vida interior**, capaz de prevalecer en un momento dado sobre nuestra vida exterior. La lectura asidua de la palabra de Dios o de autores espirituales que la comentan y la viven, la reflexión sobre nosotros mismos, sobre nuestro ser profundo, ciertos hábitos de soledad y de silencio, la disponibilidad de tiempo y muchas veces el contacto con la naturaleza, dan al hombre la posibilidad de cerrar momentáneamente las ventanas del alma

que miran hacia el mundo exterior, el mundo de los hombres y de las cosas y de detenerse en su mundo interior, en el cual se encuentra a Dios. O la de abrir algún tragaluz habitualmente cerrado, a través del cual pueda comunicarse directamente con Dios. Porque a Dios lo sentimos dentro y fuera de nosotros, cercano y lejano a la vez, porque Él nos acompaña, nos rodea y nos penetra por todas partes.

Una de las tareas del ministro es la de enseñar a los fieles estos caminos de la oración. Quien no los haya recorrido, difícilmente alcanzará esa densidad de vida interior que da estabilidad y fecundidad a su fidelidad a Cristo, a su testimonio en el mundo.

Pero la vivencia religiosa tiene necesariamente **aspectos colectivos**. Desde la simple oración en familia hasta la más grandiosa liturgia, muchos queremos orar juntos. Necesitamos del entorno de recogimiento y de silencio, del color de los ornamentos, de los cuadros y de los vitraux, de las flores, de las luces, del olor del incienso, de la música y del canto, de la compañía fraternal de la comunidad, de la palabra y el gesto de los ministros y de nuestra propia participación para expresar en la celebración toda la capacidad de alabanza, de súplica, de arrepentimiento, de gratitud y de amor que tiene el alma religiosa. Somos una lira de muchas cuerdas y sólo en un entorno comunitario como el que organiza la liturgia logramos hacer vibrar todas ellas.

La oración personal y el culto colectivo son la respiración de la Iglesia y del alma creyente. En ellas se expresan la fe y el amor. De ellos derivan el testimonio de la vida y el ánimo para pensar, sentir y vivir como discípulo de Cristo. En la liturgia, se nos comunica la vida divina, por los sacramentos, por la Eucaristía. En la liturgia, se forma la comunidad cristiana. La liturgia es lo que atrae al alejado, al indiferente, al que busca sin saber por dónde.

En Chile, la piedad popular se ha expresado y se ha vitalizado a través de manifestaciones comunitarias: la Navidad, el Domingo de Ramos, el Jueves y el Viernes Santo, el Día de los Difuntos, el Mes de María, el Santo Rosario, los Santuarios a lo largo de todo Chile, los Bailes Religiosos del Norte del país, han mantenido viva la fe del pueblo chileno. Algunas de estas devociones han envejecido. Las costumbres han cambiado. La televisión ha acostumbrado a la gente a quedarse en casa y a ver en la pantalla lo que ocurre fuera, antes que a salir de casa para participar directamente en las manifestaciones públicas. Este cambio afecta también a la participación política: bien lo saben los candidatos. Quiere decir que deben introducirse adaptaciones y cambios, tal vez un mejor uso de la televisión y de otros medios de comunicación social. Pero la celebración en común es una exigencia de la fe.

La gran celebración de la Iglesia es la **Eucaristía Dominical**. Cada fin de semana se celebran en el país varios miles de misas, que congregan a centenares de miles, tal vez a millones de fieles, si se piensa en la transmisión por la radio o la televisión. Hacer de cada una de estas celebraciones una fiesta comunitaria en que estén presentes la belleza y el silencio, la intimidad y el misterio, la participación activa y afectiva de todos. Hacer de los fieles que participan en cada misa una verdadera comunidad cristiana, centrada en la palabra de Dios y en la Eucaristía, parece ser la tarea pastoral primera de la Iglesia. La Eucaristía, incluso en días de semana, convoca más y mejor que cualquier otra reunión; y en la práctica no es sólo, como es evidente, el punto de llegada para toda comunidad cristiana; es también, a menudo, el mejor punto de partida.

Chile necesita preocuparse de sus iglesias y de su liturgia. Hay que construir centenares, tal vez millares de capillas para atender a las necesidades del pueblo de Dios. Hay que equiparlas con ornamentos litúrgicos, con objetos sagrados, con instrumentos musicales, con libros y materiales litúrgicos. Hay que preparar millares de ministros tomados de entre los fieles: ministros de la Eucaristía, guías, animadores, lectores, acólitos, músicos y cantores. Veámos que, en los países del Este, tanto entre los católicos como entre los luteranos y los ortodoxos, la vida cristiana se mantuvo gracias a la belleza de las liturgias dominicales o de las grandes fiestas. Los que hayan tenido la oportunidad de compartir la vida de la Iglesia en Alemania y muchos otros países lo comprenderán.

El pueblo de Dios, sufrido y paciente, acude preferentemente a la oración de **súplica**. Es una expresión de confianza y de fe. Pero muchos hoy día, especialmente los carismáticos, se están abriendo a la **alabanza** y a la **gratitud**, más desinteresadas y que los sumergen más plenamente en el infinito misterio de Dios. Es muy necesaria también la oración de **arrepentimiento** y el entrar en el proceso penitencial de la Iglesia, ya que la limpieza del corazón y la paz de la conciencia disponen al creyente a una participación plena y dilatante en la oración y el culto.

Son éstos sin duda elementos de **encantamiento**: de encantamiento de la conciencia y de la vida personal y de encantamiento de la vida de nuestras comunidades cristianas. Y los ministros han de tener muy presentes las palabras del Bautista hablando del Señor: «Ha llegado la hora de que Él crezca y de que yo disminuya»⁷⁴. Su labor pastoral consiste en llevar a los fieles a Dios, a la oración y al culto. Dios se encarga de lo demás.

3) En la ética

El **conocimiento** de Dios y la **comunicación** con Él llevan necesariamente a querer **cumplir su voluntad**. Para el creyente, la ética no es sino el cumplimiento de la voluntad de Dios.

El problema ético, la llamada «crisis moral», va pasando de la intimidad de las conciencias y de los hogares al primer plano de la preocupación colectiva. No tan sólo la ética sexual o familiar o la ética económica o social. Se habla mucho de la delincuencia, de la corrupción, del narcotráfico, del terrorismo, de la violencia: todos temas esencialmente éticos.

En otros tiempos había pecado y había también hipocresía para disimularlo. Pero la referencia era el bien, la virtud. Hoy día la referencia se ha desdibujado: ya no hay un bien, del cual nos alejamos o al cual nos acercamos. Cada cual tiene su propia escala de valores, su propia ética, que vale lo que valen las demás. Para los niños y los jóvenes, por ejemplo, la referencia era el ejemplo de sus padres. Hoy día, invirtiendo los papeles tradicionales, son los jóvenes, e incluso los niños, los que, a veces, estiman que son los adultos los que «se portan mal», incluso peor que ellos. Y a veces es así.

Queremos examinar el tema de la moral desde tres puntos de vista diferentes: la moral de los cristianos; las éticas particulares que rigen la vida de tantos hombres que actúan al margen de la fe religiosa; y finalmente la posibilidad de un consenso moral, aunque sea mínimo, que haga posible una sana convivencia nacional.

a. La moral de los cristianos

El cristianismo tiene una moral clara y definida. Viene del Decálogo y de muchas otras páginas del Antiguo Testamento; y de las bienaventuranzas y muchos otros textos del Nuevo Testamento. La moral cristiana se funda en la tradición judeo-cristiana. El magisterio, el testimonio de los santos y la práctica de la comunidad la han mantenido tal vez más tajante en la Iglesia Católica que en otras religiones o denominaciones que comparten esa misma tradición.

Para el cristiano la moral es la verificación de su fe. El día del juicio final será salvado o condenado según haya dado o haya negado un vaso de agua a quien tenía sed. Pero tras ese juicio de la **conducta** está un juicio de la **fe**: ¿reconoció a Cristo en quien pedía ese vaso de agua o no lo reconoció?⁷⁷

A medida que la fe cristiana se iba extendiendo por la vieja Europa hasta llegar a ser la fe única, en España principalmente y, por ella, en América

Latina, la moral derivada de esa fe se inculturizó en la vida privada y pública de nuestro continente, llegando a ser «la moral», la moral oficial, privada y pública, la referencia obligada para juzgar las acciones virtuosas o pecaminosas. A su vez, la práctica de la moral cristiana se vio facilitada por su inculturación sociológica. En muchos casos resultaba más fácil y más seguro atenerse a los principios morales cristianos que apartarse de ellos. El conformismo con la moral oficial substituyó para muchos la necesidad interior de expresar su fe a través de su conducta.

Hoy día muchos se han alejado de la fe y no ven la necesidad de seguir una moral que depende de una fe que ya no tienen, o que ha perdido en ellos la fuerza necesaria para inspirar la conducta. Por lo que tratan de establecer una ética independiente de toda fe. Se introduce en la cultura un **pluralismo ético**. Ya no hay una referencia única, una moral oficial, una clara definición de lo bueno y lo malo. Y en ese ambiente viven los cristianos y les resulta cada vez más difícil vivir su moral en un mundo que, por lo general, la respeta pero no la apoya ni la sigue.

De allí la necesidad para los cristianos de hoy de volver a buscar la fuente de su moral en su fe. La predicación del clero, en estos últimos años ha sido dirigida a recordar a todos, cristianos y no cristianos, las exigencias de la moral cristiana. En los últimos años se ha predicado principalmente la moral económica, social y política. Antes se hablaba preferentemente de la moral familiar y sexual. Hoy se está retomando este tema. Mañana se deberá hablar tal vez de la delincuencia, de la corrupción, de la violencia, de la drogadicción, del alcoholismo...

Una predicación moral, necesaria sin duda, tiene sin embargo dos limitaciones. Para el que se ha alejado de la fe, o no tiene fe, **carece de autoridad**: es un punto de vista, el de los cristianos, pero no es, para él, una norma que lo obligue en conciencia; él sigue otra moral. Y para los mismos cristianos suele resultar demasiado **difícil de cumplir**. Por una parte, el mundo en que viven no aprecia esos valores morales y los presiona para que se liberen de ellos. Por otra parte, su fe no es lo suficientemente firme e ilustrada como para motivarlos a una conducta consecuente con ella, en medio de un ambiente que la hace cada vez más difícil. El **reencantamiento** de la moral pasa para muchos cristianos por un redescubrimiento de la fe del Evangelio, por volver a ser discípulos de Cristo, por abrirse a la acción del Espíritu, por una ruptura clara y alegre con el mundo en que viven -ruptura en el espíritu, no en la presencia-, por la aceptación de ser diferentes. Y esa fe renacida, reanimada, lleva a una moral consecuente con esa fe y que no

se detendrá tanto en una casuística de lo que es mandado, permitido o prohibido, de lo que es pecado mortal o venial; irá más bien a la búsqueda de la **santidad** interior y de su expresión en el mundo, a dar testimonio de Cristo en todas las circunstancias de la vida; a vivir el **amor** y a ejercitar todas las demás virtudes como expresión de amor o como preparación a él. Siempre habrá necesidad de moralistas y en la medida en que los problemas morales son cada vez más complejos los moralistas serán, a menudo, más que clérigos, cristianos laicos insertos en medio de las realidades de este mundo y conocedores de todos sus resquicios. Pero la necesidad mayor, la que depende más directamente de los pastores y del clero, es la de predicar la **fe** en Cristo, la **revelación** de Dios, el **misterio**, el camino de la **oración** y de la **mística**; y la de formar comunidades de vida religiosa intensa, de acompañar familias que elijan ser fieles a Cristo hasta sus últimas consecuencias, de despertar vocaciones de cristianos preparados para dar el testimonio de su fe en el mundo concreto en que vivimos.

Nietzsche decía que si hubiera visto en el rostro de los cristianos que lo rodeaban una expresión diferente, un reflejo de Dios en la mirada, una sonrisa de íntimo gozo en los labios, no hubiera sido ateo. El mundo pide esa expresión, esa mirada y esa sonrisa: sólo ellas podrán **reencantar** la conducta de los hombres.

b. El pluralismo ético

¿Existe la posibilidad de una ética **al margen de toda fe**? Sin duda. En ello se han empeñado, desde los epicúreos y los estoicos, todos los filósofos que han propuesto a los hombres sus sistemas morales. Desgraciadamente estos sistemas son muchos y no logran un amplio consenso. La pluralidad de éticas puede llevar a la negación de la ética. Es cierto que muchos llegan a reconocer la existencia de una **ley natural** que sería para los actos humanos lo que las leyes físicas son para los fenómenos naturales. Los que siguen la tradición judeo-cristiana, los que viven en la fe, ven coincidencia entre su moral, que tienen por **revelada**, y la moral **natural** y sacan la conclusión que el hombre es uno solo y la ética una sola, que se da, en la ley natural, en forma accesible a todo hombre; y, en su estado perfecto, en la ley revelada en la Sagrada Escritura, explicada, aplicada y promovida por las iglesias que se fundan en ella. Donde falta la fe quedaría la ley natural. En torno a ella debería realizarse el consenso moral que hace posible la convivencia nacional. Pero la idea misma de una moral natural o racional no es aceptada por todos.

El sociólogo de Berkeley Robert M. Bellah, y sus colaboradores, entrevistaron a lo largo de cinco años a más de 200 personas para preparar su libro intitulado *Habits of the Hearth*, «Hábitos del corazón». En el curso de largas conversaciones, inteligentemente llevadas, lograban que sus entrevistados dieran a conocer sus criterios morales, los valores que los inspiran a lo largo de la vida. Son, por lo general, valores positivos: el trabajo, la familia, el éxito, la realización personal, la fidelidad a una tradición. Pero cuando urgían a sus interlocutores a explicar en qué se fundan esos valores, las respuestas ponían casi siempre en evidencia la ausencia de un principio fundamental en que descansen los valores invocados. Todo empieza en el yo y termina en el yo. *It is my choice*, dicen: es **mi** elección, **mi** decisión. Uno no puede dejar de pensar en el viejo chiste del pintor a quien el amigo le aconseja sujetarse de la brocha, porque le va a quitar la escalera. La escalera se apoya en el piso y en la muralla: por eso sirve de apoyo para el pintor. Pero la brocha sólo se apoya en el pintor: el pintor no puede apoyarse en ella; caen los dos. La ética que no se apoya en una metafísica no es apoyo para el hombre: caen los dos, el pintor y su brocha, el hombre y su ética.

Las éticas centradas en el hombre suelen adolecer de un doble defecto: son voluntaristas más que racionales; y más que orgánicas suelen ser incoherentes.

Voluntaristas, porque más que a una lógica interna responden a situaciones, a necesidades, a intereses, a deseos y, por eso mismo, no logran un consenso universal.

Incoherentes, porque, en el afán de dar solución a tal o cual problema concreto, no advierten la interdependencia de todos los aspectos de la ética. La delincuencia, por ejemplo, tiene que ver con la constitución de la familia, con la educación que da la escuela, con el problema de la vivienda, con la influencia de los medios de comunicación social. Todas estas facetas deben ser encaradas con criterios comunes.

Un sacerdote francés, Jean Toulat, que ha dedicado su vida a la defensa de la vida, decía, al final de su larga lucha, que cuando él manifestaba frente al atolón de Mururoa en contra de la bomba atómica francesa o cuando protestaba contra las torturas que practicaban algunos ejércitos de las metrópolis en sus colonias rebeldes, le acusaban de izquierdista, de comunista, de traidor a la patria. Pero cuando luchaba contra el aborto, esa matanza de inocentes, o contra el desorden sexual, incubador del SIDA y otros males venéreos, se le tildaba de reaccionario. Se quiere la

vida, a veces, cuando conviene. Pero se quiere también la **muerte**, o se la acepta, cuando se trata de otro y me conviene a mí.

Ya lo dijimos: los valores son piedras preciosas. Pero necesitan ser engastadas en el auto-control, el olvido de sí mismo, la responsabilidad, para convertirse en joyas útiles, en conductas éticas coherentes.

c. El consenso moral

La comunidad nacional requiere, sin embargo, de un cierto consenso moral que se exprese en la legislación. Este consenso sólo puede lograrse en torno de los valores tradicionales. Sólo ellos, por ser asimilados en la familia, desde la infancia, llegan al fondo de las conciencias y sólo ellos están difundidos en la mayor parte de la población. Quienes reclaman para sí una autonomía ética, por lo general no pretenden negar de raíz todos los valores morales tradicionales y universalmente aceptados. Limitan su independencia a dar soluciones diferentes a algunos problemas que se han planteado en los últimos tiempos o que relevan más de la vida privada que de la pública. Discutirán por ejemplo acerca de la legitimidad de los medios para limitar la natalidad; no pretenden revisar el deber de decir la verdad o respetar los bienes ajenos.

En Chile, ya lo dijimos, la moral tradicional es básicamente la moral cristiana. Y sigue siendo enseñada y exigida, principalmente por la Iglesia Católica, que es la Iglesia mayoritaria en Chile y la que tiene las raíces históricas más profundas. Esta moral es compartida, por lo demás, por todos los que dependen de la tradición judeo-cristiana y, en particular, por los protestantes y evangélicos. De ahí la responsabilidad que tienen los cristianos de contribuir a ese consenso moral que pueda servir de norma a la convivencia nacional.

Esperar el consenso del país en torno a la moral cristiana en su integridad y, en particular, contar con su ratificación en las leyes del país, presentaría serias dificultades. Produciría un rechazo categórico de parte de quienes no están de acuerdo con tal o cual enfoque ético y no se reconocen como cristianos. Produciría dudas, vacilaciones o rebeldías, incluso en cristianos cuya fe no sea tan clara ni tan firme como para seguir fielmente a sus pastores cuando éstos les piden penosos sacrificios. Y se correría el riesgo de que se busque un consenso moral al margen del cristianismo, sin duda la mayor fuerza moral del país, lo que parece no sólo injusto sino ciertamente inconveniente.

El cristianismo enfrenta un difícil desafío. Por una parte exhortar a su

propios fieles a vivir la moral del Evangelio hasta sus últimas consecuencias, basados en su fe y con la ayuda espiritual que la misma religión les procura. Por otra, hacer pasar a la conciencia moral del país entero el mayor número posible de valores morales, sin insistir, pese a su deseo de hacerlo, en algunos valores que, siendo para él importantes y exigibles para sus fieles, no serían aceptados por un número grande de chilenos y, al ser ratificados por las leyes, serían percibidos como una imposición injusta a la que tratarían de sustraerse.

Si la Iglesia se preocupa de la moral pública y privada de todos, y no sólo de sus fieles, es en nombre del **amor**, que es su última palabra. Porque cree que su moral es la condición de la felicidad; y porque desea la felicidad para todos, propone a todos su moral. «Lo que es bueno para mí, es bueno para los demás y debo compartirlo», piensa el cristiano. Es cierto; pero eso no incluye necesariamente el recurso a la autoridad para tratar de imponer esos valores por medio de las leyes o del poder civil.

En el debate moral que empieza a surgir en nuestra patria, las iglesias deben estar presentes y su autoridad moral debe ser reconocida. Pero para que esta participación sea aceptada por todos y sea eficaz deben entrar en diálogo con todas las corrientes éticas, entenderlas bien y a su vez explicar bien sus puntos de vista y buscar lo **posible** más que la totalidad de lo **deseable**; lo mejor, o lo menos malo, más que lo perfecto. Hay mucho más cristianismo de lo que muchos creen en lo íntimo de la conciencia del chileno y hay mucho más ignorancia de la ética cristiana y de sus fundamentos de lo que se piensa. Un diálogo respetuoso y constructivo entre todas las corrientes, sin descalificaciones de partida, puede ser muy útil. En el consenso moral del país, en que se fundan, en último término, la legislación en materia ética y las políticas de gobierno, debe entrar, por una parte importante, la visión cristiana de la vida. Probablemente no todo el ideal del cristianismo formará parte de ese consenso en el momento actual. Lo que no se consiga hoy, se conseguirá tal vez mañana. Pero es importante que el criterio moral cristiano pueda influir hoy en la vida del país, aunque no logre ser aceptado en su totalidad. Para lograrlo hay que conocer muy bien los valores morales de los que no tienen fe, reconocer sus aspectos positivos y percibir también sus limitaciones.

El **reencantamiento** de la vida chilena por la moral evangélica brota en definitiva del testimonio claro, seguro, constructivo, convincente, contagioso y alegre de miles y miles de cristianos que se inspiran en el Maestro en todas las actitudes y actuaciones de su vida. «Lo que el alma

es para el cuerpo, eso son los cristianos para el mundo», decía el autor de la Carta a Diognete, un pagano -tal vez el tutor del Emperador Marco Aurelio. Seamos el alma del mundo: eso será **reencantar** al mundo.

4) El Espíritu Santo, reencantador de la vida

En las Iglesias Cristianas, el gran reencantador de la fe, del culto y de la ética es el Espíritu Santo. Y, siguiendo un texto de Isaías⁷⁸, la Iglesia describe su acción santificadora como producida mediante siete toques, asimilados a siete **dones**: como si un pintor, basándose en un bosquejo de cada cristiano, lo retocara para darle cada vez más la semejanza con Cristo, el modelo que el cristiano ha de reproducir. Los dos primeros toques tienen que ver con el **conocimiento de Dios**, con la fe. El don de **ciencia** ayuda a conocer a Dios, partiendo de la naturaleza, de la creación. El don de **entendimiento** ayuda en cambio a conocer a Dios que se revela en la Biblia, a leer la Biblia en forma de encontrar a Dios en ella.

Los dos dones siguientes se refieren a la **comunicación del hombre con Dios**. El don de **temor** lo inclina al respeto; el don de **piEDAD** a la confianza. Unidos los dos llevan al cristiano a la intimidad con Dios, pero una intimidad en la verdad y en la humildad de la creatura frente al creador.

Los dones que siguen dicen relación con la conducta humana, con el **cumplimiento de la voluntad de Dios**. El don de **consejo** ayuda a discernir cuál es la voluntad de Dios en las distintas circunstancias de la vida. El don de **fortaleza** da ánimo para hacer lo que Dios quiere, aunque cueste y no hacer lo que Dios no quiere, aunque tal vez atraiga.

Y queda el séptimo don, el de **sabiduría**. Sabiduría, en el lenguaje bíblico-teológico, es perfecta conformidad de la voluntad del hombre con la voluntad de Dios, es santidad, es supremo **encantamiento**. Es el reino de Dios realizado aquí en la tierra, en las personas y en las comunidades.

La devoción y docilidad al Espíritu Santo que han dado origen al movimiento carismático que se extiende, tanto en el mundo protestante como en el mundo católico, y el Sacramento de la Confirmación, con la catequesis que lo precede, hacen revivir día a día el milagro de Pentecostés, son la grande e inagotable fuente del **reencantamiento** de la vida del discípulo de Cristo, del *Christi fidelis*.

XIII. El reencantamiento del ministro

En algunas iglesias, como en la Iglesia Católica y otras, el ministro tiene gran influencia sobre los fieles. De él parten a menudo las iniciativas y el liderazgo. El pueblo sigue a sus diáconos, presbíteros y obispos.

Hemos señalado de paso, en un capítulo anterior, que el clero católico tiene por lo general una formación **intelectual** superior a la del común de los fieles, al menos en las parroquias rurales o poblacionales. Y esa formación es en gran parte **abstracta**, es de libros, es de ideas. El pueblo en cambio no vive en el mundo de los libros o de las ideas; vive en el mundo de los instintos, de las impresiones, de los sentimientos, de las imágenes, de las actitudes y de los hechos.

Porque su formación es intelectual, el sacerdote suele sufrir un impacto, a veces violento, al tomar contacto con la realidad, la realidad que viven los pobres, los marginados en particular. Y siente el deseo de ayudar a mejorar esa realidad, la necesidad de servir. Y dado que la promoción de los pobres requiere de un esfuerzo concertado y solidario de ellos mismos, el ministro se sentirá llamado a liderar a su pueblo en la lucha por liberarse de las fuerzas que lo oprimen, por conquistar el bienestar que anhela, por restablecer la justicia frente a quienes lo explotan.

Ocurre a menudo que los pobres quieren, por cierto, mejorar sus condiciones de vida, pero, para eso, tienen otros líderes y otros recursos. Pero sienten también, a menudo, un vacío espiritual, una necesidad de fe, de esperanza, de amor, de religión, de culto, una necesidad de **Dios**. Y es allí donde requieren al ministro, al sacerdote, como hombre del misterio que supera al hombre, como hombre de Dios.

La contra-cultura que hemos analizado en la primera parte de este estudio plantea más fuertemente que la cultura dominante de la moder-

nidad esa necesidad espiritual de grandes sectores, especialmente juveniles. Para responder a ese desafío, a ese anhelo, el sacerdote debe evolucionar en su formación y en su estilo de vida.

1) En su formación

En la formación del sacerdote el fundamento no puede ser otro que la palabra de Dios revelada, la **Biblia**; la Biblia leída en espíritu de oración, a la luz del Espíritu Santo y entendida como la entiende la Iglesia, con su tradición de veinte siglos, alimentada por grandes maestros, grandes santos y coordinada por un magisterio vigilante e inspirado. La Biblia, estudiada con las luces de la ciencia bíblica, pero sobre todo meditada y, hasta donde uno pueda, vivida.

La lectura de la Biblia se prolonga en el estudio de los **libros litúrgicos**, de sus leccionarios y del texto mismo de las celebraciones, incluyendo las introducciones del Misal, de los Rituales, del Oficio Divino. El sacerdote es un liturgo, un celebrante, un dispensador de la gracia divina.

La **teología** es para el ministro una ayuda para entender mejor el contenido de la Biblia y de los libros litúrgicos, para ordenarlo, para explicarlo al pueblo de Dios y para ayudarlo a aplicarlo a su vida. La teología desemboca en la **catequesis**, se ordena a ella. Siendo el ministro cristiano antes que nada **ministro de la palabra**, el hombre de la homilía, de la catequesis, de la exhortación, del consejo, deberá conocer a fondo y ser experimentado en el arte de hablar, de hablar para ser oído y comprendido, para llegar a la mente y al corazón de los fieles, para expresar la verdad y el bien con sencillez y con belleza, para promover una gran corriente de intercambio entre Dios y los hombres, hablando de Dios y en nombre de Dios a los hombres y guiando a los fieles en su camino hacia Dios. Esto incluye las técnicas en el uso del lenguaje, la dicción clara, la proclamación vibrante, incluso el uso adecuado de los medios de amplificación de la voz.

La otra parte del quehacer pastoral se relaciona con las **celebraciones sacramentales**: la pastoral del **amor** y de la **familia**, con el Matrimonio y el Bautismo de los niños; la pastoral de la **infancia**, con la preparación a la Eucaristía; y la de la **adolescencia**, con la Confirmación; la de la **enfermedad** y de la **muerte**, con la atención pastoral y la Unción de los enfermos y con las Exequias; la de la **ética**, de la ley moral, de la conciencia, de la santidad, con la Reconciliación y la atención espiritual que la prolonga. Y

las **comunidades cristianas de base** podrían, como ya lo hemos dicho, basarse en la Eucaristía, aun cuando no fuera dominical ni semanal.

La vida del ministro ganaría en sencillez y en unidad si su participación en las pastorales indicadas quedara más unida a la preparación y a la celebración de los sacramentos respectivos, dejando a especialistas, que no necesitan ser clérigos, los aspectos más técnicos de esas pastorales.

El pastor, dijimos, se presenta a menudo, o es visto como un **servidor**, como un **misionero** y como un **líder**. Debe ser sobre todo un **suscitador** y un **educador** de servidores, de misioneros y de líderes. Debe creer en las inmensas reservas espirituales y apostólicas contenidas en el pueblo de Dios y que sólo requieren cultivo, educación -en el sentido etimológico de la palabra-, para manifestarse.

2) En su estilo de vida

El ministro actúa también, y tal vez principalmente, por el **testimonio** de su vida, por su **estilo** de vida. El estilo de vida de un ministro de Cristo no puede ser otro que el de su Maestro. ¿Cómo viviría Cristo si viviera hoy aquí? Dos hechos se desprenden claramente del Evangelio. Uno, que Cristo eligió para sí la vida de **los pobres**, que su hogar fue el de un artesano de pueblo; su oficio, el de carpintero; su vida apostólica, la de un profeta itinerante; que todo en ella irradia sencillez, sobriedad, esfuerzo, abnegación y disponibilidad a los demás. Y luego que se mueve con plena **libertad**, con toda naturalidad, en medio de los hombres, que alterna con ricos y pobres, sabios e ignorantes, hombres religiosos y pecadores públicos. El **optó por los pobres**, pero antes que eso **optó por el hombre**, por todos los hombres.

Un pastor evangélico, refiriéndose a la Conferencia de Puebla en que participaron obispos católicos de todo el Continente Latinoamericano, dijo una vez: «En Puebla, los obispos católicos optaron por los pobres; pero los pobres ya han optado por el Evangelio». La frase es ambigua. Si los pastores optan por los pobres es porque, primero, han optado por el Evangelio; y si los pobres optan por el Evangelio es, en parte, porque tienen pastores que han optado también y antes que ellos por el Evangelio. Su opción por el Evangelio los llevó a optar por los pobres y a ayudar a los pobres a optar por el Evangelio.

A través de esa doble opción, por los pobres y por el hombre, se perfila una opción primera como la fundamental: la opción por Cristo, por su

Padre, por su Espíritu. Para el pueblo de Dios, para los hombres inquietos de trascendencia, de misterio, de absoluto, el ministro vale en cuanto es el que **optó por Dios**. Y siendo Dios «el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de Jesucristo», el Dios que es uno y trino, el Dios que es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, el Dios que es amor, el ministro es para el pueblo el hombre que ama, el que quiere a la gente, el que entrega a su pueblo lo más grande que él tiene y lo que el pueblo más necesita: el conocimiento y el amor de Dios. El que, con su ejemplo y su enseñanza, le ayuda a comunicarse con Dios en la oración y en el culto. El que le ayuda también con su ejemplo a cumplir a lo largo de su vida la voluntad de Dios.

Su enseñanza ética será la que deriva directamente de la palabra de Dios, de la Eucaristía, de los sacramentos: los grandes principios morales, el decálogo y el Sermón de la Montaña. Las aplicaciones más explícitas, más cercanas a las complejidades de las situaciones concretas, se irán elaborando entre cristianos llenos del Espíritu de Dios, a la vez expertos en esas situaciones concretas en que viven, trátense de los mil aspectos de la vida del sexo, del amor y de la familia o de la vida política, económica y social; o de las diversas culturas en que participan. El ministro ilumina con la palabra de Dios y fortalece con la gracia de Dios. Los cristianos iluminados y fortalecidos, **reencantarán** el mundo de las conductas humanas.

No nos cabe duda, de que el reencantamiento de la vida, el reencantamiento de la fe y de la vida religiosa -me he referido más a la Iglesia Católica porque es la que mejor conozco y es la más extendida en nuestro país, pero tengo presentes a los ministros de todas las religiones, especialmente a los que se sitúan en nuestra común tradición judeo-cristiana-, pasa por ministros así, cualquiera sea la denominación a la que sirven, y el mundo sentirá que llega la tan esperada primavera cuando centenares o millares de jóvenes descubran que la paz del corazón y la alegría de vivir, la justicia y la solidaridad no están ni en el dinero, ni en la droga, ni en el sexo sin amor, sino en perforar las nubes con la mirada de la fe y hacer que caiga el rocío del cielo sobre este desierto lleno de semillas listas para florecer.

Rorate coeli desuper; «Cielos, dejad caer vuestro rocío», canta la liturgia del Adviento. Los nortinos sabemos lo que ocurre cuando después de prolongada sequía, cae sobre el desierto la lluvia tan ansiada. Al cabo de algunos días, miles de flores multicolores convierten la estepa árida en

un verdadero jardín. Es un espectáculo maravilloso: «¡El desierto ha florecido!», exclama la gente. Es un verdadero reencantamiento de la naturaleza y de la vida. Así será también el reencantamiento espiritual de nuestra patria y del mundo entero. Miles de semillas, en miles de corazones, están esperando ansiosas el rocío del cielo.

Et nubes pluant Justum, sigue la liturgia; «Que lluevan las nubes al Justo». Ya sabemos quien es el Justo, el que viene a establecer en la tierra «el reino de la verdad y de la vida, de la santidad y de la gracia, de la justicia, del amor y de la paz», el reino encantado que inspira nuestro empeño y nuestros sueños.

XIV. El reencantamiento de la comunidad

En los últimos años se ha hablado mucho -y se ha hecho mucho también- por parte de las iglesias cristianas, de **desarrollo social**, de **promoción humana**, de **defensa de los derechos humanos**, de **opción por los pobres** y, en el lenguaje de Juan Pablo II, de «cultura del trabajo» y de «economía de la solidaridad». Sin dejar, sin embargo, de lado la asistencia o, como se decía antiguamente, las «obras de caridad o de misericordia», siempre necesarias. Si se considera el volumen total del aporte de las iglesias durante los últimos 30 ó 40 años, al bienestar material del pueblo chileno, en alimentos, en vestuario, en vivienda, en atención de enfermos, de drogadictos, de ancianos..., esto es impresionante.

La Iglesia Católica ha intervenido también en el **debate ideológico**: encíclicas y cartas pastorales se han multiplicado y han llegado a constituir un verdadero cuerpo doctrinal: la doctrina social de la Iglesia. La crítica de las ideologías nos ha llevado a veces a ideologizarnos nosotros también un poco, o sea, a asumir a veces actitudes simplistas, unilaterales, reduccionistas que se demuestran ineficaces ante la realidad esencialmente múltiple, compleja y cambiante.

Hemos visto resurgir la tendencia a salir del **individualismo** y del **colectivismo** masificado para entrar en una vida **comunitaria** entre **personas**. Esta tendencia se aprecia al interior de las iglesias y grupos religiosos, modernos o post-modernos. Se aprecia también como una aspiración de fuerza creciente, a nivel de todos los grupos intermediarios entre la familia y la comunidad universal.

La Iglesia nunca aceptó plenamente el individualismo liberal ni el colectivismo socialista. Nunca tampoco condenó terminantemente al liberalismo o al socialismo, estimando que, en sus formas menos radicales,

eran capaces de evolucionar hacia alguna forma de personalismo y de comunitarismo.

La Iglesia, para influir benéficamente en la sociedad, para desarrollar una acción social eficaz, tiene tres limitaciones.

La primera es la de los **recursos**. Las necesidades son muchas y atenderlas eficazmente cuesta mucho dinero. Y la Iglesia es pobre y quiere ser pobre. Se espera de ella mucho más de lo que puede hacer. En los últimos años, gracias a la generosidad de los católicos de otros países y de muchas otras organizaciones internacionales, hemos dispuesto de recursos bastante considerables. Pero esos recursos están habitualmente condicionados a la ejecución de proyectos, debidamente aprobados por los donantes, quienes además controlan el buen uso de esos recursos y la realización exacta de los proyectos. Esto es una garantía de uso correcto de la ayuda, pero restringe un tanto la espontaneidad para actuar ante situaciones imprevistas y la adaptación a condiciones cambiantes. Con todo, ha sido una inmensa ayuda y las iglesias han prestado un gran servicio al país al distribuir esa ayuda con honradez, respeto y eficiencia, y al presentar y administrar muchos proyectos de bien común. Pero esa ayuda tiende a disminuir, en parte porque los donantes tienen conciencia de que hay muchos países mucho más necesitados que nosotros y que deben tener prioridad sobre el nuestro y, en parte, porque los países de Europa del Este necesitan mucha ayuda y están ahora en situación de recibirla. Muchas de las agencias donantes estiman que, si bien subsiste en Chile mucha pobreza, ella podría ser atendida debidamente por los mismos chilenos más favorecidos.

La otra limitación es la del **personal humano**. La carga de la acción social ha recaído excesivamente en el personal apostólico, en el clero principalmente, con detrimento de la acción más directamente evangelizadora o pastoral.

Siendo niño me tocó presenciar la mudanza de una familia vecina. Los cargadores ubicaron prolijamente el inacabable mobiliario en la inmensa «golondrina». Cuando por fin la cerraron, no cabía un alfiler más. Pero en el momento de partir, los caballos -eran otros tiempos- no se la pudieron. Todos los esfuerzos fueron inútiles. Hubo de desocuparse la mitad de la golondrina y resignarse a hacer dos viajes.

He pensado más de una vez en este episodio de mi infancia cuando, en reuniones de clero, se presentan con gran entusiasmo ideas, iniciativas y proyectos, a cual más urgente, más importante, más atrayente; y el clero

se pregunta angustiado: ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿con quiénes? podré realizar estas tareas; ¿qué podré dejar de lo que estoy haciendo? Lo maravilloso es que, a pesar de todo, las cosas se hacen y resultan. Pero el costo es grande.

Existe todavía una tercera limitación frente a la acción social tal como la hemos concebido y realizado hasta ahora. Se trata de responder a los **desafíos** a medida que se van presentando: que los niños abandonados; que los enfermos de SIDA; que las mujeres separadas; que los drogadictos; que los cesantes; que los allegados...: las necesidades no terminan nunca. Y muchas veces, por atender un problema nuevo se deja abandonado un problema más antiguo pero persistente, y cada problema se abarca en forma superficial, insuficiente, pasajera. O sea, por **abarcarlo** todo no se alcanza a **apretar** nada bien.

La mejor posibilidad de atender a todos los problemas sociales, a medida que se vayan presentando y de disponer de las personas capacitadas y de los recursos necesarios, es formar incansablemente cristianos laicos, animados del espíritu de servicio que enseña el Evangelio. Cada uno de ellos pondrá sus ideas, sus capacidades, sus recursos, sus posibilidades, sus influencias en la solución progresiva de los diversos problemas y lo hará con el espíritu cristiano que lo anime. No se trata tanto de crear una red de instituciones cristianas paralela a las instituciones fiscales o particulares inmensamente más poderosas y desarrolladas; se trata más bien de animar con el espíritu evangélico a los hombres y mujeres que trabajan en todas esas instituciones.

Si queremos, por ejemplo, ayudar a los **ancianos** abandonados, podemos desde luego, a nivel del clero o de los religiosos, crear un hogar para personas de la tercera o cuarta edad. Ayudaremos a resolver el problema de cien ancianos. Pero si la fe y caridad cristianas penetran por todas partes, las familias querrán retener a sus propios ancianos y rodearán su vejez de respeto y de cariño y aprovecharán de su sabiduría y disponibilidad; el personal que trabaja en los hogares existentes atenderá a los ancianos con afecto; se crearán nuevos hogares con iniciativas que surgirán aquí y allá, según las circunstancias; los ancianos se sentirán respetados por todos; y esto se irá extendiendo poco a poco a todos.

Si queremos combatir la **droga** o la **delincuencia**, pondremos nuestro empeño en que los cristianos laicos, motivados por la fe, animados por el amor, fortalecidos por la gracia, mejoren su propia vida de familia, la educación que se da en el hogar y en la escuela, la vivienda, la urbanización, la capacitación, el amor al trabajo, el respeto, la responsabilidad, la

posibilidad de encontrar trabajos dignos y estimulantes, la comprensión... Poco a poco las circunstancias que permiten y favorecen el desarrollo de la delincuencia irán desapareciendo.

Y lo mismo ocurre con las **ideas**. La doctrina social de la Iglesia da a todos los cristianos un marco adecuado para enfrentar los problemas sociales, económicos o políticos. Pero para resolver estos problemas eficazmente, y cristianamente, o sea, con total respeto a la dignidad humana, se requieren los esfuerzos y las ideas de empresarios, dirigentes obreros, parlamentarios, hombres de gobierno, funcionarios, profesores, técnicos en economía y otras ciencias sociales. Si logramos hacer pasar el espíritu del Evangelio en ellos, los problemas irán resolviéndose poco a poco, con el esfuerzo de muchos, con su iniciativa y su capacidad.

Bajo la influencia del marxismo, se ha presentado a menudo la indigencia o la **miseria** de unos como causada exclusivamente por la explotación o la injusticia de otros. Y se ha indicado como el único remedio para superarlas un cambio de régimen económico y político, que se lograría, en caso de necesidad, por la violencia revolucionaria. Hoy sabemos que la miseria tiene muchas causas y que todas ellas deben ser atacadas para superarlas. Sin duda hay explotación e injusticia de parte de algunos y hay también estructuras injustas. Pero la lucha contra la pobreza implica también inculcar hábitos de trabajo, de ahorro, de responsabilidad; requiere educación y capacitación; requiere creación de fuentes de trabajo, o sea, iniciativa y dinamismo por parte de los empresarios, grandes, medianos y pequeños; requiere medidas gubernativas, legislativas y judiciales; requiere la contribución de los profesionales, de los comerciantes, de los funcionarios; requiere hábitos de sobriedad, de solidaridad, de respeto mutuo. La labor de las iglesias debe ser animar a sus fieles a trabajar en todos estos niveles, según el lugar que ocupan o la función que desempeñan en la vida social.

«Ha habido mucha derecha y mucha izquierda -se quejaba Solshenitzin-, pero poca altura y poca profundidad». La solución integral de los problemas sociales requiere más altura y más profundidad. El **reencantamiento** de la vida comunitaria requiere superar en breve tiempo los dos males más graves que sufre nuestra sociedad chilena: la persistencia de un vasto sector de indigencia; y la tendencia de dividir nuestra patria en dos naciones, con estilo de vida y culturas diferentes: la de los ricos y la de los pobres. Sabemos ahora que la solución no vendrá de la sola derecha o de la sola izquierda; vendrá de la colaboración de todos. Para eso requerirá la altura de un gran

deseo y la profundidad de un gran esfuerzo; requerirá la altura de un gran amor y la profundidad de un gran desprendimiento. Sólo la fe puede suscitar el uno y el otro. El gran aporte de las iglesias al **reencantamiento de la comunidad nacional** pasa también por el reencantamiento de la fe.

Epílogo

Ernesto Renán, el pensador y erudito francés del siglo pasado, que, después de ser seminarista, perdió la fe y se alejó de la Iglesia, decía, hablando del cristianismo de su tiempo, que era «el perfume de un frasco vacío». Hicimos alusión a esta frase en un capítulo anterior.

Renán no alcanzaba a ver los muchos frascos llenos de esencia que lo rodeaban. No estaban ciertamente vacíos los frascos del Cura de Ars o de la Carmelita de Lisieux, sus contemporáneos, franceses como él. Pero percibía bien los frascos vacíos en que hubo otrora una esencia que se disipó, dejando por algún tiempo un rastro de perfume.

A raíz de Vaticano II y de *Gaudium et Spes* se invitó a los cristianos a abrir sus frascos interiores para dejar que el perfume de su esperanza irradiara en toda la sociedad. Pero, al cabo de algún tiempo, se empezó a advertir que el perfume duraba poco: muchos frascos estaban vacíos.

Las palabras «inspiración cristiana», «humanismo cristiano», «democracia cristiana», a las que a menudo recurrimos, pueden expresar también el perfume que queda, a veces largo tiempo, después que la esencia cristiana se agotó en el frasco.

El reencantamiento de la vida requiere **llenar** los frascos; **dejarlos abiertos** para que el perfume se expanda por el mundo; y **llenarlos de nuevo** constantemente para que estén siempre llenos y fragantes.

El frasco de cada cual tiene un tamaño y una forma diferentes. Pero la esencia es la misma: es el Evangelio, es la fe, es la vida divina; es la gracia, palabra misteriosa y que dice mucho. Sin la fe y sin la gracia el perfume del Evangelio, por tenaz que sea, termina por disiparse.

No dejemos que se llenen nuestros frascos con esencias ilegítimas, adulteradas, sintéticas. Sólo la verdad revelada por Dios y unida al bien

y a la belleza constituye la esencia auténtica, pura y original. En ella está el **encantamiento**. Que nos sintamos integrados a la cultura moderna ya descrita o a la anti-cultura, la cultura de la anti-modernidad, hay cabida en nosotros para la fe. Pero, al asumir lo mejor de ambas culturas, se van creando en nosotros espacios nuevos para recibir lo que ha de **reencantar** el mundo y la vida.

APÉNDICE

EL REENCANTAMIENTO DE LA MEDICINA⁷⁹

Señor Presidente de la Academia de Medicina,
estimados colegas:

Todos ustedes están aquí por haber ejercido brillantemente su profesión durante largos años. Yo comparto con ustedes el honor de ser académico por **no** haberla ejercido. Es como si el mejor servicio que haya podido prestar a la medicina consistiera en haberme oportunamente alejado de su práctica: soy académico «**por omisión**».

Esta consideración bastaría, a falta de otras, para mantenerme en la humildad. Y para apreciar con especial **gratitud** su gesto de acogerme en medio de ustedes, en una etapa de mi vida en que han pensado, sin duda, que hay ya poco que temer.

1) Tentativa interdisciplinaria

Y, sin embargo -en una época en que, un poco alarmados por una **especialización** excesiva, y sintiendo la necesidad de resolver problemas de nuestras propias especialidades con la ayuda de conocimientos y de ideas venidas de fuera de ellas, multiplicamos las interconsultas y los encuentros interdisciplinarios-, un hombre como yo, que he tenido **otras experiencias** que las de ustedes, puede tener algo interesante que decirles. Y el hecho de haber vivido, durante ocho o nueve años, en su ambiente y de haber compartido sus afanes, podrá tal vez ayudarme a comprenderlos mejor y a hacerme comprender mejor de ustedes.

A mí también me ha servido, en mi tarea de pastor, lo que aprendí en la Escuela de Medicina: un cierto rigor científico; la fidelidad al hecho, y no sólo a la idea; y una experiencia del ser humano en su compleja realidad, corpórea a la vez que síquica y espiritual.

2) Encantamientos y exorcismos

¡El reencantamiento de la medicina! ¿Qué tiene que ver la medicina -y menos la medicina altamente científica y tecnificada de hoy- con encantamientos, desencantamientos o reencantamientos, que parecen trasladarnos al mundo de los libros de caballería, ya en desuso en tiempo del Caballero de la Mancha? Espero que la respuesta se desprenderá de mi tema. Mejor dicho, mi tema es el tema de toda una corriente de la cultura moderna, o tal vez, más exactamente, de la contra-cultura.

La palabra la usó **Max Weber**, uno de los fundadores de la sociología moderna, a principios de siglo. Hablaba de *Entzauberung der Welt*, producido en el mundo económico por ciertas corrientes calvinistas.

La retomó, en 1982, **Morris Berman**, al escribir su libro: *The reenchancement of the world*, libro que está en el origen de varias de las ideas que voy a exponer. Y la usa nuevamente un sociólogo francés, **Marcel Gauchet**, quien, en 1988, titula su libro sobre la historia de las religiones: *Le désenchantement du monde*. Y, en una entrevista hecha a **Prigogine**, en Artes y Letras, éste habla de «reencantamiento de la naturaleza».

Comprenderán porqué yo, pastor, me he animado a estudiar «el reencantamiento de la Iglesia»; y, de paso, estimulado por este inesperado nombramiento, a reflexionar un poco sobre «el reencantamiento de la medicina».

Porque la medicina, la salud y la vida, el sufrimiento y también la muerte, que son los elementos en medio de los cuales ustedes viven, tienen elementos maravillosos de **encantamiento**: transformar el dolor en bienestar, la angustia en serenidad, el temor en confianza; dar a la vida y a la muerte su sentido; vivir, y hacer sentir, el amor al hombre y el respeto a su dignidad. ¿No son acaso tareas de encantamiento que el mundo espera de ustedes -de nosotros- los médicos?

Y ¿quién podría negar que, para que este encantamiento se extienda hasta el hogar más humilde, hasta el caso más angustioso, y llegue, no sólo a unos pocos privilegiados, sino a todos, se requiere de ciertos exorcismos, como los que se practicaban antaño y que nuestra cultura quiere revivir, hasta en la novela y en el cine, como si tuviera conciencia que hay un «poder de las tinieblas» activo en el mundo y que retrasa la llegada de esa aurora de gozo que anunciaba Jesús cuando decía: «El reino de Dios se ha acercado; conviértanse y crean en la buena nueva» (Marcos,1, 15).

3) La cultura moderna

La cultura moderna, en el sentido más común de la palabra, es la que nace a comienzos del siglo XVII con Descartes y con Bacon. Es una cultura intelectual y racionalista, por un lado, y empiricista, por otra.

Cree en una realidad objetiva, independiente del que la estudia. Es analítica y, como dicen algunos, para estudiar la vida, la mata. Cree en el determinismo de las leyes de la naturaleza. Cree en las ideas «claras y distintas» y desconfía de las zonas misteriosas y oscuras del ser humano: la imaginación, la afectividad, la pasión, la intuición, las regiones escondidas del ser, las situaciones límites de la condición humana que exploran los psicólogos y, tal vez mejor que ellos, los artistas, los poetas y los místicos.

Trata de reducirlo todo a lo cuantitativo. Lo cualitativo, más difícil de asir y reducir a ecuaciones, lo ve, o como problemas para el futuro o como desechos irrecuperables. Desconfía de la metafísica, quizás si también del arte, por aquello que, en uno y otra, escapa a su análisis.

4) La contra-cultura

Ustedes saben que la contra-cultura, la anti-modernidad, toma pie en estas limitaciones y se esfuerza en explorar todos los caminos por los que el hombre aspira a ese conocimiento holístico que le permita entrar en la realidad y en la verdad, en toda su riqueza, no con la sola inteligencia analítica o con el experimento científico, sino con todo el ser.

Ya en el siglo XVI Pascal decía que «el corazón tiene razones que la razón no conoce». Rousseau, los románticos, poetas como Rimbaud, Rilke o Eliot, los surrealistas, pintores como Picasso, Kandinsky o Klee, los místicos orientales, los carismáticos en nuestras iglesias cristianas, y tantos otros, han luchado, y siguen luchando, por liberarse de un racionalismo determinista y un reduccionismo positivista que les parecen una limitación artificial auto-impuesta por el hombre al hombre. Se quiere potenciar el hemisferio cerebral derecho para corregir lo que ellos ven como una hemiplegia síquica.

En los últimos años, y del mismo campo de la ciencia, de hombres como Heisenberg, Karl Jung, Laing, o el mismo Prigogine, han llegado apoyos valiosos a esta posturas.

5) Inquietud espiritual

Sociólogos, como John Naisbitt, señalan un inesperado *religious revival*, muy notorio en los Estados Unidos de hoy. El Cardenal Danneels, de Bruselas, escribe una Pastoral de Navidad para poner a sus fieles en guardia frente al *new-age*, la «nueva era», corriente espiritual que atrae a millares de adeptos con su extraña mezcla de sicología, de espiritualismo, de orientalismo, de astrología y de ciencia-ficción. Y todos sabemos que las sectas invaden el terreno que hasta ayer ocupaban las grandes iglesias establecidas.

El hombre de la cultura moderna ha logrado el bienestar y la abundancia -para algunos- y cree que éstos podrán extenderse poco a poco a todos los hombres. Otros ven en el progreso material, y aún cultural, de nuestra época un despilfarro de los recursos del planeta y una agresión a la naturaleza a la que se opone el movimiento ecológico.

Muchos sienten que se están perdiendo el sentido de la vida y de la muerte, la paz del corazón, la alegría de vivir, la calidez de la familia, la armonía y la comunión con la naturaleza.

La inquietud religiosa, o el deseo de ser fieles a su fe, lleva a algunos a las comunidades religiosas más firmes y tradicionales en la fe, en la moral y en el culto. Los **integrismos** y los **fundamentalismos** van desplazando a las experiencias religiosas más liberales o más secularizadas.

Otros, en cambio, por decenas de millones, buscan saciar en las vivencias carismáticas, en el ejercicio de la oración íntima y silenciosa, en las diversas experiencias místicas, esa sed de absoluto que la cultura moderna no satisface, incluso desconoce y menosprecia.

6) La medicina actual

Pasemos ahora a la medicina.

Lo que, a primera vista, aparece cuando se mira a la medicina de hoy es su alta **tecnología** que descansa en una sólida base científica. Si se le compara con la medicina de ayer, se tiene tal vez la impresión que han desaparecido o se encuentran muy disminuidos algunos elementos, llámémoslos humanistas, que eran entonces más notorios: el delantal blanco y los equipos técnicos han substituido el traje formal y la biblioteca con libros empastados en cuero oscuro.

No cabe duda que, en el campo de la medicina, estamos en plena cultura moderna: empiricista, basada en la observación y en la experien-

cia; cuantitativa, basada en el dato preciso, en la imagen exacta, en la curva geoméricamente estudiada; racional, en que las relaciones de causa a efecto se establecen con precisión; y finalmente, altamente especializada como una consecuencia, por un lado, de la ampliación del saber que no permite a hombre alguno dominarlo entero y, por otro, de la complejidad de las técnicas que hace imposible ser experto en todas ellas.

¿Y de qué otra manera podría hacerse hoy una buena medicina?, preguntarán ustedes.

Y bastará considerar unos instantes los logros asombrosos de la medicina durante este medio siglo, el alargamiento de la duración de la vida, los progresos de la cirugía, de la inmunología o de la quimioterapia, o comparar el que hoy tiene 70 años con lo que eran su padre o su abuelo a la misma edad, si la alcanzaron, para que no queramos perder tiempo en buscar una respuesta a una pregunta que nos parece inútil.

7) ¿Una contra-cultura médica?

Y, sin embargo, el malestar de la cultura que he esbozado muy superficialmente en las páginas anteriores y la presión de una anti-cultura, un tanto confusa pero persistente, rondan en torno de nuestras escuelas, hospitales y clínicas.

Algunos enfermos echan de menos el tiempo en que el médico era un amigo que lo conocía, más que por el perfil bioquímico o la ecotomografía, por conversaciones íntimas a lo largo de muchos años; que lo conocía en su temperamento y manera de vivir, en su familia y en su entorno. El tiempo en que se podía morir tranquilo, en su cama, rodeado por su familia y pensando en Dios, según su fe religiosa, y no conectado por mil tuberías con mil artefactos que lo separan, en las últimas horas de la vida, del mundo al que pertenece y de su propia conciencia. El tiempo en que no se gastaba en el último mes de la vida los ahorros de cincuenta años de trabajo, dejando a los suyos con el duelo y la deuda.

Es muy probable que todo esto se pueda corregir desde dentro del sistema. Que se afine la figura del **generalista**, que se hace cargo, en primera y última instancia, del enfermo entero, con la ayuda de todos los especialistas que sean necesarios, pero coordinado por él. Que ante el enfermo grave o terminal, la *high-tech*, de que habla Naisbitt, se integre mejor con la *high-touch* que, según él, y contrariamente a los vaticinios de

los Huxley y los Orwell, acompaña y aún sobrepasa el progreso técnico. O sea, que se logre, junto con hacer todo lo médicamente aconsejable para aliviar al enfermo y para prolongar su vida, respetar cada vez más la densidad del destino humano, la dignidad del hombre, su responsabilidad ante su conciencia y ante su familia, su cultura, su fe y su esperanza. Que una prudente planificación de los recursos médicos y de las necesidades y urgencias de los enfermos permita un mejor equilibrio, no sólo en cuanto a la atención que se da a unos y a otros, sino también entre lo que se gasta en vivir y lo que se gasta en tratar de no morir todavía.

8) Un paso más

Pero, más allá de esos necesarios y posibles ajustes en que los médicos están tan o más interesados que los demás, yo me pregunto si no hay toda una dimensión del ser humano que no está debidamente involucrada en el quehacer médico de hoy. Si no tienen los hombres, y desde luego los médicos, otras maneras de conocer y de servir a sus pacientes que las que hoy se estudian en las escuelas de medicina y se practican en nuestros hospitales.

Los pediatras saben que, en su consulta, la mamá suele ser tan importante como el niño enfermo y que el trío niño-madre-médico funciona mejor en el diagnóstico y en el tratamiento que el simple dúo niño-médico. Los siquiátras piden a las familias que saquen a sus enfermos de los hospitales siquiátricos y los atiendan en el calor del propio hogar. Todos los médicos conocen los elementos sico-somáticos que los obligan a menudo a olvidar momentáneamente a su enfermo para mirar al hombre, a su entorno, a su vida, a sus tensiones. La atracción de tanta gente -y no sólo de los pobres- por las medicinas heterodoxas o marginales, que les parecen más adaptadas a sus realidades y a sus posibilidades, deja mucho que pensar. Recuerdo a Iván Illic que quería integrar a la práctica médica los inmensos recursos paramédicos que existen en los hogares -las esposas, las madres, las hijas-, recursos gratuitos, inagotables, adaptados, cariñosos, eficientes, sobre todo si son inteligentemente, y con sentido humano, orientados por el médico tratante.

Los ejemplos que estoy dando, los he tomado de la misma práctica médica de hoy. Es la prueba de que la medicina tiene plena conciencia de los problemas que he señalado y que les busca soluciones. Quisiera, sin embargo, insistir aún un poco más.

9) Antropólogo y teólogo

Me pregunto si, para liberar todas las posibilidades a futuro de una medicina en que el *high-touch* utilice, pero domine, al *high-tech*, no será necesario un cambio más profundo en la conciencia médica, un cambio filosófico, un **cambio cultural**, un paso gradual al conocimiento holístico, a la búsqueda de la sabiduría básica de la especie humana, a la experiencia de los vínculos secretos y poderosos que unen al hombre con su familia y con la naturaleza, a la percepción plena del misterio de la conciencia humana que recorre la vida atraído por la energía invisible de lo numinoso, de lo divino y para quien el misterio no está más allá de la realidad: es la realidad, y lo que llamamos realidad es tan sólo una apariencia, o un anticipo.

«Hay más cosas en la tierra y en el cielo», decía Hamlet a su amigo Horacio, discutiendo acerca del fantasma de su padre que se aparecía de noche, en la terraza del viejo castillo de Elsenor, «más cosas que las que conoce la filosofía». Y también que las que conocen la medicina y todas las disciplinas científicas, o los humanismos reduccionistas. La medicina, cuando se abre a estas nuevas dimensiones, no deja de ser medicina: se hace mejor medicina. El médico integral, el médico de mañana, será un antropólogo y quizás si también un teólogo. ¿Vuelta atrás? Más bien un gran paso adelante.

10) Algunas «recetas» o un simple «excipiente»

Ha llegado el momento de concluir. Yo les propongo algunas «recetas», muy generales, o más bien unos «excipientes» en los que puedan ustedes integrar sus propios específicos.

Las palabras «enfermo», «paciente», transformémoslas de **substantivos en adjetivos**. El sustantivo es el «hombre». Digamos, y sobre todo pensemos: el hombre enfermo, el hombre paciente, que padece; no el enfermo, el paciente, el caso.

Pasemos habitualmente del **análisis** -método característico de la ciencia- a la **síntesis**. Se ha dicho que el biólogo para estudiar la vida, la mata. Nosotros los médicos servimos la vida en la vida y con los elementos que nos entrega el análisis, nos ponemos al servicio de esa poderosa y continua síntesis que es la vida, que es la salud.

No nos centremos en la **enfermedad**. El tema de la medicina es la

salud, el crecimiento, la plenitud de la vida. Siempre he pensado que **Hipócrates**, que miraba mucho y actuaba poco, era un contemplativo de la fuerza de la vida, de cómo ella iba neutralizando y absorbiendo la enfermedad para transformarla en salud, en plenitud. A mí me ha inspirado también en mi labor pastoral; porque el **pecado** también es una enfermedad que solemos mirar impotentes y la **gracia** es la vida que la asume y la transforma en más vida.

No pensemos en la **muerte** como en el fracaso de la medicina o de la vida. Pensemos en la muerte como en el momento culminante de la vida terrena, la hora del **despegue**. Y así como el mecánico que sigue con la mirada el correr del avión por la pista, cuando por fin el avión abandona el pavimento y se eleva, no se siente fracasado sino realizado, así también nosotros seamos los que ayudemos a los hombres a despegar bien, porque pensamos, como el mecánico, que correr es bueno pero volar es mejor.

Y finalmente, cuidemos nuestro **lenguaje**. La lingüística nos ha enseñado hasta qué punto el lenguaje puede ser una trampa.

El gran geneticista *Jerôme Lejeune*, que visitaba Chile hace poco, reclamaba de los eufemismos que usa la medicina para, consciente o inconscientemente, esconder la verdad. «Interrupción del embarazo», «tratamiento intensivo de la agonía», son palabras que no lo dicen todo; que esconden, a medias, realidades muy siniestras. Usemos un lenguaje transparente. Digamos «servicio gozoso de la vida», «aceptación gozosa y esperanzada del destino humano».

Y creo que con estas recetas seguiremos trabajando por el reencantamiento de la medicina.

11) Construyendo una catedral

Y permítanme terminar con una anécdota que nos posibilite captar toda la dimensión social de la medicina. La conté hace poco en un Boletín del Hospital José Joaquín Aguirre.

Estamos en el siglo XIII. Tres obreros están tallando piedras para la construcción de una Catedral: ¿Colonia?, ¿Chartres?...no lo sabemos.

«¿Qué estás haciendo?», le pregunta a uno de ellos un peregrino.

«Me estoy *ganando la vida*», le contesta. «Tengo familia y debo darles de comer».

«¿Qué estás haciendo?», le pregunta el peregrino al segundo de los obreros».

«Estoy *tallando piedra*. Es mi oficio. Es lo que sé y lo que me gusta hacer», le responde.

«Y tú, ¿qué estás haciendo?», le pregunta al tercero.

«Estoy *construyendo una Catedral*», es la respuesta.

Queridos colegas:

Los médicos, como todos los hombres, deben ganarse la vida y ésta es una manera digna de ganársela.

Los médicos, conocen su oficio, saben que es necesario y lo ejercen con dedicación y con amor: ésa es su nobleza.

Pero los médicos son más que eso. Con su esfuerzo y con el de todos sus colaboradores para-médicos, y con la ayuda de todos los que trabajan por el bien del hombre, entendido en toda su grandeza, están construyendo la catedral de la salud, de la plenitud de la vida, de la comprensión lúcida del sentido de la vida, de la alegría de vivir y de la aceptación gozosa del destino humano. Esta es su grandeza y su gloria.

BERNARDINO PIÑERA C.

NOTAS

1. Ver: Bernardino Piñera C., «Chile hoy», 1967; Mons. Bernardino Piñera C., «Introducción a Marcuse» in *Stylo*, año 7, N° 11, 1971; Monseñor Bernardino Piñera C., Padre Fernando Montes S.J., «1977: la iglesia en Chile hoy», 1977; Jaime Lavados-Bernardino Piñera-Sergio Silva, coordinadores, «Hacia la civilización del amor-Chile 2000», 1983; Conferencia Episcopal de Chile, «Certeza, coherencia y confianza», 1989.
2. Johan Huizinga, *Herfsttij der Middeleeuwen*, 1919 (traducción castellana: «El otoño de la Edad Media»).
3. Ver: Régine Pernoud, *La femme au temps des cathedrales*, 1980; *Alienor D'Aquitaine*, 1966; *Heloise et Abelard*, 1970; *La Reine Blanche*, 1972; varios libros sobre Juana de Arco.
4. Alvin Toffler, *Future Shock*, 1970; *The Third Wave*, 1980; *Power Shift*, 1990 (todos en traducción castellana).
5. John Naisbitt, *Megatrends*, 1982; *Reinventing the Corporation*, 1985; *Megatrends 2000*, 1990. (Los dos últimos en colaboración con Patricia Aburdene; en traducción castellana).
6. Ver: Theodore Roszak, *The Making of a Counter Culture*, 1968, capítulo VII (hay traducción castellana).
7. Ver: Irving Stone, *Passion of the Mind*.
8. Josué de Castro, *Geographie de la Faim*, 1949; L. J. Lebret, *Suicide ou survie de L'Occident*, 1958; René Dumont et Bernard Rosier, *Nous allons a la famine*, 1966; Susan George, *How the Other Half Dies*, 1976; Albert Tévoédjré, *La pauvrete, richesse des peuples*, 1978.
9. Para una visión actualizada del liberalismo, ver: *El desafio neo-liberal: el fin del tercermundismo en América Latina*, compilador: Barry B. Levine, 1992.
10. Para una visión actualizada del socialismo, ver: «El socialismo del futuro», *Revista de Debate Político*, especialmente el N° 5, de mayo de 1992; ver también Alain Touraine, *L'Après-Socialisme*, 1980.
La referencia al «fin de la historia» es una alusión a Francis Fukuyama, *The end of History and the Last Man*, 1992.
11. Sobre este tema, ver: Daniel Bell, *The End of Ideology*, 1960; Gonzalo Fernández de la Mora, *El crepúsculo de las ideologías*, 1964.
12. Para estos datos y otros similares ver: John Naisbitt, *Megatrends 2000*, 1990 (Capítulo 2: *Renaissance in Arts*).
13. Ver: Vance Packard, *The Status Seekers*, 1959.
14. Ver: Epílogo al final del volumen.
15. Ver: Jean-Pierre et Rachel Cartier, *Prophetes D'Aujourd 'Hui*, 1988.

16. Ver: Jean-Paul Corsetti, *Histoire de L'Esoterisme et des Sciences Occultes*, 1992; Serge Hutin, *La vie quotidienne des alchimistes au moyen-âge*, 1977 (hay traducción castellana); Morris Berman, *Coming to Our Senses*, 1989 (hay traducción castellana).

17. Ver: Jean-Luc Rispail, *Les surrealistes. Une generation entre le reve et l'action*, 1991; Jacqueline Chénieux-Gendron, *Le surrealisme*, 1984 (hay traducción castellana); Yvonne Duplessis, *Le surrealisme*, 1950.

18. Se puede leer Heisenberg, Schrödinger, Einstein, Jeans, Planck, Pauli, Eddington, *Quantum Questions*, 1984 (escritos místicos de los físicos más famosos del mundo), editado por Ken Wilber (hay traducción en castellano); Guitta Pessis-Pasternak, *Faut-il Brûler Descartes?*, 1991 (entrevistas a científicos contemporáneos).

19. Ver: Fritjof Capra, *The Tao of Physics*, 1975 (hay traducción al castellano).

20. Ver: Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolution*, 1962.

21. Ver: Karl Pribram, *Languages of the Brain*, 1971.

22. David Bohm, *Consciousness and the Brain*, 1976; *Perceiving, Acting and Knowing*, 1977.

23. Dennis Gabor, ingeniero y físico húngaro (1900-1979), Premio Nobel 1971, por su descubrimiento de la holografía.

24. K. Wilber, D. Bohm, K. Pribram, M. Ferguson, F. Capra, R. Weber, *The Holographic Paradigm*, 1982.

25. Ilya Prigogine, químico teórico ruso-belga, nacido en 1917, Premio Nobel 1977. Es autor de *A Dialogue With Nature*, 1980; y con Isabelle Stengers de *Order out of Chaos*, 1984. Su nombre va unido a las «estructuras disipativas». Ver Guy Sorman, *Les vrais penseurs du XX siecle*, 1989 (hay traducción al castellano).

26. Hay que evitar formarse una concepción excesivamente esquemática de la especialización de los hemisferios cerebrales; hay, de hecho, innumerables interconexiones entre los dos hemisferios (conversación con el profesor Joaquín Luco V).

27. El psicólogo Juan Dittborn Santa Cruz, con quien consulté este párrafo me hizo las siguientes observaciones: Freud sigue siendo el genio que postuló, antes que nadie, la existencia de una vida síquica inconsciente, capaz de ejercer influencias decisivas no sólo a nivel de la patología, sino también en otros ámbitos de la conducta de los seres humanos: aun cuando siempre pretendió adherir a un modelo científico-natural, sentó las bases de un cambio radical de la perspectiva científica; fue el primero en señalar, desde un ámbito científico, que lo propiamente síquico resulta determinante en la producción de un sinnúmero de manifestaciones individuales y grupales; en último término, todas las escuelas psicológicas aquí enumeradas derivan de él.

Advierte también que hoy día se habla, más que de subconsciente, de inconsciente dinámico.

Estima conveniente destacar las terapias cognitivo-conductuales, que son desarrollos del conductismo clásico; y el gran resurgimiento de la siquiatria biológica, en la última década. Y, al mismo tiempo, la rápida desaparición de muchas terapias que se citan en este ensayo y que han sido de corta vida: cita un artículo de la revista *Time*, intitulado «El auge y caída de las terapias pop».

28. Ver: Robert N. Bellah (y otros), *Habits of the Heart*, 1986; *The Good Society*, 1991.
29. Ver: Brian L. Weiss, m.d., *Many Lives, Many Masters*, 1988 (hay traducción al castellano).
30. Ver: Morris Berman, *Coming to Our Senses*, 1981, capítulo 2.
31. Ver: Nota 17.
32. Ver: Morris Berman, *Coming to Our Senses*, 1989, capítulos: 4, 5, 6, 7 y 8.
33. El libro de Theodore Roszak ha sido publicado en traducción castellana por editorial Kairos, de Barcelona, en 1970, con el título de *El nacimiento de una contracultura. Reflexiones sobre la sociedad tecnocrática y su oposición juvenil*.
34. Ver: John Naisbitt, *Megatrends 2000*, cap. 9, pág. 280-284. John Naisbitt escribió el Prólogo a la 2ª. Edición de Marilyn Ferguson, *The Aquarian Conspiracy* (ver nota 35).
35. Marilyn Ferguson, *The Aquarian Conspiracy, Personal and social Transformation in the 1980s*, 1980 (traducción al castellano en Kairos: *La conspiración de Acuario, transformaciones personales y sociales en este fin de siglo*, 1985).
36. «Le Christ ou le verseau», lettre pastorale de Noël du Cardinal Godfried Danneels, archeveque de Malines-Bruxelles, Noël 1990, in *La Documentation Catholique*, 3 Février 1991, N° 2021.
37. Sobre el tema de la cualidad, ver Robert M. Pirsig, *Zen and the Art of Motorcycle Maintenance, an Inquiry Into Values*, 1974.
38. Ver: Ana Tironi-Pedro Labarca, *Joaquín Luco, dos historias de una vida*, 1991.
39. Alexis Carrel, *L'Homme, cet Inconnu*, 1935.
40. Ver: E.F. Schumacher, *Small is Beautiful, Economics as if People Mattered*, 1973; *A Guide for the Perplexed*, 1977; *Good Work*, 1979.
Sobre E.F. Schumacher, se puede leer: Barbara Wood, *Alias Papa, a Life of Fritz Schumacher*, 1985 (Bárbara Wood es la hija de Fritz Schumacher y escribió la biografía de su padre con cariño, simpatía y humor).
Se puede leer también: Marilyn Carr, *The A.T. Reader, Theory and Practice in Appropriate Technology*, 1985.
Hay ideas afines a las de Schumacher en Ivan Illic, *Liberer L'Avenir*, 1971; *Une société sans école*, 1971; *Energie et équité*, 1973; *La Convivialité*, 1973, *Nemesis Medicale*, 1975; y *Le Chomage Createur*, 1977.
41. Ver autores citados en la nota 8, especialmente Susan George y Albert Tévoédjrè.
42. Ver: Hernando de Soto, *El otro sendero, la revolución informal*, 1987. (Hernando de Soto es peruano).
43. Sobre el tema de la sociedad post-industrial, ver: Alain Touraine, *La société post-industrielle, naissance d'une société*, 1969; Daniel Bell, *The Coming of Post-Industrial Society, a Venture in Social Forecasting*, 1973.

44. Ver nota 8.
45. Ver: Ferdinand Tönnies, *Gemeinschaft und Gesellschaft*, 1887 (Comunidad y Sociedad); Emmanuel Mounier, *Qu'est-ce que le personalisme?*, 1946; *Revolution personaliste et communautaire*, 1934; *Liberté sous conditions*, 1946.
46. Ver: John Naisbitt, citado en nota 34.
47. *Tao Te King, Libro del Tao y de su virtud*, de Lao Tse. Versión castellana y comentarios de Gastón Soubllette, 1990.
48. Ver nota 19.
49. Malú Sierra, *Elqui, el cielo está más cerca*, 1986.
50. Ver: John Naisbitt, *Megatrends 2000*, cap. 9, pág. 288.
- 50a. Ver: Nota 20.
51. Ver: Cecilia Dockendorf, «Notas sobre la noción de paradigma, en *La fuerza del arco iris*, 1988, editado por Jorge Osorio y Luis Weinstein. Ver también Cecilia Dockendorf, «El surgimiento de un nuevo paradigma», estudio exploratorio de elites científicas y espirituales chilenas, 1990. (Tesis para optar al título de licenciado en sociología, comunicada por su autor).
52. Ver: Marilyn Ferguson, *The Aquarian Conspiracy*, 1980 (especialmente el capítulo 1).
53. Ver: T.S. Kuhn, nota 20 (La cita está en la página 235 de la traducción al castellano del Fondo de Cultura Económica de México, 1971).
54. En Armando Roa, *La extraña figura antropológica del hombre de hoy*, 2ª edición, 1991 (ver prólogo de Raúl Zurita).
55. Marcel Gauchet, *Le désenchantement du monde*, 1985.
56. Ver: Bernardino Piñera, «Gabriela Mistral, testigo de Cristo», 1989 (párrafo 8).
57. Ver: Max Weber, *Die Protestantische Ethik und der «Geist» des Kapitalismus*, 1905.
58. Ver: Richard Henry Tawney, *Religion an the Rise of Capitalism*, 1926.
59. Mircea Eliade, rumano, historiador de las religiones; autor de *Traite D'Histoire des Religions*, 1949, e *Histoire des croyances et des idées religieuses*.
60. William Miller (1782-1849) y Ellen White, adventistas; Joseph Smith (1805-1844), mormones; Charles Russell (1852-1916), testigos de Jehovah.
61. Ver Juan, 8, 7.
62. Ver 1ª. parte, cap. 3 y cap. 6.
63. Ver: René Luneau y Paul Ladrière: *Le Rêve de Compostelle, vers la restauration d'une Europe chrétienne?* (obra colectiva), 1989.

64. Ver: Alexis Carrel, *L'Homme, cet Inconnu*.
65. Ver: Mateo 6, 26-29.
66. Ver: Daniel, 3, 62, 63, 64, 70, 71, 75, 80, 87.
67. Ver: Salmo 19.
68. Ver: 1 Reyes 19, 12.
69. Ver: Rudolf Otto, *Das Heilige*, 1917.
70. Ver: 1ª. parte, capítulos 4 y 6.
71. Ver: Salmo 42, 2-3.
72. Ver: Mateo, 5, 6.
73. Ver: Nota 39
74. Ver: Marcos, 1, 15.
75. Ver: Lucas 10, 41.
76. Ver: Juan 3, 30.
77. Ver: Mateo 25, 31-46.
78. Ver: Isaías, 11, 2.
79. Publicamos, como apéndice, el discurso de incorporación del autor a la Academia de Medicina del Instituto de Chile, por tratarse de un tema y de un enfoque afín con el de este ensayo.

BIBLIOGRAFÍA

Hemos anotado, en esta bibliografía, por orden cronológico, y, a partir de 1930, por décadas, las obras de cultura, economía y sociología, y las más representativas de la modernidad y de la anti-modernidad, en que descansa este estudio, directa o indirectamente. Hemos hecho referencia, por lo general, a la edición original.

1. ANTES DE 1930

- 1867. K. Marx, *Das Kapital* (1ª. parte).
- 1887. F. Tonnies, *Gemeinschaft und Gesellschaft*.
- 1893. E. Durkheim, *De la Division du Travail Social*.
- 1895. E. Durkheim, *Les Règles de la Méthode Sociologique*.
- 1897. E. Durkheim, *Le Suicide*.
- 1904-5. M. Weber, *Die Protestantische Ethik und der Geist des Kapitalismus*.
- 1906. W. Pareto, *Manuale di Economia Politica*.
- 1912. E. Durkheim, *Les Formes Elémentaires de la Vie Religieuse*.
- 1916. W. Pareto, *Trattato di Sociologia Generale*.
- 1916-ss. M. Weber, *Religion Soziologie*.
- 1917. R. Otto, *Das Heilige*.
- 1918-22. O. Spengler, *Der Untergang des Abendlande*.
- 1921. R.H. Tawney, *The Acquisitive Society*.
- 1922. M. Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*.
- 1923. G. Lukacs, *Geschichte und Klassenbewusstsein*.
- 1926. R.H. Tawney, *Religion and the Rise of Capitalism*.
- 1927. N. Berdiaeff, *Un Nouveau Moyen-Age*.

2. DECADA DEL 30 (1930-1939)

- 1932. J. Maritain, *Les Degrés du Savoir*.
- 1934. L. Mumford, *Technics and Civilization*.
A. Toynbee, *A Study of History* (I - III).
- 1935. A. Carrel, *L'Homme, cet Inconnu*.
- 1936. E. Mounier, *Manifeste au Service du Personnalisme*.
J. M. Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*.

- William James, *The Varieties of Religious Experience*.
 Jacques Maritain, *Humanisme Intégral*.
1937. Talcott Parsons, *The Structure of Social Action*.
1938. L. Mumford, *The Culture of Cities*.
 N. Berdiaeff, *Les Sources et le Sens du Communisme Russe*.
1939. A. Toynbee, *A Study of History* (IV - VI).

3. DECADA DEL 40 (1940-1949)

1941. K. Hayek, *The Pure Theory of Capital*.
1942. J. A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*.
 W. H. Beveridge, *Report on Social Insurance and the allied Services*.
1944. Lewis Mumford, *The Condition of Man*.
 F. Hayek, *The Road to Serfdom*.
 W. H. Beveridge, *Full Employment in a Free Society*.
1946. A. Toynbee, *A Study of History* (I-VI). Abbreviated version.
1948. P. Samuelson, *Economics*. N. Wiener, *Cybernetic (or Control and Communication in the Man and the Machine)*.
 Alice Ann Bailey, *Le Retour du Christ*.
1949. E. Mounier, *Le Personnalisme*.
 Josue de Castro, *Géographie de la Faim*.

4. DECADA DEL 50 (1950-1959)

1950. David Riesman, *The Lonely Crowd*.
 Norbert Wiener, *The Human use of Human Beings*.
1951. Lewis Mumford, *The Conduct of Life*.
 Talcott Parsons, *The Social System*.
1952. J. K. Galbraight, *American Capitalism*.
1953. M. Friedman, *Essays in Positive Economics*.
 Robert L. Heilbroner, *The Wordly Philosophers*.
1954. Hugh Moore Fund, *The Population Bomb*.
 A. Toynbee, *A Study of History* (VII - X).
 A. Huxley, *Doors of Perception*.
1955. Erich Fromm, *The Sane Society*.
 Raymond Aron, *L'Opium des Intellectuels*.
 W. Heisenberg, *Das Naturbild der Heutigen Physik*.

1956. Lewis Mumford, *The Transformations of Man*.
D.T. Susuki, *Zen Buddhism*.
1958. L. J. Lebret, *Suicide ou Survie de L'Occident*.
J. K. Galbraight, *The Affluent Society*.
Michael Polanyi, *Personal Knowledge*.
1959. Vance Packard, *The Status Seekers*.
R.D. Laing, *Life Against Death: The Psychoanalytical Meaning of History*.

5. DECADA DEL 60 (1960-1969)

1960. Louis Pauwels- *Le Retour des Sorciers*.
Jacques Bergier Alan Watts, *The Way of Zen*.
J. K. Galbraight, *The Liberal Hour*.
D. Bell, *The End of Ideology*.
1961. L. Mumford, *The City in History*.
1962. Alan Watts, *The Joyous Cosmology*.
Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*.
Michael Harrington, *The other America: Poverty in the U.S.*
Gunnar Myrdal, *Challenge to Affluence*.
Raymond Aron, *Dix-huit Leçons sur la Société Industrielle*.
1963. Aldous Huxley, *Island*.
1964. Jacques Ellul, *The Technological Society*.
Marshall Mac Luhan, *Understanding Media*.
H. Marcuse, *One Dimensional Man*.
Raymond Aron, *La Lutte des Classes*.
1965. Thomas Merton, *The Way of Chuang Tsu*.
Owen Barfield, *Saving the Appearances*.
Raymond Aron, *Démocratie et Totalitarisme*.
1966. Abraham Maslow, *The Psychology of Science*.
Norman Brown, *Love's Body*.
R. Dumont-Bernard Rosier, *Nous Allons a la Famine*.
1967. Lewis Mumford, *The Myth of the Machine*.
Raymon Aron, *Les Etapes de la Pensée Sociologique*.
D.T. Susuki, *The Essence of Buddhism*.
J. J. Servan-Schreiber, *Le Défi Américain*.
J. K. Galbraight, *The New Industrial State*.
1968. James D. Watson, *The Double Helix*.

- R. D. Laing, *The Politics of Experience*.
 Theodore Roszak, *The Making of a Counter Culture*.
 Paul Ehrlich, *The Population Bomb*.
1969. J. F. Revel, *Ni Marx, ni Jesús*.
 Alain Touraine, *La Société Post-Industrielle*.
 Peter L. Berger, *A Rumor of Angels*.

6. DECADA DEL 70 (1970-1979)

1970. Charles Reich, *The Greening of America*.
 Alvin Toffler, *Future Shock*.
 Jacques Monod, *Le Hasard et la Nécessité*.
1971. Ivan Illic, *Libérer L'Avenir*.
 Karl Pribram, *Languages of the Brain*.
 Ivan Illic, *Une Société sans Ecole*.
 John Rawls, *A Theory of Justice*.
1972. Gregory Bateson, *Steps to an Ecology of the Mind*.
 Club Of Rome, *The Limits to Growth*.
1973. Ivan Illic, *Energie et Equité*.
 Ivan Illic, *La Convivialité*.
 E. F. Schumacher, *Small is Beautiful*.
 Daniel Bell, *The Coming of Post-Industrial Society*.
 Norman Brown, *Closing Time*.
1974. Robert M. Pirsig, *Zen and the Art of Motorcycle Maintenance*.
 F. Hayek, *Law, Legislation and Liberty* (3 vol.)
1975. Ivan Illic, *Némésis Médicale*.
 Fritjof Capra, *The Tao of Physics*.
1976. David Bohm, *Consciousness and the Brain*.
 Susan George, *How the Other Half Dies*.
1977. E. F. Schumacher, *A Guide for the Perplexed*.
 David Bohm, *Perceiving, Acting and Knowing*.
 Ivan Illic, *Le Chômage Créateur*.
1978. A. Tevoedre, *La Pauvreté, Richesse des Peuples*.
 Louis Pauwels, *Comment devient-on ce que l'on est?*
 J. F. Lyotard, *La Condition Post-Moderne*.
1979. E. F. Schumacher, *Good Work*.
 Gregory Bateson, *Mind and Nature: a necessary unity*.
 Lewis Mumford, *My Works and Days: a personal chronicle*.

7. DECADA DEL 80 (1980-1989)

1980. J. J. Servan-Schreiber, *Le Défi Mondial*.
Alain Touraine, *L'Après-Socialisme*.
Alvin Toffler, *The Third Wave*.
Marilyn Ferguson, *The Aquarian Conspiracy*.
Ilya Prigogine, *A Dialogue with Nature*.
Willy Brandt y otros, *North-South. A Programme for Survival*.
1981. Morris Berman, *The Reenchantment of the World*.
Hubert Reeves, *Patience Dans L'Azur*.
1982. Fritjof Capra, *The Turning Point*.
John Naisbitt, *Megatrends*.
Ken Wilber, *The Holographic Paradigm*.
1984. Ilya Prigogine and Isabelle Stengers, *Order Out of Chaos*.
Hubert and Stuart Dreyfus, *Mind Over Machine*.
Humberto Maturana y Francisco Varela, *El árbol del Conocimiento*.
1985. Marcel Gauchet, *Le Désenchantement du Monde*.
Robert N. Bellah y otros, *Habits of the Heart*.
John Naisbitt, *Reinventing the Corporation*.
1986. Edward Eigenbaum y A. Barr, *Le Manuel de L'Intelligence Artificielle*.
1987. Hernando de Soto, *El otro Sendero*.
USA Bishop's Conference, *Economic Justice for All*.
P. Ladrière et R. Luneau, *Le Retour des Certitudes*.
Raine Eisler, *The Chalice and the Blade*.
1989. Morris Berman, *Coming to our Senses*.
Francis Fukuyama, *The End of History?*
R. Luneau et P. Ladrière, *Le Rêve de Compostelle*.

8. DECADA DEL 90 (1990-1999)

1990. Alvin Toffler, *Power Shift*.
John Naisbitt, *Megatrends 2000*.
Guy Sorman, *Les Vrais Penseurs de XX siècle*.
Andrew M. Greeley, *The Catholic Myth*.
Jacques Attali, *Lignes D'Horizon* (traduc. al castellano: Milenio, 1991)

1991. Robert N. Bellah y otros, *The Good Society*.
Armando Roa, *La extraña figura antropológica del hombre de hoy*.
Guitta Pessis-Pasternak, *Faut-il Brûler Descartes?*
1992. Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*.
Lester C. Thurow, *Head to Head* (traduc. al castellano: *La Guerra del Siglo XXI-1992*).

LISTA DE AUTORES

Hemos incluido en esta lista los autores citados o aludidos en el texto, las notas o la bibliografía, y algunos otros. Hemos indicado, cuando nos ha sido posible, las fechas de nacimiento y de defunción.

ARON, RAYMOND, 1905-1983
ATTALI, JACQUES

BAILEY, ALICE ANNE
BARFIELD, OWEN
BATESON, GREGORY, 1904-1980
BELL, DANIEL, 1919 -
BELLAH, ROBERT
BERDIAEFF, NICOLAS, 1874-1948
BERMAN, MORRIS
BERGER, PETER LUDWIG, 1929-
BEVERIDGE, WILLIAM HENRY, 1879-1963
BOHM, DAVID
BROWN, NORMAN, 1913-

CAPRA, FRITJOF
CARREL, ALEXIS, 1873-1944
COSMAQ, VINCENT

DE CASTRO, JOSUE
DREYFUS, HUBERT
DUMONT, RENE
DE SOTO, HERNANDO
DURKHEIM, EMILE, 1858-1917

EDDINGTON, ARTHUR, 1882-1944
EHRlich, PAUL R.
EINSTEIN, ALBERT, 1879-1955
ELLUL, JACQUES

FEIGENBAUM, EDWARD A.	
FERGUSON, MARILYN	
FRIEDMAN, MILTON,	1912-
FROMM, ERICH,	1900-
FUKUYAMA, FRANCIS	
GALBRAIGHT, JOHN KENNETH,	1908-
GAUCHET, MARCEL	
GEORGE, SUSAN	
GREELEY, ANDREW	
GUNNAR, MYRDAL	
HARRINGTON, MICHAEL	
HAYEK, FRIEDRICH AUGUST,	1899-
HEILBRONER, ROBERT	
HEISENBERG, WERNER,	1901-1976
HUIZINGA, JOHAN,	1872-1945
HUXLEY, ALDOUS,	1894-1963
ILLIC, IVAN,	1926-
JAMES, WILLIAM,	1842-1910
KEYNES, JOHN MAYNARD,	1883-1946
KUHN, THOMAS SAMUEL,	1922-
LADRIERE, PAUL	
LAING, RONALD DAVID,	1927-
LEBRET, LOUIS-JOSEPH,	1897-1966
LUKACS, GEORGE,	1885-1971
LUNEAU, RENE	
LYOTARD, JEAN-FRANCOIS,	1924-
MARITAIN, JACQUES,	1882-1973
MARCUSE, HERBERT,	1898-
MARX, KARL HEINRICH,	1818-1883
MASLOW, ABRAHAM	
MATURANA, HUMBERTO	

MC LUHAM, MARSHALL,	1911-1980
MERTON, THOMAS,	1915-1968
MORIN, EDGAR	
MOUNIER, EMMANUEL,	1905-1950
MUMFORD, LEWIS,	1895-
MYRDAL, GUNNAR	
NAISBITT, JOHN	
OTTO, RUDOLF,	1869-1937
PACKARD, VANCE	
PARETO, VILFREDO,	1848-1923
PARSONS, TALCOTT,	1902-1979
PAULI, WOLFGANG,	1900-1958
PAUWELS, LOUIS	
PESSIS-PASTERNAK, GUITTA	
PIRSIG, ROBERT	
PLANCK, MAX,	1858-1947
POLANYI, MICHAEL,	1891-1976
PRIBRAM, KARL	
PRIGOGINE, ILYA,	1917-
RAWLS, JOHN,	
REEVES, HUBERT	1921-
REICH, WILHELM,	1897-1957
REVEL, JEAN-FRANCOIS	
RIESMAN, DAVID,	1909-
ROSIER, BERNARD	
ROSZAK, THEODORE	
SAMUELSON, PAUL ANTHONY,	
SCHUMACHER, ERNST F.,	1915-
SCHUMPETER, JOSEPH ALCIS,	1911-1977
SCHRODINGER, ERWIN,	1883-1950
SERVAN-SCHREIBER, JEAN-JACQUES	1887-1955
SORMAN, GUY	
SPENGLER, OSVALD,	1880-1936

STENGERS, ISABELLE

SUZUKI, DAISETSU TEITARO, 1870-1966

TAWNEY, RICHARD HENRY, 1880-1962
THUROW, LESTER D.

TOFFLER, ALVIN

TONNIES, FERDINAND, 1855-1936

TOURAINÉ, ALAIN

TEVOEDJRE, ALBERT

TOYNBEE, ARNOLD, 1889-1975

VARELA, FRANCISCO

WATSON, JAMES DEWEY, 1928-

WATTS, ALAN, 1915-1973

WEBER, MAX, 1864-1920

WIENER, NORBERT, 1894-1964

WILBER, KEN

ÍNDICE

Al 2022... ¿estamos reencantados con la vida?	5
Presentación	7
Prólogo	13
1ª. Parte	
EL REENCANTAMIENTO DEL MUNDO	
I. El origen de la cultura moderna	16
II. La cultura moderna	19
1. Filosofía	19
2. Ciencia	20
3. Tecnología	20
4. Economía	21
a. Empresa	21
b. Industria	22
c. Agricultura	22
d. Comercio	23
e. Publicidad	23
f. Consumismo	24
g. Comunicación	24
h. Dinero	25
5. Ideología	26
a. Liberalismo	26
b. Socialismo	26
c. ¿Fin de las ideologías?	27
6. Estilo de vida	28
a. Salud	28
b. Educación	28
c. Estilo de vida	29
III. La actitud religiosa de la cultura moderna	30
1. Actitud hacia la religión	30
2. Actitud del creyente	31

IV. Origen y desarrollo de la contra-cultura	33
1. Filósofos y pensadores	33
2. Esotéricos y místicos	34
3. Escritores y artistas	34
4. Científicos	35
5. Sicólogos	35
6. Los años 60: el <i>flower power</i>	38
7. Los años 80: el <i>new age</i>	38
V. La contra-cultura	41
1. Filosofía	41
2. Ciencia	42
3. Tecnología	43
4. Economía	44
a. Empresa	44
b. Industria	44
c. Agricultura	45
d. Comercio	45
e. Publicidad	45
f. Consumismo	46
g. Comunicación	46
h. Dinero	46
5. Ideología	47
6. Estilo de vida	47
VI. La actitud religiosa de la contra-cultura	49
1. Actitud hacia la religión	49
2. Actitud del creyente	51
VII. ¿Un cambio de paradigma?	53
1. El paradigma	53
2. ¿Un cambio de paradigma?	54
VIII. Exorcismos y encantamientos	56
1. La cultura moderna	56
2. La contra-cultura	57
3. Un mundo reencantado	58

2ª. Parte

EL REENCANTAMIENTO DE LA FE

IX. Religión, fe y ateísmo	62
1. Religión	62
2. Revelación y fe	63
3. Ateísmo	65
X. Fe y cultura	67
1. Desculturizar e inculturizar la fe	67
2. Evangelizar las culturas	68
XI. El reencantamiento de la Iglesia: doce principios	72
1. Corporeidad	72
2. Afectividad	73
3. Participación	74
4. Naturaleza	74
5. Belleza	76
6. Misterio	76
7. Certeza	77
8. Coherencia	79
9. Confianza	80
10. Ciencias humanas y Espíritu Santo	81
11. Pluralismo y comunión	82
12. Acción y contemplación	83
XII. El reencantamiento del discípulo	85
1. En la fe	85
2. En el culto	90
3. En la ética	93
a. La moral de los cristianos	93
b. El pluralismo ético	95
c. El consenso moral	97
4. El Espíritu Santo, reencantador de la vida	99
XIII. El reencantamiento del ministro	100
1. En su formación	101
2. En su estilo de vida	102

XIV. El reencantamiento de la comunidad	105
Epílogo	110
Apéndice	
EL REENCANTAMIENTO DE LA MEDICINA	114
1. Tentativa interdisciplinaria	114
2. Encantamientos y exorcismos	115
3. La cultura moderna	116
4. Contra-cultura	116
5. Inquietud espiritual	117
6. La medicina actual	117
7. ¿Una contra-cultura médica?	118
8. Un paso más	119
9. Antropólogo y teólogo	120
10. Algunas «recetas» o un simple «excipiente»	120
11. Construyendo una catedral	121
Notas	123
Bibliografía	128
Lista de autores	134

SERIE TEMAS DE HOY

Apasionante de comienzo a fin, **EL REENCANTAMIENTO DE LA VIDA**

tiene el mérito de sumergirnos en los problemas del hombre

de hoy, zarandeado por la tecnología, la competitividad, el derrumbe de las ideologías,

las crisis de fe, el surgimiento de nuevos conceptos. Con audacia, su autor,

monseñor Bernardino Piñera, pasa de la descripción

al cuestionamiento de los fenómenos de la modernidad y la post-modernidad.

Así es como se pregunta si el socialismo será una expresión de la modernidad o de la anti-modernidad; o las drogas, ¿resultado de la moral permisiva de la modernidad

o un fenómeno propio de la contra-cultura?

¿Puede la política desentenderse de la filosofía, de la cultura, del arte?

¿Puede sustraerse al debate de ideas en aras del pragmatismo imperante?

Temas candentes que, inevitablemente, contradicen

a los pregoneros del fin de la historia.

**FUNDACIÓN
FUTURO**

